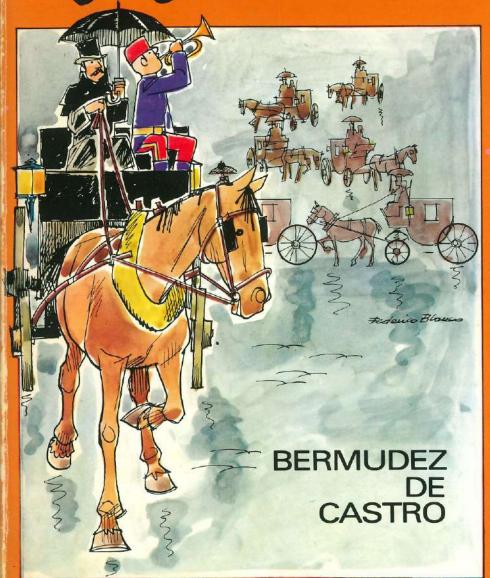
## QUILICUM y DUCOR



#### GENERAL BERMUDEZ DE CASTRO

# Milicia Humor

selección

SUPLEMENTOS REVISTA "EJERCITO" ALCALA, 18-4.º MADRID-14

A la Oficialidad de los Ejércitos del Aire, de Marina y de Tierra, para que pongan rostro alegre al arrostrar los trances de la carrera Militar. Su viejo compañero,

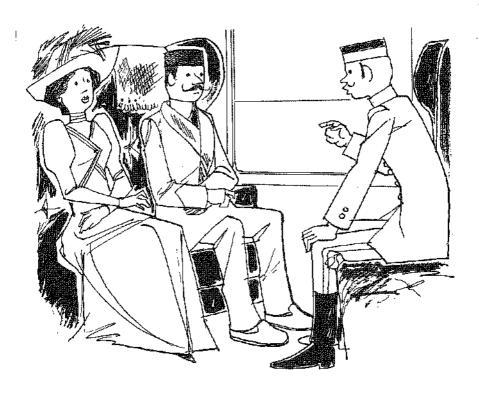
ET VALOH.

FEDERICO BLANCO

© EDICIONES ETERCITO 1983 C EDICIONES ETERCITO 1983

Impreso en España por: Imp.-Escuela Huértanos Guardia Civil Principe de Vergara, 248 · MADRID-16

### el hábito no hace al monje





ONABA en la estación la señal de partida, cuando entraba yo en el andén como un huracán; en el departamento de primera más a la mano, arrojé mi liviana maleta, la manta con la caja del ros y salté adentro, al ponerse el convoy en marcha. Era necesaria toda la agilidad de los veinte años para estar en la Puerta del Soi un cuarto de

hora antes de la salida del tren y cogerlo a tiempo.

Cuando acomodé mi equipaje y me hube sentado, saqué de la caja del ros la gorrilla cuartelera, más que para abrigarme la cabeza para que comprendieran mis compañeros de viaje que no era un ente vulgar, un indocumentado, sino nada menos que un alférez de Infantería el que los acompañaba. Cambiamos las "buenas noches", encendí un pitillo, no sin preguntar a las señoras si les molestaba el tabaco, y a la débil luz de la lámpara comencé a pasar revista a los viajeros: un sacerdote que se apeó en Alcalá, una señora que diputé desde luego por viuda de militar, porque iba de luto y acompañaba a su hijo, alumno de Ingenieros, y un matrimonio de edad respetable.

Con cierto aíre de autoridad trabé conversación con el cadete, llamándole "pollo", palabra con la que desde los tiempos del Gran Capitán se dirige el superior al inferior en el Ejército español, y hablando, llegamos a Guadalajara, donde bajó la viuda con el alumno, y quedamos frente a

frente el matrimonio respetable y un servidor.

El era un señor de pequeña estatura; un bigotito blanco sin guías se acomodaba a las dimensiones de la boca, sin extralimitarse de ellas; ni grueso ni delgado, pero más delgado que grueso; llevaba corbata negra de lazo; un gorro redondo de seda, sin borla, encajaba bien en su cabeza blanca; se había cambiado las botas por unas zapatillas de orillo.

Ella era un poco más alta y más metida en carnes que su marido; conservaba en el perfecto óvalo de su rostro señales evidentes de haber sido muy guapa y me pareció más distinguida que su esposo; ambos me fueron muy simpáticos; tenían un no sé qué de bondad y cortesía que estimulaba mi locuacidad; pero, por respeto, no quise yo empezar la conversación.

Desde luego, y era preciso ser poco observador para no notarlo, el señor me pareció un honrado comerciante, de los que llegan a la meta del bienestar.

Con su gorro negro, su corbata de lazo y sus zapatillas, encuadraba admirablemente en alguno de los lujosos y antiguos comercios de la calle de Postas.

—¿Va usted muy lejos, señor oficial? —me preguntó mi anciano compañero.

—A Zaragoza —respondíle, reventando ya por hablar—. Voy destinado al Inmemorial del Rey; vengo de Badajoz, he pasado en Madrid unos días con mi familia y marcho a presentarme a mi nuevo Regimiento.

—Pues nosotros también vamos a Zaragoza.

---Vaya, pues celebro mucho... No ha sido mala suerte que se desocupara el vagón, porque vamos a descansar muy bien.

—¿Conque de Badajoz a Zaragoza? Es un buen saltito. La carrera mili-

tar tiene para los jóvenes ese encanto: se viaja, se ve el mundo.

—¡Ah, sí señor! La carrera militar es una carrera de sacrificios —la verdad es que hasta entonces yo no me había sacrificado nunca; pero creí hacer honor a la profesión pintando sus durezas—; es una carrera de sacrificios porque con los cambios de guarnición no tiene uno estabilidad, ni tranquilidad, ni...

—¿Ha viajado usted mucho?

-Mucho no; pero he servido en Madrid, en Leganés y en Badajoz.

-- Muy penoso el servicio en Madrid, ¿eh?

—¡Ah, una cosa atroz!; es no vivir: siempre metidos en el cuartel, siempre ocupándonos de tonterías, porque las precauciones y los temores no nos dan tiempo para instruirnos; por supuesto, que aunque lo tuviéramos, no sacaríamos gran provecho; hay muy poco meollo arriba para sacar partido de nuestro Ejército, que es excelente.

—¿Sí, eh?

—Sí, señor; los Generales casi todos son rutinarios; valientes, eso sí, pero no saben una jota. Mire usted: Fulano de Tal (yo decía los nombres propios con una tranquilidad pasmosa). Fulano de Tal está loco de rema-

te: arrestos, chillerías, castillos; todo por si una condecoración no va en el sitio reglamentario o por si la grupa de una montura va un poco torcida. A un oficial de mi Regimiento le arrestó por mandar el parte de diana pegado con una oblea verde... Pues Zutano... ¡Valiente animal! ¿Y Perengano? Eso es una acémila.

La señora me miraba atentísima; sin duda era tan bondadosa que la disgustaba lo severo de mi crítica; debía padecer también alguna enfermedad nerviosa, porque de vez en cuando me hacía unos gestos muy

raros; ¡pobre señora!

El señor conocía tal vez de nombre a alguno de los Generales que yo descuartizaba en aquellos momentos, porque no ahíto de mi entretenida conversación, aún me preguntaba por otros que no había mencionado. Yo le contestaba poniendo a unos bien y a otros como no digan dueñas, pero encarnizándome con el de las condecoraciones y las monturas, porque el oficial de la oblea verde era yo mismo y me quedaba dentro la espina del arresto.

-Y de los Generales que hay en Zaragoza. ¿conoce usted a alguno?

-me preguntó mi bondadoso compañero.

La señora se recostó en su asiento y se llevó la mano a la cara, como si se sintiese indispuesta.

—No, señor; no conozco más que de oídas al General Castillo, el defen-

sor de Bilbao.

—Sí, sí; ya recuerdo que fue Castillo el defensor de Bilbao. ¿Y no sabe usted nada de él?

--No señor; no he servido nunca a sus órdenes; pero un amigo mío que estuvo en el Sitio me lo ha contado; ya verá usted: aquello fue una pági-

na brillante de la guerra.

Y, ni corto ni perezoso, le coloqué al buen señor todo el Sitio, desde el principio al fin, tal como me lo había referido mi compañero y adornándolo con episodios de mi cosecha, para que el pacífico comerciante se asombrara más del heroísmo de las tropas.

Todo lo escuchó con atención; y cuando terminé el relato, sin conseguir que se asombrase, o por lo menos que me diera muestras de admira-

ción, díjome:

- -Bueno, bueno; ¿no le parece a usted, señor oficial, que ya es hora de que descansemos?
- —Sí, señor; y que yo pienso —respondíle— dormir como un príncipe (como un príncipe que duerme bien); pero ¡si me hiciera usted el favor de avisarme antes de llegar a Zaragozal, porque tengo el sueño tan pesado...

-Con muchísimo gusto; duerma usted tranquilo.

Y ya arrebujado en la manta, con un "buenas noches" me quedé dormido profundamente. —Ya llegamos, compañero —me dijo, despertándome el cariñoso señor y, en efecto, el ruido de la plataforma me hizo comprender que la estación estaba próxima.

Me asomé a la ventanilla y como viese en él todavía lejano andén muchos uniformes militares y bastantes paisanos en disposición de esperar

a alguien, dije a mi compañero:

—Alguien gordo debe venir en este tren, porque mire usted cuánta gente hay esperando...

—Sí, alguien gordo debe venir —me contestó, ya sin gorro ni zapatillas

y dispuesto a echar pie a tierra.

Cuando el tren se detuvo, todos aquellos militares se dirigieron a nuestro coche y un General de División, encarándose con mi supuesto comerciante, le saludó con la frase sacramental de "No hay novedad en la plaza, mi General".

Yo comencé a ver turbio y a zumbarme los oídos: mi compañero, antes

de bajar, me dijo muy bajito:

—Cuando se presente usted hoy en Capitanía, dígale al ayudante de guardia que es usted el compañero de viaje del Capitán General.

Yo estaba mudo de terror, la señora, al pasar junto a mí, no me dijo

más que estas palabras:

—¡Qué nochecita me ha dado usted, hijo mío! Caí desplomado, exánime, en el asiento.

Ya en la fonda, me vestí de uniforme. No quise deshacer la maleta del todo; ¿para qué? En el primer tren saldría de seguro para Mequinenza, Monzón, Jaca o cualquier castillo de los del distrito.

¡Diéronme ganas de ir al Pilar! Pero ¡ca!, ni la milagrosa Virgen era capaz de librarme del castigo que me esperaba. Estuve llamándome bruto las horas que faltaban para la presentación; y ya, resignado con mi merecida suerte, me dirigí al Palacio de Santa Engracia.

Presentéme al ayudante de guardia.

—¿Tiene usted interés en ver al General? —me preguntó.

¡Ay, de qué buena gana le hubiera contestado negativamente!

-Soy su compañero de viaje -le dije.

-Pase usted, pase usted enseguida; es lo primero que me ha encarga-

do -y entró en el contiguo despacho para anunciarme.

Allí, con el uniforme de Ingenieros, estaba en pie mi comerciante, mi bondadoso oyente; el gorro y las zapatillas traidoras habían desaparecido; aquel hombre era el mismo y era completamente distinto; el traje militar le sentaba a maravilla.

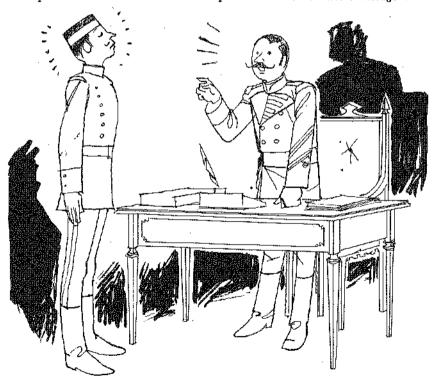
Sin levantar la vista, avergonzado, le escuché.

—Señor oficial: la gravísima falta cometida por usted no tiene excusa ni en su juventud ni en su carencia de buen juicio; sólo puede atenuarla mi falta de haberle escuchado sin haberme dado a conocer y sin imponerle el correctivo que desde sus primeras palabras mereció. Todos los Generales valen infinitamente más que usted; todos son dignos de un respeto que usted les ha negado en un instante de inconsciencia. No puedo castigarle, porque mi curiosidad ha tenido buena culpa en su falta, pero tampoco puedo dejarla impune: hoy se quedará usted a almorzar conmigo.

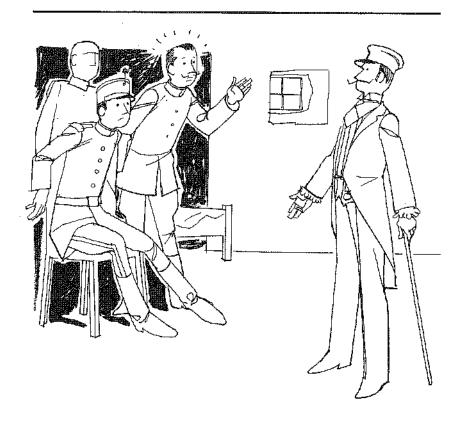
Y aquel perfecto caballero, aquel bravo militar, me propinó un castigo terrible. Tenía invitados a almorzar a todos los Generales y Jefes de Cuerpo de la guarnición, a quienes contó delante de mí, aunque omitiendo nombres propios, toda mi conversación de viaje. Excuso decir el rati-

to que vo pasaría.

El veterano General Castillo fue desde entonces para mí el más respetado y querido de mis superiores, distinguiéndome con su amistad y siempre me recordaba el refrán de que "el hábito no hace al monje".



#### auténtico y verdadero origen de la infantería motorizada



UIZÁ el adelanto más trascendental en la escala progresiva de las Armas de combate sea el de poder llevar la Infantería rápidamente y descansada a los lugares en que haya de emplearse. La guerra de alpargatas, que llamábamos los españoles, o de piernas, que decía Napoleón, en la que nuestra Infantería se distinguió siempre

por su velocidad y resistencia, ha sido sustituida por la guerra de neumáticos, con revolución de los cálculos logísticos sobre distancias y ritmos de marcha.

El primer atentado a su pedestrismo se lo dieron los ferrocarriles, especialmente los llamados estratégicos, construidos con fines militares y adaptados a los planes de defensa del territorio nacional, para trasladar grandes masas de hombres, material y ganado a las regiones fronterizas y a los campos atrincherados, vigilantes de las conocidas líneas de invasión. Pero conducir la Infantería al terreno mismo de la batalla, dentro de los alcances del cañón y la ametralladora, es un invento que se cree de poca edad y sorprendió a los técnicos y al enemigo, cuando el viejo colonial Galliení, requisando los automóviles de la ciudad lanzó, en ellos, la guarnición de París y una División recién llegada, para detener la maniobra envolvente del alemán Von Bulow, produciendo el que los franceses denominaron milagro del Marne; desde entonces, pudo apreciarse lo que vale una Infantería que llega al campo de batalla sin polvo en los

zapatos, fresca y desembarazada del equipo que ha podido dejar en el vehículo, segura de volverlo a encontrar.

Ya comprenderá el amigo lector, que yo no creo estar descubriendo ahora el Mediterráneo, pero necesitaba consignar estos prolegómenos de la motorización de la Infantería para descubrir que su precursor verdadero y primero que hizo uso de ella no fue el veterano General Gallieni, sino un modesto oficial de la Infantería española, nacido en la Montaña de Santander, y recién llegado de Filipinas; su nombre y el suceso que, naturalmente tuvo consecuencias para el inventor, han permanecido en el incógnito largos años y no deben estarlo eternamente; reivindicar para el Ejército español, su Infantería y la clase de tenientes, la gloria de una invención tan interesante a la Ciencia de la guerra, es lo que el autor se propone y de l'o que se enterará el amable lector si tiene la curiosidad de seguir leyendo.

Corría el año de 1887 y era lo único que corría, porque todo iba a paso de procesión menos la Escala de Infantería, que estaba en posición de firmes desde el final de la guerra civil; lo cual dio motivo a cierta instan-

cia en la que tras el nombre decía el solicitante:

Un teniente que lleva doce inviernos luciendo las estrellas de teniente y en el Escalafón de subalternos se encuentra a la mitad próximamente...

Necesitó llegar a los dieciocho para ascender a capitán. El autor de la solicitud en que pedía el ascenso sufrió dos meses de arresto por reclamaciones viciosas, y luego de cumplidos se marchó a Ultramar, que era

el consuelo de todos los castrenses afligidos.

Por el mes de noviembre del año que se cita incorporóse al Batallón Cazadores de Ciudad Rodrigo, número 7, de guarnición en la Villa y Corte y acuartelado en el ya entonces vetusto Conde-Duque, el teniente don César de la Paniega y de Caviedes, a quien los fórceps de una Real Orden a rajatabla habían extraído del tranquilo y paradisíaco Gobierno político-militar de una comarca de la provincia de Ilo-Ilo, en el archipiélago de Legazpi; cuyo oficial, era el mismisimo de la instancia viciosa. Traía el tal todo lo reglamentario en el Ejército de aquellas islas; gorra blanca con visera de legítima concha, levita, pantalón y chaleco blancos, planchados con brillo de ocho reflejos, cuello anchísimo, parado con puntas viradas, vulgo de pajarita, por el que se veía subir y bajar la nuez como un anticipo de los ascensores; bastón de manatí, transparente amarillo cual de ámbar, finísima camisa de nipis y puños de encaje, cadena y reloj de oro y en un meñique una tumbaga más reluciente que el heliógrafo que acababan de inaugurar los ingenieros en el Campamento de Carabanchel. La nitidez del uniforme contrastaba con un rostro verde mate, unos largos y enhiestos bigotes negros y unos ojos de mirar profundo

rodeados de ojeras, delatoras de haber pasado las malignas, el beri-beri,

Su entrada en el Cuarto de Banderas produjo sensación al verlo de drif el colo-colo y demás exigencias de la aclimatación.

va y quedó asombradísimo cuando se le explicaron algunos movimienmatarratas reglamentario. Confesó que venta rapado en la Táctica nuesiguiendo el ritual mandó él llevar de la cantina bollitos de aceite y el los movimientos eran epilépticos; animáronle con frases afectuosas, y pacito y ver que en el Ejército de España andábase a paso de can-cán y de no adaptarse pronto a la Metrópoli, acostumbrado a hacerlo todo desción, se explayó con ellos, y con todos los demás, manifestando su temor dias, semanas y retenes, y como alli encontrase compañeros de promocon la mayor cordialidad, como a quien representa uno más en las guaren el cuerpo; la primera sensación se la daba la pulmonia. Recibiósele cados de las colonias no sentían el frío, debido a que les duraba el calor planco en un día de a 5 bajo cero, pero ello no era extraño, los desembar-

ron que con él se presentara a los superiores, y así lo realizó; llevóse a por eso se había atrevido a venir en aquel traje; sin embargo, le aconseja-Peninsula, pero ardia en deseos de conocer a sus nuevos camaradas, y el plazo de la incorporación; no le habían terminado el uniforme de la tarse a los Jefes, pues el retraso en la travesía estaba a punto de rebasar Un coche le aguardaba a la puerta del cuartel y tenía prisa por presen-

Causó gratisima impresión a los oficiales; adviértase que a los aficioun juego de ajedrez chino, de marfil y tablero de laca. almorzar a los de su promoción, y ofreció regalar al Cuarto de Banderas

señor de la Paniega, se les conocía por el nombre de Funtos Filipinos nados con demasía a las faldas, el naipe y el alcohol, como parecia el

pallaba en la calle de Fuencarral esquina a lo que hoy son los bulevares y parada y a él le había tocado la Guardía de la Cárcel del Saladero, que se nándolo todo, desde el ros a las botas de charol. El Batallón daba la un uniforme de elegante corte; gala por ser cumpleaños palatino, y estre-Pocos días después entró en Banderas hecho un brazo de mar; vestía

entonces eran descampados sin urbanizar.

ce la actual oficialidad; decia así: transcribir la canción del toque de Asamblea, que seguramente desconotando a coro y no se olvidaran nunca de ellos; no me resigno a dejar de plicativa y propia, para que los aprendiesen enseguida los soldados can-Asamblea. Sépase que todos los toques de ordenanza tenían la suya, exdel Cuerpo y el de dia; bien lo dejaba entender la larga letra del toque de y frecuentemente por el Capitan General, el Gobernador Militar, el Jefe que las guardias eran visitadas siempre por el Coronel Mayor de la Plaza Esto de la Parada tenia en aquella época grandísima importancia, porLos de Guardia venid, venid; los de Guardia, llegad, llegad. Unos van al polvorín otros van al principal; traedlo todo limpio que el ayudante lo va a ver, y puede, al que no lo haga, una gran desgracia suceder. Del centinela saberos bien la obligación, que el ayudante ha venido hoy de mal humor.

La contraseña, con su letra correspondiente, acababa el toque.

En aquellos lejanos tiempos la ceremonia y formalidades de la Parada revestían mucha solemnidad y preocupaban no poco a los oficiales de semana, porque era facilísimo obtener una chillería o un arresto. Era, pues, la Parada no sólo una revista terrible, sino un examen. El capitán ayudante miraba y remiraba los "remingthon", las cartucheras, las mochilas, los uniformes y al mismo tiempo iniciaba la declamación de los artículos de Ordenanza: La centinela que viere medir con pasos, cuerdas... Toda centinela hará respetar su persona...; y a los cabos, una muda de cuatro centinelas se conducirá en una fila...

Si el preguntado no seguía el artículo de carrerilla, el oficial aguantaba una reprimenda por este estilo: Esto no puede tolerarse, señor oficial; los soldados no pueden entrar de guardía sin saber las obligaciones del centinela, y no las saben porque ustedes no se las enseñan; tendré que tomar una providencia con cualquiera de ustedes si se repite el caso; por lo pronto, este soldado pasará a la prevención al salir de guardía y usted

considérese apercibido.

Más severo todavía era si encontraba una manchita en la ropa, una diminuta oxidación en la bayoneta, y desgraciado del oficial, si la tirilia asomaba más o menos de los cuatro milímetros reglamentarios o el barboquejo no ajustaba a la medida del mentón o el pompón se inclinaba sospechosamente hacia la izquierda; había la visera del ros de tapar la ceja derecha, y descubrir la del ojo izquierdo, y si el guante blanco del capitán se tiznaba un poco al pasario por la superficie del correaje, el arresto del desgraciado oficial de semana era irremediable. Claro está que con este sistema salía del cuartel la Parada como para una boda; deslumbraban las cornetillas del cuello, lanzaban relámpagos las hojas de las bayonetas y despedían reflejos cegadores los correajes y las mochilas.

Todo ello lo miraba y consideraba el teniente La Paniega un poco olvidado de las viejas costumbres, además de no haber servido hasta entonces en Cazadores, donde se pasaba revista con lupa.

A la voz de "Señores oficiales, a sus Guardias", el teniente, que se estimaba por lo flamante de su atuendo digno del estado de la suya, se hizo cargo de ella y minutos después cruzaba la calle del Conde-Duque al

con el inevitable enfriamiento y tal vez la madrileña pulmonía, y ensimismado en pensamientos tan lúgubres, llegó a la calle Ancha de San Bernardo, en cuya esquina con la de la Falma Alta, apercibió otra Farada, ésta de "simones", con los aurigas bajo sus grandes paraguas abiertos y los semovientes abrigados con las mantas de hule.
Rápido cual uno de los relámpagos que ya rasgaban las nubes, echó sus cuentas; veinte hombres, cuatro a cada coche, cinco vehículos; otro para él, los dos cabos y el sargento a cada coche, cinco vehículos; otro

vivisimo compás habitual del Instituto. Mas, layl, el cielo habíase puesto plomizo y las ráfagas de aire denunciaban lluvia; una gota del tamaño de un duro sonó en el imperial del ros con eco fatidico y otra, impulsada por el viento, dióle en la nariz; pensó en su uniforme impecable, en las galas el viento, dióle en la nariz; pensó en su uniforme impecable, en las galas suyas y de la tropa, en que la ropa empapada se secaria sobre su cuerpo

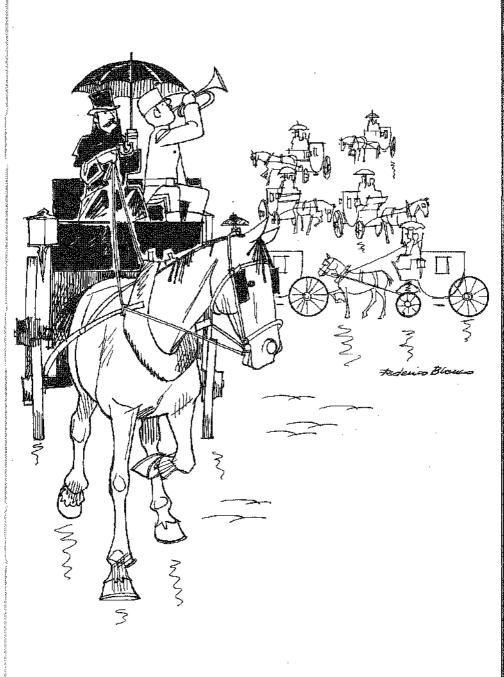
contemplar cómo de cada coche iban saliendo Cazadores y formando en divisaban más que la fila de "simones"; la admiración de todos fue el centinela de la puerta, ni el cabo de cuarto, ni el oficial comandante, cante, avisaba a la Guardia saliente de la llegada de la entrante. Ni el carruajes, precedido del toque de tropa con que el corneta, desde su pesscceso a la cárcel, el sol alumbraba la escena del desocupamiento de los fila india, como un entierro sin carroza fúnebre tomaba la rampa de cargo en el trayecto de las calles de la Palma y Fuencarral y cuando la se desprendian cascadas como líquidas colas de caballo. La nube desse de manera que las calles eran torrentes y de los canalones de las casas pro de los automedontes. El convoy empezó a trotar y el cielo a desgajarcil por el volumen del equipo, pero ejecutada con el mayor orden y asomordenar enérgicamente a su tropa la ocupación de los "simones", no fáreales; más seis reales de las propinas, cuarenta y dos. No vaciló en del suyo; a seis reales carruaje por uso de la bigotera, treinta y seis para él, los dos cabos y el sargento, seis coches; el corneta en el pescante

el sitio acostumbrado.

Hechos los homores mutuos pasaron al Cuerpo de Guardia los oficiales entrante y saliente, éste, mirando atónito a su compañero, le preguntó si entrante y saliente, éste, mirando atónito a su compañero, le preguntó se había vuelto loco o venía de Filipinas, a lo que el entrante respondió:

En que he venido de Filipinas acertó usted (los oficiales no se tuteaban de buenas a primeras); pero de que no estoy loco le convencerá el estado en que venimos; de otro modo estariamos chorreando, aigún soldado en que venimos; de otro modo estariamos chorreando, aigún soldado pasarla mañana al Hospital, yo seguramente me dedicaría a toser toda la moche con perjucio de la vigilancia en mi puesto, y el tiempo que toda mi noche con perjucio de la vigilancia en mi puesto, y el tiempo que toda mi parece a usted estar loco el velar por la salud de la tropa, no sé lo que parece a usted estar loco el velar por la salud de la tropa, no sé lo que será estar cuerdo, tanto más cuanto que las marchas por ferrocarril no será estar cuerdo, tanto más cuanto que las marchas por ferrocarril no será estar cuerdo, tanto más cuanto que las marchas por ferrocarril no se le han vedado a los Regimientos.

Sin embargo, el razonamiento no pareció convencer al oyente, que sonrefa compasivo, tal vez augurando algún percance. Efectuado el relevo, el saliente refirió en su cuartel lo sucedido, que todos comentaron gra-



tlempo, sin rehuir nunca molestias e incomodidades. conductrse a la tropa formada, y acostumbrarla a las inclemencias del glamentos y evidente menosprecio de las austeras normas con que debe por falta de seriedad en el servicio de armas; inobservancia de los Redel expediente gubernativo cristalizó en la sanción de un mes de castillo ridicules, atrevimiento inaudito y burla de las Ordenanzas. El resultado picaro antecedente de la instancia en verso y el suceso se calificó de ventanilla, braceando al compás del paso ordinario. Salió a relucir el official daba voces de instrucción de carreteo y sacaba la espada por la hizo la menor gracia, porque la habian añadido detalles como que el a los despachos del Gobierno Militar y Capitania donde, no solamente no ciosamente; la noticia corrió de boca en boca por la guarnición, llegando

verdadero precursor de la motorización, empleó el motor de sangre equipor broma lo que era predecir el futuro de la Infanteria. Aquel oficial, Pamplona, donde se hielan las palabras. La Superioridad había tomado diz, agradecidisimo a que no le hubiesen señalado el de San Cristóbal, de El señor de La Paniega salió para el castillo de Santa Catalina, de Cá-

manes del General Callieni; pero en fin, algo habían de inventar los esrizadas y su gran efficacia. Los que estarán bastante disgustados son los satisfacción cumplida, enterados de la existencia de las Unidades mototán General, el auditor y el teniente, aquéllos habrán dado a éste una

Posiblemente, si en el Más Allá se han encontrado los manes del Capina porque el de explosión no se había inventado aún.

psăoles.

## "boccato di cardinale"



moso mazapán en uno de los asedios de Toledo por los moros, en que, fame reposteril venislas de abolengo, ya que eran las inventoras del famonjas cualesquiera, sino de las mismisimas de Santa Leocadia, cuya manos de angeles, monjiles eran las artifices del portento, y no de cedencia y el destino de tan maravilloso postre, averiguaron que, si no los toreros, los cómicos y demás gentes de mal vivir; inquiriendo la proen la fecha de marras, sólo iban afeitados, según decia el General Buceta, aquel prodigio, quien por la traza y el rasurado rostro parecía sacristán; Con admiraciones de asombro detuvieron los cadetes al portador de

pondio para coronar la apetitosa y renacentista obra. españolas, porque no faltaban los tritones de rojo caramelo, ni el flori-

de aquellas monumentales fuentes, ornato de las plazas de las ciudades engarzaba fruta en dulce y despedia cašcadas de huevo hilado, a manera llete de tres pisos, donde la crema temblorosa, en un lecho de guirlache, bre que con ambas manos sostenia una gran bandeja, y en ella un ramiaceite pagaban a escote los vecinos, vieron llegar, cuesta abajo, un hom-

Scificado recibia el medroso resplandor de un farol, cuyo do, donde sobre la esquina de una casa la efigie del Cru-1les toledanas, camino del Alcázar. En doblando un recopracero dos cadetes una de las angostas y empinadas cainterminables horas de estudio, subian lentamente y del OMENTOS antes de la lista vespertina que precedia a las

acabado el trigo, idearon las reverendas madres sustituirlo por la almendra de que tanto abundaban los cigarrales del padre Tajo. Supieron también los incipientes guerreros que el obsequio se destinaba nada menos que al señor Cardenal Arzobispo, Primado de las Españas y Provicario General Castrense, con el plausible motivo de su cumpleaños.

¡Oh, y cuántas fueron las alabanzas al Prelado y los ditirambos!

—Precisamente —decía uno de los cadetes—, su excelencia es grandísimo amigo nuestro y nos quiere como a hijos, y se alegraría muchísimo de que nos permitiese usted probar alguna de estas confituras: una perita, un albaricoquito...

Y aproximaba al plato las narices, célebres en la Academia por sus dimensiones, a las de Tomás Cecial, el escudero del caballero de Blanca Luna, vencedor del cuerpo, pero no del espíritu del inmortal Don Quijote

de la Mancha.

— ¡Ave María Purísima! ¿Qué he de permitir? Déjenme pasar, señores cadetes, que llevo prisa.

—¡Ah, servidor indigno de las santas monjitas! Tú y los de tu ralea tenéis la culpa de que se pierda la fe; ¡cuando le decimos que el señor

Arzobispo se alegrará mucho!...

Retrocedió el mandadero, defendiendo a patadas lo que no podía defender con las ocupadas manos, y alargaban las suyas los cadetes en pos de algún pellizco al dulce; en la lucha, el piso tercero cayó en las garras cadetiles, sin intención de que la presa fuese tan importante; y como a las voces del sacristán comenzaran a abrise los balcones y a gritar las comadres, emprendieron la retirada, temerosos del escándalo los inter-

fectos y dejaron al infeliz mandadero llorando y pataleando.

Llegóse este, más que deprisa, al Palacio Arzobíspal y dio cuenta del incalificable desacato; la impresión fue tremenda; nunca habíase visto cosa semejante; ordenaron que, mientras se ponía el caso en conocimiento de Su Eminencia, fuese el mandadero a quejarse ante el oficial de guardia del Alcázar, lo que efectuó a la velocidad que le permitían los años. El familiar del Arzobispo aguardó en la antecámara a que el Prelado terminara sus rezos, y reflejando en sus palabras la más profunda indignación explicó el suceso, no muy seguro de excitar la del Cardenal, porque era sabido que todas sus energías para con el clero convertíanse en condescendencias hacia los ajenos a la Iglesia, sobre todo respecto a los cadetes, por quienes sentía una verdadera debilidad el bondadoso anciano.

—¡Es graciosa la travesura! —exclamó sonriendo.

Pero al enterarse de que ya se había dado conocimiento del hecho frunció las espesas cejas.

—¿Quién se ha atrevido — preguntó — sin mi permiso a una medida tan estúpida? Ahora mismo, sin perder mínuto, vaya un fámulo al Alcázar y, en nombre mío, suplique al profesor de guardia que no se castigue ni aun

reprenda a esos muchachos. Además, que les lleven de mi parte el resto del ramillete para que lo disfruten por entero y una botella de vino de Lágrima Christi, que es el que corresponde a dulce de monjas; pero enseguida, antes de que a esta niñada se le dé proporciones ridículas, que no me favorecerían nada. ¡Pues no faltaba más! Estoy rodeado de estúpidos.

Tenía el Cardenal Moreno —que era el Prelado de la Archidiócesis un talento tan grande como su erudición y sus virtudes. Aficionadísimo a la milicia, nunca dejaba de ostentar sobre la púrpura el fajín con los entorchados de Capitán General, a que tenía derecho, y si alguien le advertía de sus muchas distinciones hacia los cadetes contestaba, como si presintiese los próximos días de la Historia:

-- ¡Pobrecillos! Nosotros moriremos rodeados de comodidades y cui-

dados; ellos sólo Dios sabe dónde y cómo morirán.

Efectivamente; las promociones de aquella época casi por entero se

agotaron en Cuba y Filipinas y los que quedaron, en Marruecos.

Salieron de estampía el familiar y un fámulo, llevando con el recado de Su Eminencia el trashumante postre y el cardenalicio licor; pero había transcurrido una hora larga desde el suceso, y cuando los comisionados se avistaron con el capitán Escalona, de guardia a la sazón, ya estaban en el cuarto de banderas todos los profesores de servicio y en la corrección los dos delincuentes, convictos y confesos. Había sido suficiente las señales nasales dadas por el demandadero para que el capitán exclamase:

-¡Ordenanza! Que bajen de la "cuarta" los caballeros cadetes Gela-

bert y Villanueva, para pasar a la corrección.

Y a los pocos minutos, con la toalla al hombro y los libros hajo el brazo, ingresaban en los cuartuchos correccionales los dos cadetes que habían de morir gloriosamente; Gelabert en el asalto de una cota de Mindanao, y Villanueva —hermano menor del que fue ministro— macheteado en Cuba, y tan bravamente que los insurrectos colocaron sobre el pecho del cadáver una cruz diminuta de madera, a guisa de Laureada de San Fernando.

Escalona, cumpliendo puntualmente la orden del Cardenal Moreno, puso en libertad a los presos; pero antes de entregarles el agasajo creyó oportuno someter el caso a la deliberación de los oficiales, a modo de Consejo de Guerra; el ramillete sobre el velador central e iluminado por luz de la lámpara, despedía acaramelados reflejos; la botella debía contener un néctar delicioso; Escalona, hombre de considerable volumen y queridísimo de los cadetes por su paciencia y simpatía, era socarrón, como soldado viejo, y jocundo y comilón, como de conciencia limpia, y reía a carcajadas formidables, con tales crepitaciones de estómago que más de una vez habían hecho saltar la chapa del cinturón.

-¡Señores! -prorrumpió-. El rasgo del señor Cardenal ofrece dos

aspectos: uno el evangélico perdón de los culpables, que acabamos de cumplimentar; otro el agasajo; que no es otra cosa que una prueba más del amor que al Ejército profesa nuestro venerado Provicario General Castrense. Ahora bien —como decimos en clase—, ¿quiénes representan al Ejército sino las superiores jerarquías? ¿Quiénes son en este instante las superiores jerarquías sino los que estamos aquí reunidos? ¿Y cómo vamos a otorgar el premio de comerse esta desmochada, pero exquisita obra de arte a los que han faltado a la compostura, que en todo momento han de guardar cuantos se honran con el uniforme? ¿Qué ramillete, qué tarta, qué pastel va a caminar seguro por las calles de Toledo si no se realiza alguna ejemplaridad? En síntesis, ¿nos comemos esto?

-iSí, sí! -respondieron a coro los profesores-. Nos lo comemos.

Y como lo dijeron, hiciéronlo. Y al llenar las copas con el transparente Lagrima Christi, el Capitán que era versado en lenguas y se relamía con la suya, murmuraba como si rezase:

A boccatto di cardinale, bebanda di véscobo.

Las carcajadas le acometieron; el cinturón no pudo resistir más y saltó por la chapa.



### las madrugadas del señor coronel



MPONENTE era la figura del Coronel Bustamante, que mandaba por aquel entonces un Regimiento de Lanceros de la guarníción de Madrid; alto, huesudo, tieso, rostro cetrino, bigotazos grises, elevándose desde más abajo de la comisura de los labios, cejas de cepillo negro, mirada dura, voz de cañonazos, andar lento, pero tan firme que temblaban las ruedecillas de elas cantando el compás

las espuelas, cantando el compás.

Los tiempos eran rudos para el servicio; el ordenancismo en boga producía tipos verdaderamente terribles y entre todos descollada aquel Coronel, soltero, egoísta como tal, sin otras preocupaciones que su Regi-

miento y sacrificando al deber todos sus gustos y placeres.

Desde tiempo inmemorial, la Caballería celebraba el acto de recibir la orden presentándose en el cuartel todos los oficiales; las demás Armas y Cuerpos enviaban a domicilio la orden diaria, llevándola un sargento, escrita en un libro que se guardaba en la compañía como si fuese el de las Tablas de la Ley. El Coronel Bustamante, a uso y costumbre de buen lancero, daba la orden en su cuartel, pero ja qué horal; pese a ser trasnochador, había fijado la de diana y él solo sabía el esfuerzo necesario para dejar el lecho cuando aún la aurora no empezaba a teñir el cielo con nacarados tonos; con ello conseguía que al primer pienso —el más importante de los del día— asístiese completa la oficialidad y que la limpieza del ganado fuese más minuciosa. ¡Desgraciado el capitán de Es-

cuadrón si al pasar el Coronel la mano por la grupa de algún caballo

quedaba en el blanco guante la menor partícula de polvo!

No se felicitaban los oficiales por aquellos madrugones y pedían al Altísimo para su jefe, un buen catarro, una pulmonía sencilla, algo que les permitiera levantarse un poco más tarde que las aves de corral: el Coronel tenía una salud de hierro. El ganado estaba espléndido, la instrucción y la policía no podían superarlas ningún Regimiento; la emulación hacía milagros y la rivalidad con los demás Cuerpos de la "Poderosa"—así se denominaba a la Caballería— había ya producido algún disgustillo y hasta conatos de lance de honor, como el que dio lugar cuando hallándose la División pie a tierra en ciertos ejercicios, el Marqués de Sierra Bullones, cuyo Regímientos de Húsares era una maravilla, diese la voz de "¡Húsares de la Princesa... prepárense para montar!"; a lo que el de Lanceros, amoscado por el tono, gritó con voz de trueno: "¡Lanceros de Jesucristo..., a caballo!".

En verdad que este jefe, con todas sus intransigencias era bastante soportable; no regateaba una paga adelantada, no negaba un permiso;

los madrugones constituían su único defecto.

En el mismo Regimiento servía el teniente Lobo, alegre, travieso, jaranero y coplero. Tenía aquel oficial unas extrañas proporciones físicas: de cintura arriba su cuerpo correspondía al de un hombre de pequeña estatura; pero las piernas alcanzaban tal longitud que, con el largo capote de montar y el casco, parecía subido en zancos. Muchos sustos había dado en todos los estancos de Madrid, entrando en cuclillas y enderezándose de pronto cuando la estanquera le entregaba el tabaco, los chillidos y algún síncope eran las consecuencias del terror que inspiraba aquel descomunal estiramiento. Poníase en la silla sin necesidad de estribos, con sólo echar la pierna por encima de la montura, y cuando

echaba pie a tierra, quedaba tan alto casi, como montado.

El Coronel y Lobo no hacían buenas migas a causa de los madrugones; varias veces había sido reprendido el teniente por falta de puntualidad. Una vez, hallándose de Guardia de Prevención, recibió de su capitán la orden de elegir un soldado de su sección para asistente del Coronel, por pase al hospital del soldado que ocupaba tan eminente cargo; en su deseo de encontrar un sustituto que sirviese para ayuda de cámara y despertador, no se decidía por ninguno y así llegó la noche; cuando el silencio cuartelero sólo era turbado por el patear de los caballos en la cuadra vecina del Cuarto de Estandartes, dispúsose el teniente a contravenir la Ordenanza, dando descanso al fatigado y largo cuerpo sobre un diván, donde al calor de la cercana estufa se habían incubado y sucedido todas las generaciones de insectos, desde que el Conde-Duque de Olivares edificó el cuartel hasta cuando se descubrió la trayectoria que, como lamentaba con espíritu vidente el ayudante, sería la sentencia de muerte del Arma de Caballería.

En los prolegómenos del sueño le pareció escuchar en la vecina cuadra una voz que gritaba: "¡Caballo!...¡Si me levanto!...". El soldado de servicio velaba por el orden y sosiego de algún inquieto semoviente; pero como se repitiese muchas veces la amenaza de levantarse, el oficial, intrigado, se llegó a la puerta de la cuadra, y escuchó de nuevo: "¡Caballo!... ¡Si me levanto!..." y luego, muy bajito; "¡Que no me levantaré!...".

"¡Que sí te levantarás!..." dijo para su capote el teniente—. Y cogiendo un verduguillo de los que usan los desbravadores, penetró en la estancia y halló al soldado en el suelo, roncando como un bendito, si es que la

bendición se complace con la fea costumbre de roncar.

Sacudidas, empujones, denuestos, interjecciones... Todo fue inútil: el durmiente continuaba inmóvil, insensible, imperturbable, emitiendo sonidos de escala cromática. Asustóse el oficial ante aquel caso de catalepsia sonora y llamó a voces al cabo de cuadra, para que avisase al practicante; el cabo le enteró del fenómeno: "Aquel muchacho era así de nación, le cogía el sueño de pronto y ya no despertaba como no le pusiesen en pie: el médico le estaba estudiando; decía que era cosa del celebro".

-Pues mira: el que lo celebra soy yo -contestó el teniente.

Levantaron al dormido y restregándose los ojos volvió a la conciencia

de la vida.

—¡Magníficol —exclamaba el teniente Lobo, poniendo, cariñoso, la mano sobre el hombro del atemorizado muchacho—. No te apures y atiende: Cuando salgas de servicio, te lavas bien, te afeitas, te vistes de primera puesta —chaquetilla y gorro— y te presentas, muy limpito, en el pabellón del señor Coronel; vas a ser su asistente.

Al siguiente día, conforme iban llegando, malhumorados como siempre, los oficiales, Lobo les daba la agradable noticia: "Mañana podéis dormir tranquilos lo menos hasta las diez; el Coronel no vendrá tempra-

no, lo sé positivamente".

No le creían; tuvo que ponerse serio, dar su palabra de honor y comunicárselo secretamente a los jefes; nadie comprendía aquel misterio.

En efecto; al día siguiente, hasta las once no bajó el Coronel a Estandartes; traía un humor de todos los diablos. Lobo inquirió del oficial de guardía si el asistente del Coronel había ingresado en el calabozo o en la enfermería, por alguna escalabradura, y respondiéndole negativamente, repitió a los compañeros el aviso de que al día siguiente el Coronel vendría tarde también.

Confirmóse la advertencia, en medio de la admiración de todos: el Coronel llegó a las doce, como una tromba, al mismo tiempo que el asistente entraba en el calabozo. Venía el jefe con aire de carga: el centinela fue a la prevención; el trompeta de guardia, arrestado en el dormitorio; cuanto se le ponía por delante era castigado, chillado y despedido con rayos, centellas y otros fenómenos meteorológicos, cuando no con cebollas, ajos y demás avíos de condimentación.

Reunida en Estandartes la oficialidad, el Coronel preguntó, imperativo:

-¿Capitán del tercero?

-iPresente!

—¿Quién ha designado al asistente que acabo de despedir y arrestar?

-El teniente Lobo, mi Coronel.

-- [[Teniente Lobo!]

-- Presente!

-Retírense los demás señores jefes y oficiales.

Fuéronse todos, y allí quedaron el Coronel, temblando de furia, y el

subalterno, encomendándose a Santiago, Patrón de los jinetes.

—Usted, señor oficial, conocía al soldado que designó para mi servicio. Usted sabía que no se despierta ni a tiros y que había de ser yo, que tengo el sueño más pesado, quien había de despertarle a él. Usted ha procedido deliberadamente, con desprecio de mi autoridad...

—¡No por Dios, mi Coronel! —le atajó el oficial—; ¡yo no puedo despreciar al mejor Coronel de la Caballería española! Es cierto que elegí al soldado de referencia precisamente por su sueño incomprensible; pero le hice para que dejáramos de madrugar siquiera un día, mi Coronel. Yo quiero a usía; todos queremos a usía...

-¡Ah! ¿De manera que ha habido complot, sedición, conspiración?

-No y mil veces no, mi Coronel. Yo soy el único responsable, y aguar-

do el castigo que usía se digne imponerme.

—Bueno, ya providenciaré. Por lo pronto, que pongan en libertad a todos los arrestados de hoy, incluso a ese leño de hombre; y en cuanto a usted, voy a imponerle dos meses de castillo, para que pierda el buen humor.

Y salió del cuartel retorciéndose los bigotes, dando bastonazos en el

suelo y sonándole las espuelas como dos platilloss.

Lobo no recibió nunca la orden de arresto, y el Coronel no volvió a bajar de su pabellón hasta las diez de la mañana. ¡Eran unas fieras los jefes de aquellos tiempos!



## el milagro de la Virgen



De esta historieta y con licencia del autor, está tomado en parte el argumento de la zarzuela "La alegría del Batallón".

O veas, lector mío, en esta verídica y puntual historia un átomo de doctrina que pueda acrecentar tu fe piadosa, si la tienes, o robustecer tu incredulidad si eres incrédulo; al relato escueto del estupendo caso he de atenerme, y como todo lo que aquí se manifiesta es tan verdad como la verdad misma en el momento de salir del pozo y antes

de que los hombres tuvieran tiempo de vestir su desnudez hermosa, saca tú las consecuencias, si eres aficionado a ello, o quédate sin sacarlas, que yo no entro ni salgo en punto tan delicado y vidrioso, y a mi papel

mondo y lirondo de cronista me atengo.

Ello fue allá en épocas en que, terminada una guerra carlista, andaba la libertad por España un poco alocada; y como quiera que unas veces por el tráfago de la guerra y otras por la vorágine política, la disciplina militar poníase quebradiza, cuando del todo no se quebraba, eran legión los Generales que extremaban la nota de rigor en el mando y gobierno de sus tropas, y entre los más decididos mantenedores de ese rigorismo, descollaba por lo firme y astuto el General Zapatero, espíritu socarrón, como de soldado machucho, y gran conocedor de todas las truchadas y picardías de la gente de armas.

Valencia, la ciudad con aromas de rosas, que se extiende como morisca hembra en la verde almohada de sus huertas, tenía por aquel entonces lucida y fuerte guarnición. Los soldados, bajo el férreo mando del General Zapatero, eran modelos de obediencia y compostura; apenas algún que otro Consejo de Guerra daba de vez en cuando la nota triste, pero

necesaria del castigo, que no era blando nunca ni tardío.

En uno de los templos más suntuosos de la bella capital levantina venerábase y aún se venera todavía, en argentado y bien seguro camarín, una imagen tallada primorosamente y con deslumbradora riqueza vestida, de la Virgen de las Angustias.

Valiosa pedrería esmalta el manto de la imagen; encaje de oro puro es la corona que surmonta la divina cabeza y de oro también, de lo más fino, es la diadema que el Niño Jesús muestra, símbolo áureo del nimbo de gloria que circundó la frente del Hombre-Dios, el Mártir del Calvario,

el Redentor del Mundo.

A la tarde, cuando el templo era todo soledad y silencio, cuando apenas los rayos oblicuos del sol poniente tenían fuerza para dar color a los vidrios de las viejas claraboyas; cuando en las amplias crujías de la iglesia sólo sonaba el arrastrado paso del sacristán y el tintineo del manojo de llaves con que iba cerrando las capillas, un soldado, andando con mesura para que el ruido de su sable y sus espuelas no turbasen la augusta tranquilidad del templo, llegábase ante la capilla de las Angustias y puesto de hinojos, cogida con ambas manos la robusta reja, rezaba y rezaba largo rato, abstraído, ajeno a todo, absorto en la contemplación de la adorada imagen.

Todas las tardes tenía el sacristín que tocarle en el hombro dulcemente, mientras en voz baja le decía: "Se va a cerrar", y aún esperaba el piadoso soldado unos minutos para terminar la comenzada oración.

Tal fervor, tan ingenuo misticismo, traspasó los claustros y el crucero de la iglesia para ser comentado en la sacristía, y hubo el señor cura párroco de manifestar deseos de conocer al devoto, pareciéndole cosa no muy corriente en militares, que habían combatido a la facción, una tan grande muestra de religiosidad.

Ouizá aquel feligrés de Caballería estaba atormentado por algún cruel remordimiento, quizá fuese un alma atribulada que necesitase el consuelo espiritual de la oración. ¡Ouién sabe si los auxilios de la peniten-

cia!...

Esperó una tarde el párroco al soldado y antes de que el devoto llegase a su capilla favorita, lleóselo a un banco allí frontero y así le dijo:

—Hijo mío, sé que vienes todos los días y pasas una hora en oración ante la divina Virgen de las Angustias; conozco toda la unción de tu rezo, todo el recogimiento de tu espíritu, y si esa piadosa conducta es movida porque te ocurre algo extraordinario y puedo yo auxiliarte con mis consejos y mi experiencia, no dudes en decírmelo, porque nadie se acerca en vano a la Reina de los Cielos.

—Padre —repuso el soldado—, no me sucede nada; vengo todos los días, porque desde pequeño tengo mucha devoción a la Virgen de las Angustias; fui monaguillo en mi pueblo y sacristán después, hasta que me pusieron a caballo en mi Regimiento; esa Virgen es igualita, idéntica a la que yo cuidaba y como aquélla fue mi madre, porque otra madre no he conocido, pues ahora me parece que a mi madre vengo a ver y el día que no la veo no estoy contento.

Había en las palabras, como en la cara sanota del soldado, esa frescura ingenua de la gente que habla con el corazón. El señor cura alegróse mucho de que aquella devoción no tuviera por origen alguna de las tormentas de la vida y despidióse del devoto ofreciéndole su valimiento,

que no era poco.

El sacristán, con aquello de que el jinete había sido del oficio, intimó con él y así pasaron días y días sin que faltara al rezo el soldado, más que cuando las necesidades del servicio militar se lo impedían.

Otra vez en que cura y soldado se encontraron:

—Padre cura —dijo el devoto—, yo tenía que pedir a usted un gran favor.

-Pide, hijo, pide, que me alegraré poder serte útil en algo.

—Pues quisiera, padre cura, ver de cerca a la Virgen, besar el manto, hartarme un día de rezar muy juntito a ella, como si besara el regazo de mi madre, que, como está en el Cielo, no me puede devolver los besos.

El párroco que, a fuer de buen sacerdote, no conoció en su vida otro amor de mujer que el de su anciana madre, sintió la emocioncilla de las cosas tiernas y delicadas.

—Anda, ve y dile al sacristán que te deje entrar en el camarín; y no me vayas a dejar la puerta abierta ¿eh? y apagad bien todas las luces luego.

Minutos después, el soldado se arrodillaba en éxtasis junto a la imagen y allí quedaba mientras el sacristán iba cerrando las capillas del templo; sólo se escuchaba su arrastrado paso y el tintineo del manojo de llaves.

Al día siguiente, los periódicos de Valencia publicaban el robo de la diadema que lucía el Niño Jesús de la Virgen de las Angustias. Desolado el huen cura, acudió al Capitán General con sus sospechas de que fuese el ladrón un soldado de Caballería, y el General Zapatero, acompañado del párroco, se fue inmediatamente al cuartel, formó el Regimiento y reconoció el presunto culpable, lo hizo encerrar en el calabozo y dispuso la formación de causa, con ánimo de fusilarle en cuanto se demostrara su culpa.

En brevisimo tiempo se tramitaron los autos; el soldado negaba a pie juntillas y todo su descargo consistía en decir que era inocente; pero no

había forma de sacarle una palabra más.

Llegó el día del Consejo de Guerra; los indicios eran tan vehementes, como si fueran prueba plena; el fiscal estuvo implacable; el defensor se limitó a pedir una lágrima y el presidente, mirando torvo y siniestro al banquillo, preguntó con voz cavernosa:

—¿Tiene algo que alegar el acusado?

El acusado se levantó entonces y con voz serena y reposada, contestó;

-Yo no he robado la diadema del Niño Jesús; yo he sido siempre muy devoto de la Virgen de las Angustias y el día que entré en su camarin, cuando estaba rezando con mayor fervor, vi que la Virgen cogía la diadema del Niño y me la entregaba, diciendome: "Toma este regalo, vendelo: con lo que den por él te redimes del servicio y con lo que te quede pones un estanco en tu pueblo". No tengo más que alegar, sino que lo dicho es la verdad.

Volviéronle a su calabozo y el Consejo comenzó a deliberar. Todos los vocales iban votando que el devoto era culpable; pero un capitán, hombre temeroso de Dios y crevente a marchamartillo, dijo:

-Señores: Yo entiendo que el Consejo de Guerra no puede condenar sin que se consulte este caso de conciencia con quienes tienen más autoridad que nosotros para dictaminar si es posible que la Virgen de las Angustias haga o no milagros. Yo voto porque den su parecer las Autoridades eclesiásticas: aquí hay un punto de dogma, una cuestión de fe y nosotros no podemos negar sin causa, ofendiendo a la Religión.

Quedaron pensativos los vocales y suponiendo que la consulta, en todo caso, serviría para robustecer el falle del Consejo, se acordó remitir los autos al Cabildo Catedral para dilucidar los teólogos lo que los militares

no podían puntualizar.

El Clero en masa estaba indignado con el robo sacrílego; esperaban que el escarmiento fuese duro, enérgico y rápido; así, pues, al recibir la causa y leer los descargos que exponía el acusado, el Cabildo se llenó de

confusión y estupor.

Afirmar que la Virgen de las Angustias era incapaz de hacer un milagro, cuando las paredes de su camarín estaban llenas de exvotos, cuando las ofrendas llovían, cuando su fama de milagrosa era la más próvida fuente de limosnas, dudar siquiera de la posibilidad de un milagro, era el descrédito de la fe, era condenar al olvido aquella venerada imagen,

era deshacer en una hora una labor de siglos.

No, no podía el alto Clero proclamar urbi et orbe la impotencia de la sagrada imagen. ¿Acaso no podía ser ciertísimo el milagro? Lo era, indudablemente lo era. No fue menester larga deliberación: el Arzobispo, el Cabildo, todos los párrocos, firmaron una proposición en la que la fe resplandecía, aconsejando al Tribunal Militar la absolución para el soldado, para la inocente víctima, cuya inculpabilidad debía hacerse pública v notoria.

Ante prueba tan palmaria y retirada la acusación primitiva que partió del Clero, el Consejo falló en firme la absolución y el Capitán General no pudo sino conformarse con la sentencia: quedáronle las ganas al General Zapatero de sentar las costuras al devoto soldado, pero con ellas se

quedó; y respetando el fallo del Consejo, dictó la siguiente, memorablemente imperecedera.

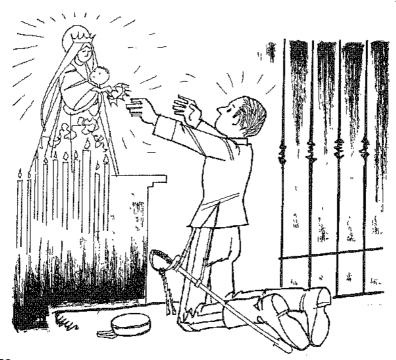
#### ORDEN DE LA PLAZA

Artículo 1.º El Consejo de Guerra reunido para fallar en la causa por robo sacrílego, instruida contra el soldado Pedro Gómez, ha absuelto libremente y con todos los pronunciamientos favorables al acusado.

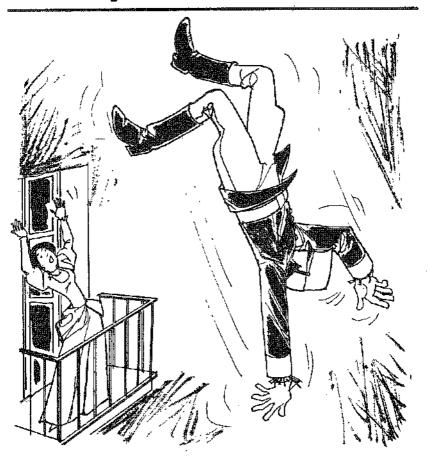
Artículo 2.º En lo sucesivo, todo soldado que tomase regalos de algún santo será pasado por las armas.

#### El Capitán General, ZAPATERO

Y ahora, lector mío, continúa no viendo ni un átomo de doctrina que pueda acrecentar tu fe o robustecer tu incredulidad en esta verídica y puntual historia, que por ser vieja, aunque yo no soy joven, como me la contaron te la cuento.



### los asistentes, la casa real y otros pormenores



OS asistentes son una institución modesta que nunca ha tenido aspiraciones y se ha contentado, durante siglos de abnegación callada, con ser lo que ha sido, es y será per secula seculorum. El origen de este género de soldados se pierde en la oscuridad de los tiempos, como decían algunos textos de Historia del bachillerato, cuando no se

llamaba enseñanza media. No se sabe con certeza, aunque se presume su existencia, si Epaminondas tenía machacante -palabra técnicomilitar— para limpiarle el casco y machacar los ajos de la sopa de ídem, ni la historia de Roma cita al legionario encargado de tales menesteres respecto a César, Escipión u otros militares que nos legaron los principios fundamentales y eternos del Arte de la Guerra, pese a los modernos ingenios que han abarcado y ensanchado las dimensiones de los elementos castrenses, pero no modificado su estructura esencial. Hay que llegar a la época del Gran Duque de Alha para toparse con el terciario, que durante las marchas de su companía descansa al alférez del peso no escaso de la Bándera, para que el oficial abanderado se halle en buena disposición de tremolarla en la bátalla con una sola mano, ya que la otra se ocupa de acuchillar y hendir aquellos enemigos que codician apoderarse de la Enseña. Ya aparece el soldado que asiste al alférez, oficial único de la compañía. En cuanto a las asistencias del capitán, aún tienen el nombre de criados y son varios, porque los capitanes eran señores de mucha cuenta y seguianles palafreneros para sus caballos, lacayos y pajes para su persona y el mayordomo de su casa y equipajes, que no eran poca cosa. De los Maestres de Campo se conoce que superando con mucho a los capitanes, en el boato de su vivir, arrastraban carroza, tenían junto a sí entretenidos o sea Ayudantes de Campo a quienes pagaban y daban mesa, y una guardia de alabarderos alemanes bien barbados y lo más gigantescos posibles. Al Maestre General o General en Jefe acompañaba un séquito de príncipe: guardia alemana, escolta de caballos ligeros, carroza para los caminos llanos, litera o silla de manos para los de montaña, servidumbre numerosa y los inseparables veedor, auditor, capitán barrachel o jefe de policía, los escribanos y, por si se tercia degollar algún soldado noble u oficial, el verdugo trajeado de rojo y al hombro el descomunal espadón con que realizaba las justicias. Todos asistían al Mando, todos, pues, eran asistentes, con lo que se demuestra que la ascendencia del asistente machacante no puede ser más brillante y lucida. Puede establecerse, por deducción, que desde que los primeros hombres se agruparon para matarse unos a otros, aquellos que les dirigian y mandaban tenían uno dedicado a servirle particularmente; con el tiempo este servidor llamóse escudero, y si era jovencito, paje de lanza, y si zafio y rudo, espolique, y luego, con los años, asistente a secas, pero a la vez compañero, consejero a veces y leal amigo sin dejar de ser criado.

El siglo XVIII, el de la guerra bonita, cuyos soldados entraban en la batalla con la peluca empolvada y la coleta rabitiesa, fue el reinado del asistente que había de ser peluquero y ayuda de cámara, buen zurcidor de guantes, ducho en rizar y planchar chorreras de encaje y los puños de la camisa, así como mantener los dorados o plateados galones de la casaca en estado reluciente, lo que no era imposible como actualmente, porque el oro de los bordados era oro y procedía de la Escuela de bordadores creada en el Escorial por Felipe II. No era poco el cuidado de las medias de seda, que el correo de Acapulco llevaba a América desde Manila y traían a España los convoyes marítimos; aquí estaban racionadas a un par los capitanes y subalternos, dos los jefes y tres los Generales; los asistentes zurcían los puntos sin que hubiese posibilidad de notar el zurcido y lavaban las medias puestas en las piernas de sus oficiales con agua caliente y jabón sin restregarlas, único medio de que durasen los dos años reglamentarios para sustituirlas.

Todas estas delicadezas han heredado los asistentes modernos, en cuyas simpáticas personas se han reunido, sobre todo en campaña, cualidades de criado de mano, cocinero, lavandero y confidente. Desde luego, y sólo por ser criado, se era algo importante; no hay más que observar la beligerancia que los clásicos daban en sus comedias a la servidumbre, que alternaba con sus amos y ora eran discretos y entendían de todo, ora hacían reír al público con sus ignorancias. No era fingida esta confianza, que España ha sido y es infinitamente más democrática que

los que encubren con esa palabra sus tiranías y crueldades. Don Quijote y Sancho son dos modelos bien españoles; pues, sí además de esa condición de amo y criado, tenían la de compañeros de armas, ya que juntos iban a la pelea, a nadie más que al asistente correspondía poner en lo alto las hazañas de su amo, como aquel, según los clásicos, que decía a un escribano:

A que el enemigo embista nunca espera mi señor; apuntad, maese cronista, ese rasgo de valor.

El mejor episodio de la lealtad de los asistentes lo escribieron ellos con su sangre en el Barranco del Lobo, de Melilla, el año 1909; allí, gallardamente, pereció la mayor parte de la Primera Brigada de Cazadores con sus oficiales, jefes y General a la cabeza. Al recoger mi Batallón, meses después, los cadáveres de sus compañeros insepultos, pudo verse que al lado de cada jefe u oficial muerto estaba también muerto su asistente: tan impresionante detalle demuestra las relaciones de cariño que el servicio engendra. Pero sin olvidar las tragedias de la guerra, más grato es consignar las incidencias a que da lugar el trato especialísimo entre oficiales y asistentes, gente joven, alegre y sin preocupaciones graves. Lo primero que experimenta el soldado a quien un oficial propone el cargo, es una gran satisfacción y el nacimiento de una corriente de simpatía hacia el oficial, hacia los oficiales del mismo empleo y sus respectivos asistentes; esta colectividad de soldados se tratan entre sí más intimamente los que sirven a oficiales del mismo empleo, reconociendo alguna superioridad en los asistentes de superiores al amo; la unión es más intima dentro de cada jerarquía, es decir, que se tratan entre si los de subalternos más que con los de capitanes y éstos muchos más que con los de los jefes. El asistente del señor Coronel presupone un poco de cierta autoridad sobre los demás y de conocer secretos del servicio y de la política, además de creerse representante de la clase de asistentes, como su amo representa a todo el Regimiento. El de un Coronel de Regimiento de Artillería, de guarnición en Madrid, se presentó en el Teatro Real a pedir explicaciones a su director Luis París, llevando en la mano el suelto de un periódico que al dar cuenta de la representación de una ópera terminaba diciendo: "... los asistentes que llenaban el regio coliseo salieron muy complacidos por la admirable interpretación de la obra"; el asistente del Coronel estaba indignado porque se hubiese prescindido de invitar a los de su Regimiento.

Tan distinguida clase se divide en dos bandos que no tienen apenas contacto; asistentes de solteros y asistentes de casados; el poco quehacer de los primeros les permite una libertad de acción que no pueden disfrutar los segundos, que son una verdadera providencia de los hoga-

res humildes donde el poco sueldo contrasta con los muchos hijos. Este servicio doméstico, absolutamente voluntario porque nadie puede nombrar asistente sin que el invitado acepte previamente, es de tal sujeción que no se comprende cómo un muchacho en plena juventud, se resigna a apartarse tan pocas veces de la familia a la que dedica toda su voluntad y todo su cariño. En otros tiempos eran muchos los asistentes que al cumplir su servicio, en vez de licenciarse se reenganchaban para no separarse de sus amos y permanecían al lado suyo largos años, hasta que la muerte rompía el lazo de unión y de amistad; generalmente los criados, paisanos o militares, formaban parte de la familia, pero los castrenses con más continuidad. Uno que había servido a mi padre en toda la campaña del Norte, estuvo en mi casa veinticinco años después de cumplir y era cuando yo salí oficial el maestro de mi asistente y mi consejero en muchas cosas del servicio.

En todo asistente hay un pequeño administrador y algunos acababan siéndolo de los cuantiosos bienes de sus amos. Bodega, el asistente de Narváez, a quien servía desde que el General era Capitan de Cazadores, no se apartó jamás de su amo en paz y en guerra, hasta cerrarle los ojos muerto. O'Donell tenía, siendo Capitán General, el mismo asistente que tuvo de alférez; don Fernando Primo de Rivera, primer marqués de Estella, conservó durante treinta años un asistente que fue herido de bala al mismo tiempo que recibió otra herida su amo; ambos vinieron a Madrid y los dos se curaron en la casa del General, sita entonces en la calle de Jacometrezo; recuerdo que mi padre, que había sido discípulo del General en el Colegio de Infantería, me llevó a verle siendo yo muy niño y luego de hablar un rato con don Fernando, pasamos a la alcoba del asistente para felicitarle por su conducta en la batalla de Estella.

El tipo ha perdido algo con los años y el cambio de costumbres; ya no es posible conocer en la calle, si viste de paisano, al asistente de un oficial; en aquellos tiempos en que no era tanta la ilustración de las clases populares, el asistente era algo así como una caricatura inocente de su amo, porque ellos procuraban imitarle en los modales y el carácter; la nota más típica dábala una uniformidad en el traje de paisano que los distinguía sin que fuese posible dudar de lo que eran. El atuendo consistía en alpargatas con calcetines blancos o de colores violentos y a rayas horizontales, más elegantes si las rayas eran verdes, azules y encarnadas, con todas las combinaciones y permutaciones que pueden hacerse con los tonos del iris; yo creo que se fabricaban exclusivamente para estos soldados; el pantalón tenía que ser de pana color café; ceñíanse la cintura con una faja negra de muchas vueltas, que a la vez de abrigar era saco para guardar el pan de munición, el pañuelo de las narices, la caja de betún, los cepillos de las botas y de la ropa, las llaves del baúl del amo y, en fin, todo aquello que el asistente temía perder o que le fuese sustraído, porque hay ciertos objetos que no se pueden dejar en el cuartel ni en las casas de huéspedes donde hay otros asistentes. En invierno y verano llevaban una blusa corta de bastante vuelo, de lienzo estampado con su greca en los bordes y anudadas las puntas cubriendo parte de la faja; una gorra de paño cubría la cabeza y ésta era la única prenda que variaba de forma y de color, porque en todas las demás había uniformidad voluntaria para todos los asistentes del Ejército español; así se les conocía a cien leguas y de cerca por el pelo cortado al rape y por el bigote al natural, pues estaba prohibidísimo afeitárselo o disminuírselo, excepto los que llevaban barba por motivo de llevarla también su amo; solía vérseles por todas partes llevando siempre algo, un par de botas de montar, una fiambrera, un espadín, una fusta o un chico de la mano, y por si fuese poco saludaban en la calle a los oficiales, sin duda para que se les conociese que eran de tropa.

Yo tuve uno en el Regimiento del Rey, en Zaragoza, que considero el más clásico de todos los habidos y por haber; se llamaba Sixto, era aragonés y pirenaico, pelirrojo, fuertísimo, piernas cortas y en arco, analfabeto y exlabrador, ágil de cuerpo y de entendimiento, con un corazón de oro forrado en papel de lija; en dos meses le enseñé a leer y escribir y todo cuanto era mío lo miraba y cuidaba mejor que si fuese suyo:

"— Señorito —avisábame—, se nos ha acabao el tabaco; tenemos ya poco jabón; los últimos calcetines dice la señá Raimunda que no tien

arreglo."

Doña Raimunda era la patrona de una casa de huéspedes que había en el piso tercero del núm. 61 de la calle de Pignatelli, más conocida en Zaragoza por el nombre de calle de la Paja, casa que en el barrio llamaban la Casa Real, porque la habitábamos tres alféreces del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey y otros tres del de Lanceros del Rey, primero de Caballería. Era doña Raimunda la mujer más fea de España, pero con el alma bellísima como la de un arcángel; militarista furibunda nos trataba como si fuese nuestra madre y nosotros la queríamos y se lo demostrábamos con regalitos mensuales; zapatillas de piel para que no se le enfriaran los pies, una talma o manteleta, un velito de seda con que iba a misa y a la compra; a ella se le saltaban las lágrimas cada vez que recibía una demostración de afecto. Sin embargo, de su ternura tan femenina, pocas mujeres tendrán la energía y el espíritu organizador de aquella a quien Dios no había querido dar siquiera aspecto de mujer. No tenía criada, tal vez por prevenir complicaciones; los asistentes limpiaban y hacían cada uno el cuarto de su amo y no podían estar en casa más tiempo que el que sus amos estuviesen; uno de ellos hacía de pinche y servía a la mesa; el orden era perfecto, la limpieza absoluta y la disciplina severa.

La juventud de los huéspedes rebosaba por los balcones donde solíamos hacer acrobacias con gran susto de las vecinas y de los transeúntes; descender con una cuerda a los balcones de los pisos de abajo; montar como si fuese en bicicleta sobre las barandillas y hacer flexiones tenien-

do el cuerpo afuera eran habilidades diarias.

Un día de Inocentes quisimos celebrarlo dando una broma a los vecinos de la calle. Encontramos en una buhardilla de la casa muchas esteras viejas e inservibles que no tenían dueño y a eso de las doce de la noche las pusimos en los balcones y las prendimos fuego, al mismo tiempo que repetíamos esta palabra con la alarma consiguiente de todo el barrio; el humo y las llamaradas que producían las esteras según las íbamos reforzando con otras, daba la impresión de que la casa ardía por dentro. Toda la vecindad estaba en los balcones cuando llegaron los bomberos, a quienes al subir confesamos que todo era una inocentada, y para resarcirlos del trabajo que se habían tomado les obsequiamos con unas copas de aguardiente del que teníamos siempre alguna provisión; recuerdo que nos lo enviaban de Toledo y que las botellas llevaban las armas de la ciudad y el rótulo de "Anís Imperial"; era tan exquisito que los bomberos no se retiraron muy firmes, pero sí muy agradecidos.

Una tarde hallé a mis compañeros afanándose en relienar el uniforme de uno de ellos, y cuando hubieron construido el pelele asomóse al balcón el interesado y entabló con la niña del segundo, a la que pretendía, el

diálogo siguiente:

—Fulanita —no recuerdo el nombre—, ¿cuándo me va usted a querer?

-Cuando siente usted la cabeza.

-Pero niña, para sentarse hay otra cosa que no es la cabeza.

-Bueno; ya le he dicho que mientras no sea usted formal no le quiero.

—Pues, si no me quiere usted, me tiro por el balcón. —¡Ay, qué gracia! ¿Se va a suicidar usted por mí?

-Ahora mismo; ¿me quiere? ¿sí o no?

-No; ya lo sabe usted; no.

Entróse el oficial en la habitación y cogiendo al muñeco lo lanzó furio-

samente por el balcón.

El grito desgarrador de la muchacha nos demostró que acabábamos de hacer una barbaridad; el escándalo en la calle fue enorme; la chica se desmayó, estuvo enferma del susto y aunque la enviábamos flores y dulces diariamente, nos tomó aborrecimiento a todos...

Como a cincuenta pasos, en un balcón a la altura de los nuestros, había siempre un señor de edad, a quien divertían mucho nuestras tonterías; era dueño de una tienda de antigüedades del piso bajo de su casa; miraba cuanto hacíamos enfocándonos un anteojo de larga vista; habíala tomado con él uno de los nuestros y al divisarle en el balcón sacaba el fusil del asistente y le soltaba este discurso:

"¡Oh, muestra vetusta de los pasados siglos, que vives de las reliquias de otros tiempos y comercias con los despojos de la Historia! Vas a morir; la Historia es la desgracia de los pueblos; los pueblos que no tienen Historia son felices, porque carecen de preocupaciones; la Historia es la

enemiga del presente y la rémora del porvenir. ¡Abajo la Historia! —al orador le habían dado varios suspensos en la asignatura durante su carrera—. Tú eres la representación de la Historia y vas a morir, en castigo

a tus falsedades y falsificaciones."

Después de esta soflama, apuntaba con el fusil al viejo, y como sabía que los fusiles de los asistentes estaban descargados, pues daban miedo a la patrona, apretaba la cola del disparador y se quedaba tan satisfecho. Al principio, el viejo pareció asustarse un poco y se retiró del balcón, pero comprendiendo que no podía pasar de broma siguió mirando y mirando con su catalejo.

Es de advertir que en aquella época de trastornos políticos habíase dispuesto que los asistentes tuviesen el fusil en casa de los oficiales, con objeto de acompañarles al cuartel si se alteraba el orden público; algunos habían sido agredidos en ocasiones, yendo solos y con armas tan poco eficaces como la espada de ceñir y un revolver de alcance escaso.

Ya estábamos un poco cansados de la broma invariable del de la Historia y discurrimos embromarle a él y al viejo anticuario; metimos en la recámara del fusil de su asistente un cartucho de los de fogueo, que tenían poca pólvora, y un corcho en vez de bala, para el solo efecto de hacer ruido.

Cuando vino del cuartel el diario matador hipotético, le invitamos a que repitiera el fusilamiento; se resistía algo, alegando que no tenía ya gracia la broma, pero tanto insistimos, que procedió como de costumbre; declamó su diatriba contra la Historia y al final de ella retumbó en la calle un disparo que parecía un cañonazo. Desde el balcón contiguo vimos al viejo caerse de espaldas y al que disparaba entrar como loco gritando: "¡Dios mío! ¿Cómo estaba cargado este fusil? ¡Lo he matado, lo he matado!". Nuestras risas le sacaron del error, pero tuvimos que encerrarnos en nuestra habitación, porque a quien quería matar de veras era a nosotros.

Acudió corriendo a casa del viejo a sinczrarse y a explicar lo ocurrido y lo encontró en la cama con la familia alarmadísima; todos juraban que la bala le había pasado rozando la sien. Parece que obtuvo el perdón, no sin

oir algunos merecidos improperios.

Pero un tiro en la calle y en tiempos de constante alarma, no podía mantenerse secreto, como el suicidio de un pelele. Subieron a la casa los agentes de policía y el alcalde de barrio. La patrona estaba con un sinco pe y nosotros fingiendo un arrepentimiento que dábamos lástima. No nos detuvieron ni dieron parte del suceso; sin embargo, a las pocas horas todo Zaragoza se había enterado con detalles y, naturalmente, también el Capitán General, que lo era don Luis Dabán y Ramírez de Arellano, conde de Verdú, el que dio el grito monárquico en Sagunto con Martínez Campos. Enseguida recibimos la orden de presentarnos arrestados en los Cuartos de Banderas y Estandartes de nuestros respectivos

Regimientos, donde pasamos la noche, con la pesadumbre de temer que el castigo fuese más grave.

Nuestro asombro no tuvo límites cuando, a la mañana siguiente, un ayudante del General se avistó con nuestros Coroneles para que se nos pusiera en libertad. Dabán era hombre muy severo; esperábamos por lo menos una semana de arresto. El Ayudante nos explicó confidencialmente el caso: parece que a la Generala le había hecho muchísima gracia la broma y logró de su marido que nos perdonase la travesura.

A la hora del almuerzo, ya en nuestra casa, coincidimos en opinar que era imposible no demostrar a la condesa nuestra inmensa gratitud; además la Generala condesa era joven, muy guapa, muy elegante, muy simpática y siempre es agradable relacionarse, aunque sea a distancia, con una dama que merece todo género de admiraciones.

Acordamos, pues, comprar un ramo de flores y enviárselo con nuestras tarjetas. No estaban muy provistas casi nunca nuestras bolsas; rebañamos los bolsillos y pudimos reunir cuatro duros, cantidad más que suficiente en aquellos tiempos para comprar, no un ramo, sino un jardín.

Discutimos después a qué asistente habíamos de confiar el encargo de adquirir las flores y llevarias al domicílio particular del Capitán General; por unanimidad quedó nombrado mi asistente, a quien todos consideraban el más listo, a causa de que habiéndole una vez enviado a la botica para comprar una medicina y dándole las señas de la farmacia. respondió que él conocía al boticario porque había sido soldado, y preguntándole cómo siendo un señor ya de edad le había confiado el haber servido en el Ejército, respondió mi asistente que no había hablado nunca con él, pero que lo de haber sido soldado estaba en la muestra de la botica, donde decía: "Farmacia del licenciado Fernández". Mis companeros entendían que este rasgo demostraba que mi asistente era un hombre pensador y analítico. Le enseñamos pues la lección meticulosamente y de este modo: "Vas a Torrero, y en la tercera torre que se encuentra a mano derecha, entras, preguntas por el jardinero que es cojo, y le dices que haga un ramo de flores, entregándole estos cuatro duros que te damos para que lo pagues. En cuanto te dé el ramo lo llevas con mucho cuidadito a la Capitanía General, pero no a las oficinas, sino al primer piso, puerta de la derecha; tiras del cordón de la campanilla, pero no muy fuerte, y cuando salgan a abrir entregas el ramo y estas seis tarjetas nuestras al mismo tiempo y te vuelves. A ver, repite lo que te hemos dicho".

Mi asistente repitió sin equivocarse cuanto se le había ordenado y se fue hacia Torrero, yéndonos nosotros a nuestros cuarteles porque teníamos instrucción.

A la hora de cenar —que entonces se cenaba a las siete de la tarde—nos sentamos a la mesa y vimos con\cierta alarma que sobre el mantel

relucía el montón de los cuatro duros. Llamamos a Sixto para que nos

explicase aquella circunstancia y se expresó de esta manera:

—Fui a Torrero en ca el cojo; li dije que m'hiciera de parte de ustés un ramo de a cuatro duros; me lo hizo, q'era tan grande q'a penas podía llevarle; fui a la Capitanía, tiré flojo del cordón y salió y abrió la puerta una señorita bien plantá, con una gorra blanca en la cabeza, un vestido negro y un delantal blanco; cogió el ramo, me dijo que esperase y se marchó; a luego volvió y me dio dos duros y yo li dije que no eran dos duros, que m'había costao cuatro y se marchó, y golvió y riyéndose mucho di mí me dio los cuatro duros y ahí los tien ustés.

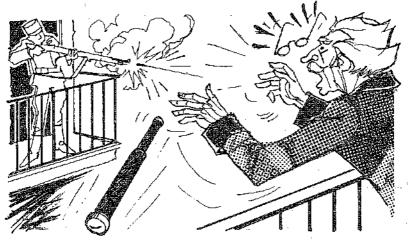
No le tiramos a la cabeza los cuchillos, los platos y la sopera porque su

relato nos dejó paralíticos.

Al día siguiente fuimos a dar explicaciones a la Generala y a pedirla de rodillas que recobrase los cuatro duros; se reía y se resistía pero le di-

mos lástima, sin duda, y al fin los aceptó.

El General nos echó una filípica terrible, amenazándonos con sanciones tremendas si reincidíamos en nuestras locuras; después se dulcificó un poco y hasta parecía sonreírse, pero exigiéndonos palabra de honor de que en adelante no daríamos el menor motivo de queja al vecindario. Dimos nuestra palabra y desde entonces aquella casa de la calle de la Paja de la inmortal Zaragoza fue un cenobio, un lugar de silencio; allí no se escuchaba ni el ruido de las espuelas de los de Caballería. Mientras ocupó la Capitanía General de Aragón don Luis Dabán, cumplimos estrictamente nuestra palabra; por fortuna, lo relevó a los pocos meses otro General, con el que no teníamos ningún compromiso de honor; si está más tiempo, acabamos los ocho por meternos frailes de la Trapa.



#### un coronei ordenancista



N cierto Regimiento de Lanceros había un Coronel, que al tomar el mando pronunció, en el acto de la presentación de la oficialidad, el siguiente discurso:

"Señores jefes y oficiales: Correspondo al saludo que vuestro Teniente Coronel acaba de dirigirme, y me ofrezco a todos, en cuanto no fuere asunto del servicio, como

un compañero más, aun cuando he de participarles que pertenezco a la escuela antigua, es decir que soy el Coronel primer Jefe del Regimiento en el cuartel, en la calle, en mi casa, de uniforme, de paisano y hasta en la cama. Haré cumplir los Reglamentos a rajatabla, exacta, puntualmente y sin la más mínima variación; las Reales Ordenanzas serán cumplidas también al pie de la letra y desde este mismo instante queda abolido aquello que no sea estrictamente reglamentario y de muy especial manera, el fondo particular y los fondillos de los Escuadrones, que nunca fueron necesarios a la buena administración y perjudican la austeridad con que debe proceder en todo el Ejército.

"Observo, porque les estoy pasando revista, y he observado en los sargentos, con quienes me crucé al entrar, que todos han introducido en sus uniformes detalles que no están conformes con la Cartilla de Uniformidad; los galones y las estrellas tienen unas dimensiones mayores que las reglamentarias; la hechura del calzón de montar es caprichosa; las espuelas no son vaqueras españolas sino inglesas; los cuellos parecen

más altos, las tirillas más bajas, las hombreras más anchas, las mangas más estrechas, en fin, que van ustedes hechos unas birrias. Esto es contrario a la disciplina y no se puede tolerar; les concedo el plazo de una semana para que recobren el aspecto serio, marcial y ordenancista que conviene a un Regimiento modelo de policía y de subordinación. Pueden ustedes retirarse."

El señor Coronel dio un talonazo sonando las espuelas, que eran de las de ruedas de ocho puntas y hacían más ruido que los platillos de una música militar, salió del Cuarto de Estandartes retorciéndose el bigote y la perilla y desparramando la vista por el patio cuajado de lanceros, todos en firme, en actitud de estatuas, inmóviles cual si fuesen de piedra; seguíale medio cuerpo de caballo a la derecha y a retaguardia el Teniente Coronel y detrás marchaban el Comandante Mayor, el capitán ayudante del Regimiento y el Porta, que era de Córdoba e iba musitando

por el camino: "Ezte tío noz pone a cardo".

Naturalmente, la oficialidad modificó su vestimenta ateniéndose a la Cartilla de Uniformidad, y el fondo particular y los fondillos de los Escuadrones fueron a fundirse en el fondo de Gran Masa, quedando el Regimiento con la misma administración que tuvo al ser creado en el siglo XVII. Sin embargo, los fondos suprimidos, que todos los Regimientos tenían secretamente, eran de necesaria aplicación para los gastos extraoficiales, como reforzar el rancho en época de maniobras o de instrucción de reclutas, piensos extraordinarios para levantar el ganado en períodos de fatiga, destinar algún dinero al premio de concursantes de tiro, pagar un coche que llevase al hospital a un accidentado repentino y grave, en fin, mil ocurrencias para las que no existía entonces consignación. Se nutrían estos fondos extrayendo de la Administración Militar menos cantidades de artículos que solían sobrar y que al liquidar se recibían en metálico, dando permiso de ausencia a algunos soldados, cuyos haberes ingresaban en dichos fondos o rebajando de servicio a algún recomendado de la Superioridad; los susodichos fondos se administraban pulquérrimamente, las cuentas se leían y aprobaban en Junta Económica y no se hacía gasto alguno sin conocimiento del Mayor y de los capitanes de Escuadrón. Hoy, con más sentido práctico, hay en los Regimientos consignación para todos los gastos justificados, sean los que fueren.

Pero entonces no faltaban Coroneles enemigos de los fondos particulares y en sus Regimientos pasaban no pocos apuros los capitanes y el Mayor. En el de Lanceros que nos ocupa sucedió una tarde que un recluta, rebajado de instrucción a causa de un forúnculo que le impedía montar, por hallarse en el sitio que el mismo nombre indica, aprovechó la soledad y el silencio del dormitorio, donde no quedaban más que el cabo de cuartel, el soldado cuartelero de puertas y el cuartelero interior, para escribir a sus padres. En la tabla que servía de banco de la cama, próxima a una ventana, puso los avíos de escribir y el papel, adquirido en la cantina por que llevaba impreso el emblema de la Caballería y el número del Regimiento; colocó en el suelo un cabezal —vulgo almohada— por cuestión del forúnculo y se sentó cuidadosamente, un tanto oblicuo a la derecha. La epístola no podía ser en otro estilo que el de costumbre, según el Manual que por dos reales enseñaba a escribir cartas para la familia y para hacerse amar locamente de las mujeres. Empezaba así:

"Amados padres: malegraré cal recibo destas cortas linias se alien ustés con la cabal salú que yo para mí deseo; la mía es güena adios gracias palo que justen mandar quelo aré con muncho justo y güena boluntá".

Aquí llegaba de su misiva el quinto y pensando cómo había de proseguir puso ambos codos en la tabla, apoyó la inclinada cabeza sobre las dos manos y... oyóse de repente un estrépito formidable, descendió desde lo alto de la ventana, sobre el cráneo del escritor, un gran trozo de cristal y al mismo tiempo, una piedra, como llovida del cielo, describía la última rama de su trayectoria y venía a caer encima del tintero, volcando su negro contenido en el papel y la tabla. El recluta dio un grito desgarrador como convenía al desgarro del cuero cabelludo; el cristal habíale sacado la raya, de la única manera posible, al pelo rapado a punta de

tijera.

Acudieron el cabo y los cuarteleros y encontraron al interfecto manando sangre por la extensa herida, que manchaba su uniforme cuartelero, la tabla y el piso. Mientras uno iba a buscar al cabo del botiquín, los otros no salían de ponerle tohallas mojadas, sin conseguir cortar la hemorragia, hasta que llegado el practicante, lograron, al cabo de media hora, restañar la sangre a fuerza de trapos mojados en salmuera, o sea sal y vinagre, compresa muy de Caballería, por usarse con éxito para curar las rozaduras que los quintos suelen hacerse donde el lesionado tenía el forinculo. Durante el tratamiento, teniéndole los cuarteleros sujeto por los brazos para que no protestase con ellos, el quinto daba unos alaridos conmovedores y ya concluida la cura opinó el del botiquín que convenía traer de la cantina un reconstituyente por la sangre perdida y por el susto de los cuatro. Mediante una peseta, que el recluta entregó, propináronse sendos vasitos del aguardiente conocido por la marca de Mataquintos, excelente para las reacciones físicas y morales y que deja la garganta más caliente que el ánima del cañón de la tercerola después del disparo y produce en el estómago varios conatos de explosión; con la peseta hubo para dos rondas. Encargando mucho al practicante que no dejasen de seguir apretando los sesos al doliente, para evitar que se abriera la herida se marchó a la puerta del cuartel, donde ya se oía la banda de trompetas del Regimiento, que regresaba de la instrucción; había que dar parte al médico ya que no tenía mucha confianza en el resultado de la cura practicada por él.

En echando pie a tierra subieron al dormitorio el capitán del Escua-

drón y el médico, que al examinar al herido no pareció muy satisfecho de la idoneidad del practicante; lavó la herida, dio varios puntos de sutura tras afeitarle el barbero los bordes, y, encontrando bastante fiebre, dispuso que el quinto pasara al hospital y el cabo del botiquín al calabozo. Mucho extrañó al practicante la providencia del galeno pues él había aplicado un astringente eficaz, pero le consoló que el médico, por haber servido siempre en Infantería, ignoraba los medicamentos de Caballería.

Como el período de Instrucción de los reclutas abunda en accidentes de equitación, caídas de caballo, coces, rozaduras infectadas, nadie dio importancia a la descalabradura, ni siquiera su capitán, más preocupado por la resolución del problema que le planteaba la sustitución del cristal no habiendo fondillo en el Escuadrón por la orden tajante del señor Coronel; doce pesetas le pedía el vidriero de la calle, habida cuenta del tamaño y de la calidad: colocar papeles en el hueco no le parecía decoroso ni el viento lo permitía; dejar sin poner el cristal tampoco era posible pues el aire hacía tiro con la puerta del dormitorio y enfilaba de flanco todas las camas de enmedio del local, con riesgo de que los soldados pescasen alguna pulmonía, durmiendo destapados la mayor parte; le daba reparo consultar con el Comandante Mayor porque siempre es peligroso acercarse a los jefes con discos, como ellos dicen, pero después de mucho meditar y no encontrando solución acudió a Mayoría y expuso la papeleta que llevaba; el Mayor se rascó varias veces la calva, estiró sus bigotes, cambió de lugar los papeles de la mesa como si entre ellos estuviesen las doce pesetas, y exclamó:

— Bien mirado, reponer el cristal tiene el objeto de resguardar del frío al dormitorio; luego los sargentos, cabos y soldados que duermen en él, son los que se van a beneficiar; ponga usted a descuento a todo el Escua-

drón y que paguen los vidrios rotos.

Eso, mi comandante —replicó el capitán—, no lo puedo hacer; no es reglamentario; al soldado no se le puede cargar aquello que no ha recibido; podríamos cargarle el frío, que es lo que recibe, si el frío costase dinero, pero el cristal no lo reciben ellos sino el dormitorio; además, el asistente del Coronel es de mi Escuadrón y no dejaría de enterar a su amo del descuento arbitrario; ¿quiere usted que sea yo quien pague los vidrios rotos?

— No en verdad, capitán; ya sabe usted que le profeso estimación y por lo mismo no quisiera que el señor Coronel nos despidiese con trompetas destempladas; vamos a consultarle, aunque sospeche que ello es una protesta embozada de su orden suprimiendo los fondillos de los Escuadrones.

Luego de pedir el permiso consiguiente, entraron algo temerosos los consultantes en el despacho del Coronel y luego de solicitar la venia para consultarle acerca de una cuestión del servicio y previa su obtención, el comandante explicó, puntual y claramente, el hecho sin omitir detalle.

Púsose el Coronel en pie, porque no quería nunca dejar sentar a sus subordinados para evitar alargamientos; las sillas invitan a las digresiones y a las posturas poco respetuosas; en pie y en la posición de firmes

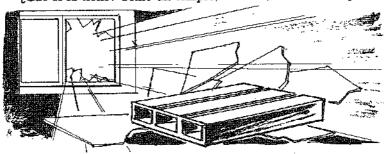
se comprenden mejor los razonamientos de los superiores.

Calló el comandante y el Coronel, retorciendo la afilada punta de la perilla, contestó lo siguiente: "Señor comandante; cuando se posee la placa de San Hermenegildo como Usía no es lícito traer asuntos tan claros como el que acaba usted de poner en mi conocimiento; a usted, señor capitán, que lleva varios años mandando un Escuadrón, no se le debió ocurrir jamás consultar con su jefe una cuestión que debiera haber resuelto sin necesidad de orden ni consejo; comprenderán los dos que el mando tiene demasiadas preocupaciones que embargan su tiempo, para perderlo en solucionar una cosa insignificante; me disgusta sobremanera que mis subordinados olviden la Ordenanza hasta el punto de contentarse con hacer lo preciso de su deber sin que su propia voluntad adelante cosa alguna; no se debe pedir providencia al superior en casos en que se puede providenciar por sí mismo. Esta es la última vez que permito incongruencias. Vamos a ver; ¿quién es el primer responsable de la rotura del cristal?, indudablemente el que tiró la piedra: ¿ha sido habido el primer responsable, sin duda un chico de los muchos de la calle?, no, v en su defecto habrá que fijarse en el segundo responsable, que no puede ser otro que el recluta; porque, señores, ¿a quién se le ocurre sentarse a escribir junto a una ventana cerrada, pululando por la calle tantos chicos y habiendo tantos ladrillos rotos de la obra de la casa de enfrente?; ha habido imprudencia temeraria que no debe quedar impune; por lo tanto, se pondrá al recluta a descuento de sus sobras hasta que pague el cristal, adelantando la caja el dinero mediante recibo del capitán y cuando salga del hospital el quinto pasará a sufrir ocho días de arresto en la Guardia de Prevención por imprudencia temeraria. Pueden retirarse.

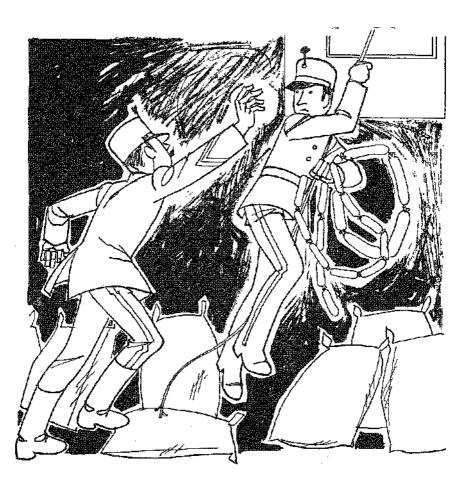
En la Oficina de Mayoría comentaba el capitán:

— ¿Ha visto usted, mi comandante, cómo argumenta el señor Coronel?, yo creo que tiene razón, ¿verdad?

- ¿Que si la tiene? Como un templo, hombre, como un templo.



# el gato





OUELLA dignidad elevadísima, aquella jerarquía suprema, aquel inapelable juicio, aquel prestigio incólume, aquel símbolo de la venerada antigüedad—no sin defectos— desapareció en el transcurso de las promociones modernas, derrocándose así una de las instituciones seculares de la Infantería cadetil.

Ya no existe sobre la grey, que comienza su vida militar nutriéndose con migas y acotados, una voluntad sapiente que dirima las contiendas y juzgue los pleitos; el gato sucumbió, quizá, al embate de la democracia, que no reconoce superioridades, ni aun las de origen casi divino, porque el suyo se pierde en los tiempos del antiguo Colegio de Infantería, bisabuelo legítimo de la Academia actual.

Quedan otras tradiciones, pero el gato murió. Los manes del cadete Araújo y del alumno Rey Gamonal, gatos que consiguieron eterna memoria, no tienen ya a quién inspirar en los altos deberes de administrar justicia y en los casos dudosos que no resuelve la ciencia matemática.

Era el gato el cadete con más permanencia de toda la Academia y como la antigüedad en estos casos va aparejada a una historia de gloriosos desastres, el individuo que alcanzaba tan egregia jerarquía era conocidísimo de profesores, ordenanzas, pinches y popular en Zocodover, calle del Comercio, Granullaque, Revuelta y demás sitios de reunión de los toledanos. Desde el Palacio Arzobispal hasta las Covachuelas, el nombre

del gato era una garantía de constancia, porque para llegar a serio precisaba una desaplicación sin tacha o una mollera de un pedernal que no

diese chispas.

Pero no solían ser de esta última condición los pontífices gatunos. La holganza y la desgracia llevábanles al cargo más que la insuficiencia cerebral. Yo he conocido a Araújo ya viejo, y fue de ingenio clarísimo y vivaz, con una vena poética que, a haberse tomado en su vida algún trabajo, le hubiera conquistado un puesto en el Parnaso, junto a Narciso Serra, el poeta de Caballería. Confesóme un día, allá en Toledo, donde murió por no dejar la sombra de la Academia, que ya en el séptimo año de su estancia en el Colegio, y sin esperanzas de ganar curso para obtener las charreteras, hizo una instancia en verso a Isabel II, y aquella señora le concedió el empleo de subteniente sin examen. A no haber logrado conmover a la Reina, quizá hubiera conseguido Araújo la Cruz de San Hermenegildo antes que la charretera de oficial.

El origen de la tradición del gato es desconocido.

Araújo, con quien a pesar de la diferencia de edades me unía estrecha amistad, quizá por la simpatía que le inspiraba mi picara hoja escolar, tampoco sabía cuál era el fundamento de la felina tradición. Siendo él comandante viejo y yo alumno joven, me contó que tal vez arrancase el hecho de un rasgo que había oido contar en el Colegio de Infantería, por la relación entre lo acaecido y las costumbres del animal, extraño emblema de la veteranía.

El caso fue que para que los víveres almacenados en el Colegio no se deteriorasen, el local, que era un sótano, tenía unas claraboyas por donde entraba aire y luz que oreaba los chorizos, jamones y demás ornamentos de las comidas de gala con uniforme.

Los cadetes, que comprendían que aquellos manjares eran para ellos, se hacían de vez en cuando algún adelanto subrepticio, atándose uno con una cuerda, que sostenían entre varios y descolgándose por la claraboya, en pos de las colgaduras de cerdo que adornaban el almacén.

El encargado de los víveres dábase a todos los demonios para descubrir las misteriosas desapariciones, y puesto una noche al acecho, vio cómo un caballero cadete descendía entre las tinieblas

> como un angel bajado de la altura en donde el trono del Eterno brilla.

Lanzóse sobre la aparición, que tenía entre ambas manos dos sartas de chorizos y en la lucha no pudo recuperar los embutidos, porque el que se los llevaba volvió a subir como llevado por fuerza sobrenatural; pero le arañó el rostro de tal modo, que juzgó ya cosa cierta averiguar el nombre del merodeador. No había sino fijarse en la revista de policía del día siguiente, en qué caballero cadete llevaba en la cara la profunda huella de sus uñas.

Cuando el arañado se vio entre sus cómplices, les mostró el rostro sangriento y, después de comerse los chorizos, comprendieron que estaban irremisiblemente perdidos. La digestión no les dio luz en aquel problema y acudieron en consulta al pontífice, al gato, a la suprema autoridad cadetil.

El gato meditó un punto; la inspiración divina de que estaba dotado el alto cargo le sugirió la idea, y su autoridad dispuso que inmediatamente todos los caballeros cadetes formasen dentro de sus compañías en una fila, galonistas inclusive; que el más caracterizado mandase a la fila hacer derecha; que después cada uno arañase la cara al que tenía delante, y para reciprocidad, que se mandase luego media vuelta y se repitiera el movimiento.

La orden se ejecutó paulatinamente. Cuando, al siguiente día, se pasó la revista de policía, no fue posible descubrir al arañado: todos estaban igual; cada uno era un San Lázaro con casaquilla.

A la pregunta de los oficiales de "-¿Quién le ha arañado a usted?"

contestaban todos:

--- Un gato.

Creía Araújo que antes de ejecutarse aquel alto hecho de compañerismo, el cadete más antiguo que lo ordenó no se le llamaba quizá el gato, y que en conmemoración de su ingenio pudo darse ese nombre a la jerarquía que encarnaba la mayor antigüedad.

Sea o no éste el origen del gato, el hecho es rigurosamente cierto, y al recordarlo, muchos veteranos pensarán que cualquier tiempo pasado

fue mejor.



## las desdichas del amor o conspirador supuesto





AS narraciones de sucesos vividos tienen el encanto de la verdad, y ésta mayores atractivos que la ficción más ingeniosa; supera la historieta al cuento y suple con el espejo de la realidad defectos del estilo e incorrecciones del lenguaje: que el diminutivo de historia significa pequeñez del asunto, pero nunca expansión de la fantasía, y es lo real tan bello, que no ha menester de afeites ni retoques literarios.

Yo mismo fui infelice protagonista en lo que reza este verídico relato, y pues no disfrazo mi nombre, no hay que ocultar tampoco los de los personajes que intervinieron en la acción. Todos tuvieron en ella buenos papeles, los que han muerto y los que viven —por muchos años sea—. Si gustas, lector, de estos pedazos de la vida ajena, prosigue la lectura y hallarás un trozo al natural bien sazonado por la casualidad, que es gran cocinera de acontecimientos.

Ni don Antonio Ciriza, Jefe de mi Brigada, ni don Francisco Rufilanchas, Coronel del Regimiento de Infantería de Wad-Rás —del que era yo modestísimo alférez-, me habían negado nunca permiso para ausentarme del cantón de Leganés, de aquel cantón instituido para desesperación de oficiales solteros y prosperidad de carros de mudanzas.

Era don Antonio hombre que quería velar con las energías de su carácter la ingénita bondad de su corazón, y, a su vez, don Francisco, en su larga vida de veterano, no había aprendido a decir que no a nada que le pidiesen sus inferiores; pero ¿quién se atreve a solicitar permiso diariamente, abusando de una condescendencia tan bien probada? El respetiblo natural, alguna que otra reprimenda por escapatorias descubiertas y el deseo inextinguible de acercarme al femenino, objeto de mis ansias, hacíanme prescindir de los trámites reglamentarios, fiándome de la Providencia del teniente Rico, un viejo subalterno de mi compañía, siempre atento a las listas y ranchos que yo solía fumarme: Dios se lo haya pagado, porque yo no le pagué ninguna.

Y en verdad que ELLA, mi tormento, merecía los sacrificios, no ya de un alférez, sino de un Capitán General con mando y toisón. Morena, ojos relucientes como el sol de las pampas argentinas, tierra donde nació; voluminoso busto, brazo espléndido, voz acariciadora, tenue como la brisa de los Andes, dulce como la caña americana.

Viuda de un hacendado español, gestionaba en España asuntos de familia y vivía con gran recato.

Confesaba la edad de Cristo y no delataba menos la opulencia de su mal reprimido talle. Quien dijo que en las carnes no hay poesía, no ha sido alférez, no ha podido, merced al privilegio de ese alto empleo, idealizar lo humano como se mezcla en intimo y estimulante consorcio el aroma de una flor y el tibio vaho de un robusto femenino. El vulgo las podrá llamar jamonas; Mahoma las llamaría huríes; un alférez las disputaría por el sueño de una noche de verano, o mejor de invierno; el ideal.

Nos veíamos siempre en la calle y nos hablábamos en los solitarios paseos de la Real Casa de Campo: resistíase la viuda a más condescendencia; lo reciente del luto, la familia del difunto, mi juventud de entonces —¡ay!— parecíanle razones que a mí se me antojaban huracán que avivase la llama de mi amor.

Entre la tal damita y el trato que por dos pesetas me daba la cantinera de Wad-Rás, mi físico —nunca muy vistoso— se demacraba ostensiblemente: ni la viuda salía de promesas, ni la cantinera de huevos con aceite verde y guisote de pecho de ternera. Para colmo de males, el Brigadier Ciriza me había prevenido seriamente por mis escapadas a Madrid, y el Coronel habíame anunciado el sentimiento de tomar conmigo una providencia.

Por fin, ELLA se apiadó algo de mis ansias. Una tarde, al pie de un castaño de Indias, prometióme una taza de té en su casa y de noche. ¡Oh, felicidad! ¡Una taza de té! No sólo quería consolar mi corazón, sino también mi estómago; ¿estaría enterada del trato de la cantinera?

El día 18 de septiembre de 1886, al regresar del ejercicio matutino, el cartero del Regimiento me entregó una carta. Detrás de la garita del centinela, solo, para que nadie advirtiese mi felicidad, leí aquellas letras inglesas, correctisimas, irreprochables. Dos renglones nada más: "MA-

ÑANA; PERO, POR DIOS, RESERVA ABSOLUTA", y su firma, una firma

torpe, vacilante; la emoción, la emoción, sin duda.

A la hora de almorzar, la orden del Cuerpo estuvo a punto de dejarme cadáver: allí, entre los nombrados de servicio, vi mi nombre seguido de una H, una V y una C. No había duda: el día de mi primetida dicha estaba yo de visita de hospital, vigilancia y compra.

Era necesario tomar una resolución, y me presenté al Coronel para cambiar el servicio con el angelical teniente Rico; el Coronel no pudo concederme el cambio; el servicio de vigilancia dependía del Brigadier y

a su casa fui con mi demanda.

El ayudante me recibió con cara de Cuaresma.

---"¡Bueno está el Brigadier con usted!" ----me dijo.

En efecto; don Antonio Ciriza me acogió entre bondadoso y serio, y al

enterarse de mi petición soltó un taco, diciéndome.

— ¿Conque ya no le bastan a usted las escapadas, sino que quiere irse también cuando está nombrado de servicio? Si no fuera usted lo que es, un chiquillo, a donde iba usted ahora mismo es a Banderas, arrestado. Vaya con Dios, que el servicio no es un comodín.

El bueno de mi Brigadier tenía más razón que un santo; pero yo no

faltaba al té aunque me fusilasen al día siguiente.

Y como lo pense lo puse en obra. Híceme bien visible todo el día por el pueblo y por el Casino; di el sacramental "Sin novedad" a cuantos Jefes tropecé, y al caer la tarde subí a mi pabellón, donde ya mi asistente y cómplice me aguardaba con la ropita de paisano. Camisa con pechera rosa, que era el último grito en ropa interior, y un sombrero pavero, que yo estimaba mucho por asemejarse a los chambergos de los Tercios y porque sombreaba bien la cara para ir de ocultis. Poco después, en las afueras del pueblo, tomaba el tranvía, y a las nueve de la noche estaba dando cuenta en un cafetín de la Plaza Mayor de una suculenta ración de riñones; la verdad es que para lo que estaba haciendo hacían falta riñones.

Próxima la hora de la felicidad, atravesaba la plaza de Santo Domingo, cuando hallé un amigo, alférez de Caballería, que llevaba la misma dirección que yo. Carlos Longoria, con su uniforme de Cazadores de Albuera, iba también en pos del amor. Hízome —claro que reservadamente—la confesión de su cita, y ya en el terreno de la confidencia, le dije yo muy discretamente el objeto de mi escapatoria. Nos prometimos nuestro secreto, y hablando llegamos a la calle de Martín de los Heros, donde la dicha me esperaba. Nos separamos; entré en la casa, y encontré a mi argentina, que con el índice en los labios, hacíame señas de ser cauto; recogida ya la servidumbre, me condujo a un gabinete donde la media luz velaba del todo la coquetería del adorno y el brillo de un servicio de té, bajo cuya plata ardía azulada la llama de alcohol.

No recuerdo el tiempo invertido en saludos; pero debió ser poquísimo,

cuando por el abierto balcón del gabinete entró el eco claro y distinto de

algunos disparos.

— Parecen tiros —dije, y ella creyó lo mismo, alarmadísima. Pusimos atención; volvieron a sonar los estampidos y escuché que en la calle gritaban:

— ¡Luis! ¡Luis!

Desde el balcón reconocí a Longoria.

- Me han dicho que mi Regimiento se ha sublevado - gritó.

- Espérame - le dije -; y despidiéndome de la dama me reuni con mi

amigo y bajamos corriendo la calle de Don Martín.

Al llegar a la esquina, frente a las tapias del cuartel de San Gil, la luz del farol alumbró el uniforme de Longoria; algunos soldados de Albuera hicieron fuego desde las ventanas; yo me detuve instintivamente. Al mismo tiempo la puerta falsa de la tapia se entreabría, y oíanse en el pequeño patio voces y pateo de caballos. Longoria se lanzó a la puerta; le vi coger del bocado un caballo que ya asomaba para salir; a sablazos metió dentro los jinetes que intentaban la salida, y cerró tras de sí el portón. Aquella noche se ganó el alférez Longoria un empleo, impidiendo, a fuerza de bravura y desprecio de la vida, que por la puerta falsa se escapara completo el Regimiento.

La escena fue como un relámpago. Yo corrí hacia la calle de Ferraz; en medio del arroyo, y como vigilando o esperando fuerzas del Cuartel de la Montaña, estaban un cabo y unos cuantos soldados del Regimiento de Garellano. El cabo me cogió del brazo; le dije que era paisano, que iba a mi casa, en la calle de la Bola, y pasó la Bola. Me soltó, ofreciéndome un fusil si quería batirme por la República. Lo que yo hubiese querido eran

alas para llegar a Leganés.

Por la puerta principal del cuartel de Albuera salían los jinetes y se mezclaban con los soldados de Infantería; el capitán Casero los iba ordenando con gran calma y serenidad. Estaba él tan tranquilo, que no pensé fuera el alma del revolucionario movimiento. Casero había sido teniente de Wad-Rás un par de años antes de aquella fecha, y, aunque muy poco tiempo, había yo servido con él en el mismo batallón. Al pasar a su lado le pregunté: "¿Qué ocurre, capitán?".

O no me conoció o no quiso contestarme. Yo seguí mi camino, convencido de que a Longoria lo habrían matado dentro de su cuartel y de que la guarnición de Madrid estaba sublevada. ¿Qué pasaría en Leganés?

Quise, pagando lo que me pidiesen, alquilar un coche que me llevase al cantón; ningún cochero accedió. Llegué hasta la Puerta del Sol en demanda de carruaje, y ya persuadido de la imposibilidad, me decidí a ir a pie. En la Plaza Mayor encontré el Batallón de Ciudad Rodrigo, que, al paso ligero, embocaba la calle de Atocha. En la Plaza de la Cebada, una compañía de Infantería estaba colocando puestos de observación sobre las adyacentes; todo esto espoleaba mi ansiedad. Bajé la cuesta de Tole-

do corriendo a todo correr, y en la puerta del mismo nombre me detuvo la Guardia Civil; di mi nombre y mi empleo, me soltaron y segui mi desenfrenada carrera, oyendo las descargas que desde Atocha me traía el aire.

Jadeante, extenuado, hecho pedazos el cuerpo, atribulado el espíritu, temiendo siempre que mi Regimiento hubiese partido sin mí, llegué a la puerta de mi cuartel. Apenas si tuve aliento para contestar al "¿Quién vive?" del centinela. Chirrió la llave, rechinó el cerrojo, se abrió el postigo y, a la luz del gran farol del portal, vi con espanto que había salido a recibirme el mismísimo Brigadier don Antonio Ciriza.

- ¿De dónde viene usted? me preguntó con una voz que no olvidaré nunca.
  - De Getafe, mi Brigadier. He ido después del toque de silencio...

Pase usted arrestado a Banderas.

Cuando subí al pabellón para ponerme de uniforme, estaban los compañeros vistiéndose el traje de campaña. No fueron improperios los que cayeron sobre mí. Mi hermano Cristino, alférez como yo, no se hartaba de llamarme bárbaro y estúpido, aunque era más joven y más moderno. Mi capitán y los demás oficiales le hacían coro: "¿A quién se le ocurre escaparse estando de servicio?". A ellos, al mismo Brigadier Ciriza, se les habría ocurrido en mi caso; por lo menos esa era mi convicción.

De lo ocurrido no tenía el Brigadier más noticia que un telegrama del Capitán General, en el que se le ordenaba tuviese la Brigada dispuesta para marchar al primer aviso y que se confiaba en su lealtad. La curiosidad por saber lo que sucedía en Madrid era grandísima.

Ya constituido yo en arresto, quisieron, particularmente los Jefes, hacerme hablar; no me sacaba nadie de qué había estado en Getafe. Por fin, el capitán y ayudante de mi batallón, Juanito Baturell, con quien, por su bellisimo carácter, tenía más confianza me ablando, y le dije:

- Sí, señor. He estado en Madrid; sé lo que pasa allí, pero no me saca-

rán una palabra mientras no me pongan en libertad.

Conferenció Baturell con el Brigadier, y tal pudo la curiosidad, que, aceptadas mis condiciones, el mismo don Antonio Ciriza, ya con cara de menos vinagre, me entregó mi espada. Siempre tuve yo por aquel veterano don Antonio veneración, y dudo que hubiese subalterno más víctima de sus chillerías estruendosas. ¡De qué buena gana le hubiera dado un abrazo cuando me tendió la espada!

Conté todo lo que sabía. No querían creerme al principio. Un detalle prueba de la caballerosidad de aquellos Jefes míos: a pesar de las circunstancias de mi escapada, no se le ocurrió a ninguno que yo pudiese estar comprometido en el movimiento revolucionario, y a mí no se me

ocurrió tampoco que tendrían derecho a pensarlo.

El resto de septiembre transcurrió en cuartelada perpetua, y seguíamos encerrados en el cuartel al llegar la mitad de octubre. Ya era Capitán General de Madrid don Arsenio Martínez Campos. Una mañana me llamó el Coronel a su despacho.

— ¿Ve usted las consecuencias de sus tonterías? El Brigadier, que vaya inmediatamente. Sé que es porque el Capitán General envía a buscarle y hay sospechas de usted. ¿A qué demonios fue a Madrid el 19 de septiem-

bre?

Comprendí toda la magnitud de lo que podía sucederme, y me confesé con mi bondadoso Coronel. Antes de pasar por sublevado y por falta al juramento de fidelidad prestado a mi Bandera, preferí ser indiscreto, y secretamente le conté mi cita, el té, la viuda que me atraía constantemente a la Corte, y puse en mi relato la veracidad con todas sus señales.

Con el Brigadier se repitió la escena. Al teniente de la Guardia Civil que me condujo a Madrid también se lo hubiese contado; pero el hombre era una esfinge en su papel de conductor de conspirador, y un "Me está prohibido hablar con usted" puso un punto en mi boca: mi guardián no

era ciertamente, un ángel.

Cuando, siempre seguido de mi civil, entré en el despacho de la Capitanía General, don Arsenio Martínez Campos se sorprendió mucho de mi aspecto; esperaba, sin duda, hallar en mí un conspirador hosco y bigotudo. Confesé de plano la misma relación, y, sonriéndose, ordenó que se me dejara ir libremente a mi Regimiento.

El civil, al despedirse de mí, excusó su seriedad con los ásperos deberes que la comisión que le habían dado le imponía, y yo no pude por

menos de decirle:

- ¡Vaya usted con Dios, Ahumada!

Pero por mucha verdad que mis superiores adivinaran en mis palabras, eran tan graves los cargos y tan raras las circunstancias, que justificaban toda duda. Mi empeño en ausentarme precisamente el día del pronunciamiento; mi escapatoria, a pesar de serme negado el permiso; mi presencia en la puerta del cuartel de San Gil cuando salían los sediciosos; el haberme acercado y hablado al capitán Casero en aquellos momentos; hasta mi juventud, propicia a cualquier locura poco meditada, eran sombras que todos quisieron desvanecer.

El Coronel envió reservadamente a su secretario a la calle de Don Martín; el Brigadier, sin decírselo a nadie, mandó a su ayudante; el General Martínez Campos, también con gran prudencia, se cercioró por medio de un Jefe de Estado Mayor. Mi bella y generosa dama corroboró todas mis palabras, disipando con su hermosa conducta la más ligera duda que

pudiese empañar mi lealtad.

De estas consultas y gestiones de mis superiores no tengo prueba plena, pero tuve un indicio indubitable: pocos días después de mi conducción por la Guardia Civil recibí en Leganés una carta de la hermosa argentina. ¡Cómo me palpitaba el corazón al reconocer la letra del sobret ¿Sería otra cita? A ver si también esa noche se sublevaba otro Regimiento. Cuando lei la carta me quedé yerto.

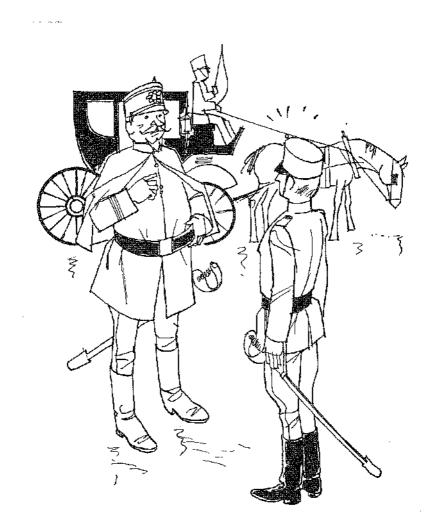
"Apreciable joven: Con el mayor secreto concedí a usted una entrevista en mi casa. Hemos estado juntos cinco mínutos y se ha enterado todo el Ejército español.

No vuelva a acordarse más de su affma.

N."



## "los ganchos"



QUEL furor de desconfianza o precaución que mantenía en los Regimientos casi la mitad de los oficiales sin dor-

mir, iba ya en descenso.

A la compañía del retén, el oficial de vigilancia, los de semana y un Jefe, que se pasaban la noche haciendo cuartos en las compañías o jugándoselos al tresillo, do-

minó, tute o mus ilustrado, sucedió paulatinamente una prudencial rebaja, y poco a poco, se llegó a que pernoctaran en los cuarteles no más que los semaneros que iban a dormir y el capitán y oficial de la guardía,

que como es de rigor y ordenanza, velaban.

Pero los Generales de día, que lo mismo o mejor hubieran podido llamarse de noche, persistieron en su molesto servicio, y visitaban todos los cuarteles uno a uno, sin que nunca encontrasen la más leve falta ni el más ligero descuido que reprender, y eso que el malhumor de la trasno-

chada les hacía bastante exigentes.

El secreto de que lo encontraran todo bien era sencilissimo: al despedir al General en la puerta, después de su visita, no tenía el oficial de guardia sino fijarse en la dirección que el ayudante de campo decía al cochero; en seguida, acudiendo al teléfono particular que todos los Cuartos de Banderas y Estandartes poseían, se pedía comunicación con el cuartel a que el coche del General se encaminaba; cuatro palabras cabalísticas eran suficientes: "Ahí va la liebre".

A este conjuro, los oficiales receptores del aviso se calaban sus guantes y se bajaban los barboquejos; el cuarto vigilante suspendía el vaivén de sus cabezadas, el de guardía se ponía de punta, los imaginarias arropaban a los destapados y repetían in mente la relación del utensilio y el estadillo de los que duermen; los faroleros dejaban el lecho para atizar la torcida de las lámparas belgas, y hasta los garbanzos de la olla rompían a cocer por espíritu de Cuerpo. Todo lo encontraba el General admirable. En seguida a otro cuartel, y el teléfono volvía a repetir: "Ahí va la liebre". Las señoritas de Teléfonos estaban en el secreto y transmitían con una rapidez extraordinaria.

Una de aquellas noches, en cierto batallón de Cazadores, hacían servicio un capitán recién llegado de Filipinas, donde luengos y, para él, venturosos años había desempeñado un Gobierno político-militar, y un teniente que acababa de dejar el Ministerio de la Guerra merced a los forceps de una Real Orden a rajatabla. Ambos estaban un poco borrados de las prácticas soldadescas, y esperaban con cierta emocioncilla y temor la visita del General del día. Llegó el aviso telefónico, se dispuso todo según costumbre, y poco después el rodar de un carruaje en el silencio de la calle y el vigoroso "¡Alto! ¿quién vive?" del centinela de la puerta, les hizo comprender que el momento había llegado.

Recibió el capitán al General con el sacramental "No hay novedad", y

entraron juntos en el Cuarto de Banderas.

Estaban los Generales tan aburridos y tan hartos de aquel oficio de serenos, que ya sólo se limitaban a hacer acto de presencia sin inspeccionar nada. Una pregunta cualquiera insignificante, un "Buenas noches", aunque cayeran chuzos de punta, y se iban a terminar su enojosa ronda.

Encaróse el General con los dos oficiales de servicio, y les preguntó:

— ¿Han puesto los ganchos?

Miráronse ambos oficiales y no supieron qué contestar. ¿Qué ganchos serían los que, sin duda, la Superioridad había mandado poner?

El capitán se resolvió al fin a decir:

— Mi General, éste es el primer servicio que hacemos los dos en este Batallón y no puedo contestar a Vuecencia, porque no sé si los han puesto o no.

— Bueno —repuso el General—; yo vuelvo de aquí a algunos minutos.

Sépalo usted entonces.

En cuanto partió el coche, el cuartel se puso en conmoción: ni los de semana, ni el sargento brigada, ni nadie, sabía de aquellos ganchos, y el General iba a volver, pues se hallaba en un cuartel vecino, y el capitán no podría darle cuenta de los dichosos ganchos.

Se tomó una resolución heroica: acudir al Teniente Coronel, que vivía, como todos los primeros Jefes de Cuerpo, en el pabellón del cuartel. Salió el Jefe a su despacho a medio vestir y el atribulado capitán le hizo

la historia de los ganchos. Tampoco el Jefe sabía una palabra. ¿Pero qué ganchos eran aquellos? No había otro remedio sino vestirse y esperar él mismo al General.

En cuanto el Teniente Coronel vio al General y lo conoció, echó al capitán una mirada que se lo hubiera comido con ella. Allí mismo, en la puerta, y volviéndose a Su Excelencia, antes de que se apeara del coche, le dijo:

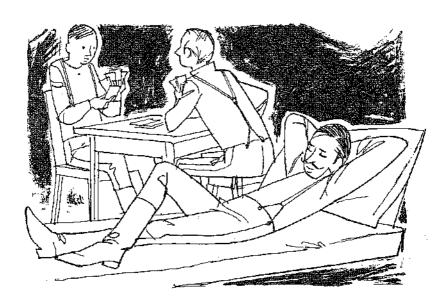
— Sí, señor, mi General; están puestos desde la hora reglamentaria. El

capitán no había entendido a usted la pregunta.

Y cuando el coche comenzó a rodar calle abajo:

— ¡Pero hombre de Dios! —gritó el Teniente Coronel al capitán— me ha hecho usted levantar con esta nochecita. ¿No sabe usted que el General arrastra la erre? Lo que le preguntaba a usted es si habían puesto los ranchos.

El Jefe se volvió a la cama echando por la boca sapos y culebras; el capitán a su mecedora a pensar en aquel apacible gobierno de Filipinas, y el teniente a recordar su época de Ministerio, donde no se arrastran las erres, ni se lleva una vida arrastrada.



#### las militaras



L tipo ha desaparecido en absoluto; se fue acabando, poco a poco, por pase a situación de viuda castrense primero y por fallecimiento después; los últimos ejemplares que habían presenciado las guerras civiles, los pronunciamientos políticos y las campañas coloniales, hace mucho tiempo que no existen.

No eran figuras "standard", como se dice ahora, por decir igualmente construidas; las militaras comprendían multitud de especies, desde la más linajuda dama, cuyos blasones de nobleza militar se orlaban con banderas y tambores, a las hijas de familia de la clase media, para quienes un capitán con sus 45 duros mensuales representaba el Lohengrin de los sueños de amor; y de éstas, a las más humildes muchachas de los caseríos vascos, de las masías de Cataluña y de los cortijos andaluces, todas prendidas a los Regimientos durante sus estancias en los campos como tropas de ocupación, que en algo tenían que ocuparse.

Pero con ser tan variadísima la escala femenina del fuero de guerra, tenían todas un rasgo único, un factor común, en su compenetración espiritual con el oficio de las armas y las vicisitudes del marido; era lo más natural del mundo oír a una señora decir: "Cuando nos dieron el mando del batallón", "Cuando nos destinaron a Cuba", "Cuando nos retiramos del Servicio"; no había en ello suplantación de categorías; en la esfera de cada oficial se ofrecía siempre un pequeño sector en que podía su mujer actuar más o menos intensamente, según su discreción y circunstancias.

Dentro del Regimiento no era una frase vacía de sentido la de "familia militar"; es cierto que las coronelas no representaban ya lo mismo que en los tiempos de Carlos III y Fernando VII, en que llevaban casaquillas con las divisas del empleo de su marido en las bocamangas; ni las Generalas, a quienes hacían honores los guardias de plaza; ni todas las esposas de los oficiales a las que saludaba obligatoriamente la tropa, por considerarlas la Ordenanza "personas visibles". Sin embargo, estas reminiscencias de tiempos pasados seguían ejerciendo su influjo, y los que somos muy viejos hemos conocido de la bondad de nuestras Jefas y de

los consejos maternales de nuestras capitanas.

Como no había ni idea del feminismo, las militaras concebían su acción como ampliatoria de las ternuras del hogar; las desgracias familiares del oficial encontraban en las mujeres del Regimiento un bálsamo consolador. En el cantón, donde la vida no se desperdigaba como en las guarniciones de las grandes ciudades, las mujeres solían reunirse y tratarse más, con verdadero espíritu de democracia; si para los oficiales la Ordenanza dice que el nacimiento no debe lisonjear su ánimo, a las mujeres les bastaba la natural delicadeza de sus sentimientos para considerar como igualadas por los uniformes de sus maridos las procedencias más humildes y las más encopetadas. Los días de recibo de la Coronela juntaban en su pabellón con igual cariño a Tenientas Coronelas de refinado trato y a la brusca comandanta, que no se avergonzaba de sus buenos tiempos de sargenta; claro que las jerarquías se observaban por las mujeres cuyos maridos tenían inferiores empleos, pero sin adulación ni servilismo y con visible repugnancia de las Jefas. Las conversaciones alternaban pasando de las noticias militares a las enfermedades de los niños, a lo caro del país o a la censura al oficial calavera, que dejó plantada alguna chica al cambiar de guarnición o destino.

La solidaridad femenina no quedaba a veces en puras palabras; lo demuestra una concurrencia en cierta ciudad norteña, donde todas las militaras eran nuevas por estar reciente la guerra carlista. Hubo un verdadero Consejo de Guerra contra un teniente que había burlado a una muchacha, sobrina de una de las señoras del Regimiento; llamóle ésta de parte de su marido; acudió, incauto, el llamado y encontró reunido un imponente Tribunal de mujeres que, afeándole su mal proceder de caballero, le presentó escrita la instancia pidiendo Real licencia para contraer matrimonio con la muchacha burlada. Resistió al principio el reo; pero ante la amenaza de que no saldría vivo de allí, firmó como un doctrino. El contaba después que no le habrían fusilado, naturalmente; pero de que le cortaban en pedazos con las tijeras estaba seguro; tal las halló

de resueltas y decididas.

En la comida de la tropa influían las capitanas muy eficazmente; no se

había inventado aún la olla Domper, que guisaba para todo el Regimiento. El furriel de cada compañía hacia la compra diaria, acompañándole dos soldados testigos; pero ¡era tan fácil distraer unos reales para unas tajadas de bacalao y unas copas! La noche antes iba el furriel a casa del capitán; daba la casualidad de que el capitán no estaba, y le recibía la capitana, en cuyo poder obraba un saquito de lona, donde aparecían, bordados con lana roja, el número de la compañía y el nombre del Regimiento; dentro del saquito, el importe en metálico de las plazas del rancho.

— El señor capitán me ha encargado que le diga a usted los precios de

los víveres, y aquí los tiene usted en este papelito.

— Señora, ya sabe el señor capitán que los precios cambian todos los

— Bueno, pues mañana que no cambien, porque yo he oído decir al

señor capitán que es más fácil cambiar de furriel.

El furriel tomaba el papelito y el saco de lona, murmuraba un respetuoso "a la orden de usted", giraba sobre el talón del pie izquierdo y

salía al paseo diario retorciéndose el bigote.

El destino de furriel era más codiciado que ahora un alto cargo: cobrar en mano el importe de su plaza en rancho —veintidós cero cinco—, comer de balde y los mejores trozos, no hacer servicio mecánico ni de armas, dormir calentito en la cocina y flanear por el mercado entre cocineras, que siempre han sido dúctiles al piropo, al pellizco y demás insinua-

ciones de la gente de tropa.

Algunas capitanas, no fiándose de los rancheros —nada existe en el mundo tan desconfiado como una mujer—, hacíanse llevar la olla y los víveres a su pabellón, y vigilaban la confección, cochura y condimento del rancho; inspiraba también esta heroica medida el deseo de que su marido se luciese presentando la más sabrosa comida del Regimiento; había mucha emulación en este encarnizado —por la cantidad de carne— pugilato; las papeletas o recetas inventadas por las capitanas llegaban a ser eternas, intangibles, inmejorables, como los artículos de la Ordenanza.

Las víctimas de las militaras solían ser los médicos de los batallones; estos desgraciados oficiales no descansaban un momento, de día ni de noche, para atender a las llamadas por los motivos más insignificantes; eran tenientes, jóvenes, alegres, recién salidos de las Facultades de Medicina—las más jaraneras de todos los Centros docentes—; pues los capitanes, ya maduros y conociendo el paño, sólo servían en Caballería, Artillería o en Ingenieros. Los pobres muchachos se esforzaban por agradar, pero no siempre lo alcanzaban; las madres querían-tenerlos pegados a las cunas de sus pequeños, sin perjuicio de agradecer las curas a las cataplasmas de cebolla, o a la lamparilla encendida bajo la estampita del santo Patrón del Regimiento.

A pesar de esta devoción, el padre capellán no figuraba en las relaciones sociales de las militaras: si eran formales y austeros —y los había casi santos— porque ellos rehuían el trato, y si no lo eran, porque no les

convenía que se les conociese.

Tenían todas las militaras un don especíal para educar a los asistentes en el arte culinario y en el cuidado de la infancia; cocinar con poco dinero no es ya un arte, sino una ciencia muy difícil; callar a un chiquillo sus berreos se sale de todas las enseñanzas superiores. Pues bien; al asistente de un casado no se le resistían unas patatas solitarias ni un llorón rabioso; las patatas sabían a gloria, y el chiquillo, echado como un fusil sobre el hombro, se reía haciendole ajitos al asistente.

Las mujeres del Regimiento sabían qué oficial instruía mejor los quin-

tos, cuál tenía las manos largas, quién estiraba las orejas de Jorge y quién andaba de picos pardos. Tanto conocían los defectos de cada uno. que en cierta ocasión a un subalterno se le extraviaron mil pesetas de su compañía; a los cinco minutos se conocía la desgracia en pabellones. El oficial temblaba por su honor y juraba que no había jugado; no hacía falta; ya lo sabían ellas. Rebañando ahorros, las militares reunieron la suma y se la entregaron al atribulado oficial. Pocas horas duró el préstamo, porque un honrado tranviario de la línea de Leganés había encontrado la cartera con el dinero.

En el pabellón de solteros no faltaba la influencia benéfica de las mujeres; alguna entraba a horas en que no estaban los inquilinos, encontrando a los asistentes jugando al tute con la baraja de los amos.

- ¿Qué es esto, grandísimos frescos? ¿Cuanto tiempo hace que no fregáis este suelo, estos cristales y aquellos muebles? ¿No os da vergüenza? Dentro de una hora volveré.

Y, efectivamente, volvía y lo hallaba todo limpio y a su gusto, menos ciertos grabados que reproducían a las suripantas de los Bufos de Arderius y las espadas, golas y revólveres, colgados sin arte.

— A ver, quitame de ahí esas porquerías.

— Mire usted, señorita, que son del teniente Gómez y se va a incomodar conmigo.

Pero ya estaba arreglada la armería, y en el centro un cromo de San Hermenegildo, abogado de las hojas de servicio sin mancha, rotura ni mal remiendo.

En la esfera del Generalato, la militara perdía bastante el contacto con sus compañeras; pero continuaba desempeñando una misión callada. La mujer del General Espartero fue siempre el paño de lágrimas de los militares humildes; la Generala Fernández de Córdoba, don Fernando, amadrinó muchísimas bodas y bautizos castrenses; las Generalas López Domínguez y Polavieja daban reuniones militares y ambas remediaban muchas tristezas de la sargentería, entonces tan desatendida; en las antiguas Capitanías Generales y Gobiernos Militares, las mujeres, secundando a sus maridos como Autoridades, hacían obras caritativas cerca de las familias necesitadas, sin que la mano izquierda se enterase de lo que daba la derecha; y cuenta, que perdidas las colonias, donde los sueldos del Generalato proporcionaban la posibilidad de economías suficientes a crearse pequeñas fortunas, los Generales eran tan pobres como ahora.

Pero entonces se vivía con poco y la vida militar tenía un aspecto característico propio, diferente de la vida civil; la casa de un oficial de Ejército se abastecía de muebles de Vitoria, que se trocaban en cajones de embalaje; los uniformes costaban menos que hoy una gorra; los colegios y matrículas no desnivelaban la paga; un cadete, en la Academia de Toledo, hijo de militar, costaba a su padre seis reales diarios. Si a esto se agrega el espíritu de orden de las militaras, su despreocupación por la moda, el lujo y las diversiones y su vida exclusivamente hogareña, se comprenderá el milagro de aquellas mujeres inimitables. ¡Cuántas se acostaban al amanecer, después de lavar la ropita de sus hijos, para que fuesen al colegio limpios como los chorros del oro! ¡Cuántas se pasaban un día entero sin salir de casa, porque hasta el siguiente no podían componer las únicas botinas que tenían!

Mujeres ejemplares, indiferentes a su propia belleza, esclavas de su deber de esposas y madres, tenían una parte inmensa en las virtudes del Ejército y ninguna en sus defectos y ambiciones; se fueron para siempre, y no volverán, porque la sociedad actual se reiría de ellas, con sus sombreritos caseros, su mantón de alfombra con broche de plata, su vestido de tartán y sus ojos marchitos de llorar por las continuas guerras y apu-

ros inacabables.



### la corrida y el encierro



RAVISIMO pecado es dormirse en la guardia. Ya las Ordenanzas, sin prohibir el sueño, vedan toda especie de cama, agraviando a la juventud al suponerla incapaz de dormir, no ya sentado y con el barboquejo, sino de pie y con guantes.

Pero todos los ingenios practicados por los dormilones no satisfacen como el sueño en el diván, aligerado el cinturón del peso del revólver, la llave de la puerta en el bolsillo y tranquilo el espíritu por

la seguridad personal y la certeza de no ser visitado.

Esto es precisamente lo que no podían ejecutar los oficiales de cierto Regimiento, acantonado en un pueblo vecino de la Corte y a las órdenes de un Brigadier lo más cascarrabias que haya ceñido faja, antes de conocerse la eléctrica.

En el pabellón del Coronel había todas las noches partida de tresillo y, sin duda, las puestas se enredaban a última hora, porque el reloj de la iglesia daba todas las de la noche y madrugada y con la aurora a veces, salían los jugadores del cuartel. Mientras Su Excelencia no salía hubiera sido temeridad arriesgarse a dar una cabezada. Apenas si en la gran escalera se sentían las espuelas del Ayudante ya era preciso estar listo para abrir el gran portalón sin que la Autoridad aguardase si pensara que eran letras muertas los letreros del portal: "Todo servicio en paz y en guerra...". "Será vigilantísimo en su puesto...".

Aquel tresillo era la condenación de los Oficiales de guardia. ¿Cómo ingeniarse para que terminara temprano? El Brigadier era soltero; el Coronel viudo; no había esperanza de que el amor les tocase llamada a quellos devotos del solo, que pensaban que la noche se ha hecho para el tresillo, cuando se ha hecho para cualquier otra cosa que no sea discurrir.

Varios alféreces, entre los cuales tenía el honor de contarse el autor, nos reunimos en el casino-cafetín para arbitrar un medio. Si hubiéramos querido arbitrar recursos, no lo hubiéramos logrado; pero ¡un mediol ¿Que alférez de menos de veinte años no encuentra siempre un medio para todo?

La noche de aquel día era de esas en que ningún aficionado puede

decir con propiedad:

#### Hermosa noche, ¡ay de mí!

Una llovizna menuda y fría, que el viento llevaba al través, hacía insoportable la temperatura; aquello era llover de abajo arriba; los tiempos, aunque no eran de obscurantismo, pues gobernaba Sagasta, tampoco eran de faroles, porque ni uno había en el pueblo (exceptuando el alcade y cacique); pero si no había faroles, tampoco existía empedrado y cada calleja era un río y el frente del cuartel una Mar-Chica con bocaná y todo.

Con lúgubre tañido lanzó el reloj del templo dos sonoras campanadas, y puntuales acudimos los conjurados a ocultarnos tras de la esquina de

una larga tapia que de cara al cuartel se levantaba.

Aguantando el aguacero, los minutos eran siglos; dieron las tres y me-

dia; el frío nos calaba los huesos.

Por fin, denominando el ruido del viento, oímos rechinar la puerta del cuartel, y un débil resplandor que cabrilleó en los charcos nos hizo comprender que el tresillo había terminado. Volvióse a cerrar el portalón, y sorteando las lagunas del suelo advertimos, a la movediza luz de un farol que llevaba el ordenanza, dos sombras cobijadas bajo un paraguas que aquél sostenía. Había llegado el momento.

Uno de los alféreces sacó de entre el capote un no reducido cencerro y comenzó a zarandearle como al compás del trote de cabestro. Los del paraguas detuviéronse un instante como para orientarse de dónde venía el peligro, y apretaron el paso. Al doblar la esquina un conjurado gritó con estentórea voz: "¡Toro, toro! ¡Córtalo, que se ha metido en el pueblo!

¡Va un toro! ¡Ahí va un toro!".

El ordenanza soltó el farol y el paraguas, y emprendieron todos frenética carrera chapoteando los charcos; nosotros seguíamos siempre detrás agitando el cencerro y gritando ya todos: "¡Toro! ¡Toro!".

Eternos debieron parecer a los fugitivos los instantes que tardó el asistente en abrirles la puerta de su casa; en ella entraron como una

tromba, y nosotros, dando media vuelta, hicimos que el terrible cencerro fuese perdiendo su fatídico sonar en la lejanía. Momentos después entrábamos tranquilamente en el cuartel, y el malhumorado oficial de guardia nos saludó, diciéndonos:

— Siempre venís los mismos a molestar a estas horas. Me gustaría que

os hubiera cogido el toro.

- Bien cerca lo hemos tenido, no te creas; pero por piernas no nos coge ningún Veragua. Vaya, buena guardia y mejor humor— y a los pocos instantes, en nuestro humilde pabellón, comentábamos desde los respectivos catres el probable efecto de la corrida.

Al día siguiente amaneció el sol, que era amanecer con instrucción de Regimiento: la primera hora trabajábamos siempre por secciones suel-

tas. En el descanso, se me acercó el ayudante y me dijo:

- De orden del señor Coronel que cuando terminemos el ejercício se constituya usted arrestado en su pabellón.

No me atreví a preguntarle por qué; la conciencia me acusaba; estábamos perdidos.

El ayudante prosiguió:

- No sé qué mala hierba ha pisado hoy el Coronel: dice que la sección de usted y la de Fulano, Zatano y Perengano —precisamente los conjurados, los de la corrida— han trabajado tan mal, que quiere hacer un escarmiento. La verdad es que no he visto ningún defecto; pero no sé qué demonio le pasa hoy al Coronel.

Y era cierto; jel buen señor tenía una cara y nos echaba unos ojos!... Medio muertos de miedo inquirimos, indagamos; el Coronel le había preguntado al oficial de guardia quiénes eran los últimos oficiales que se retiraron al cuartel la noche pasada, y el oficial de guardia, ¡claro está!, le había dado nuestros nombres. Pero ¿era sospecha o certidumbre la del Coronel? ¿Le daría cuenta de ella al Brigadier? Si sucede esto, no había salvación para nosotros.

El oficial de guardia, apremiado a preguntas, nos respondía que oyendo él las voces de "¡Toro, toro!" se había asomado al ventanillo, y con la oscuridad de la noche no vio al animal, pero distinguió los bultos de los vaqueros, y le pareció oir abrirse la ventana del pabellón del Coronel, que cae justamente encima de la puerta. No había duda: el Coronel había

visto también a los vaqueros.

En cambio, joh poder del pánicol, el Brigadier y su ayudante habían visto al toro; era enorme, con unos cuernos colosales; así lo juraban los dos en el casino, llenos de cólera porque el Alcalde, a quien la Autoridad Militar se había quejado, tuvo la desfachatez de asegurar que aquella noche no había pasado ninguna torada por las cercanías.

-- ¿Me lo dirá usted a mí, que gracias a que el toro se entretuvo con el paraguas que le arrojé no me cogió? —decía, lívido de rabia, el corajudo

Brigadier.

El boticario también había oído desde la cama el cencerro y las voces; fue unánime reconocer que si el Brigadier no tiene la serenidad de ánimo de echar al toro el paraguas, hubiera muerto indefectiblemente.

Con todo, Su Excelencia anunció al Coronel el propósito de levantar el tresillo a las doce en punto de la noche, por cuanto salir más tarde era exponerse a una desgracia; quiso el Coronel aducir alguna razón; pero ni acabar le dejó su escarmentado compañero de juego, y se limitó a añadir:

— Pues, mi Brigadier, si usted estuvo anoche de corrida, yo he estado

esta tarde de encierro.

- No le comprendo a usted.

- Quiero decir que tengo arrestados en su pabellón a los alféreces

Fulano, Zutano..., por...

Quizá fue compasión por nosotros; quizá compasión por el Brigadier, que hubiera sentido muchísimo ver desvanecerse aquella hazaña del paraguas, el toro y la serenidad, cosas que de buena fe creía, y que se ha muerto creyendo a pie juntillas. El Coronel terminó su frase, tras un instante de vacilación:

- ...por pequeñas faltillas en el ejercicio.

Vaya, Coronel, si no son más que faltillas, yo intercedo por ellos, los cuatro son buenos muchachos. ¿No le molesta a usted mi intercesión?

— De ningún modo, mi Brigadier; ahora mismo los pondré en libertad

dispensándoles la presentación.

A la media hora estábamos en el casino, y al darle gracias al Brigadier, pues el Coronel nos dijo que por Su Excelencia nos levantaba el arresto, nos contó la aventura con todos sus detalles; nos describió el toro, el tamaño de los cuernos, el miedo de los vaqueros, que no se acercaban al huido astado; el derrote que le tiró cuando él le arrojó el paraguas para que se entretuviese la fiera. Como todos, encomiamos su serenidad, y yo casí llegaba a creer que tal toro anduvo suelto, si no me volvieran a la realidad los elocuentes y nada dulces ojos de nuestro Coronel y su vozarrón de chantre, que decía:

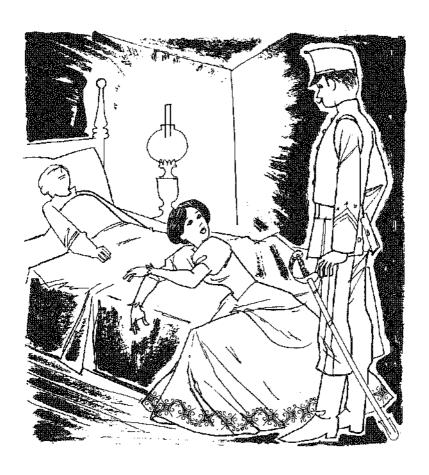
- Nada, nada, mi Brigadier, que usted tuvo una corrida y yo he hecho

el encierro.

Aún se me pone carne de gallina cuando pienso que pudo descubrirse quiénes eran los toros. ¡Menudo golletazo nos dan!



### el cólera





A epidemia que azotaba el Mediodía de Francia saltó por encima del Pirineo, burlándose del cordón sanitario formado por las tropas españolas a lo largo de la frontera; las bayonetas eran impotentes para rechazar a los microbios, cuyo caldo descubrió el doctor español Ferrán.

Señalada la villa de Ayerbe, terminal entonces del ferrocarril, para concentración del Regimiento, iban llegando, aquella soleada tarde de otoño, las compañías que al día siguiente, en trenes especiales, habían de reintegrarse a su guarnición de Zaragoza.

Mientras el anchuroso pueblo hervía de animación, dos paisanos, ya de edad provecta, sentados sobre un pretil de la carretera de Jaca, fuerte y saludable el uno, demacrado y enfermizo el otro, parecían ajenos al acontecimiento militar.

— Aunque tú me asegures otra cosa —decía el enfermo—, yo me siento morir y no me apeno sino por mi pobre hija Pilar, que se queda desampa-

rada y sin recursos.

— Éres demasiado aprensivo; el corazón tiene resistencias insospechables; puedes aún vivir muchos años; en cuanto a tu hija ¿crees que mi padrinazgo es cosa de broma? La tuve en la pila y la tendré en mi casa como una rosa en su rosal. Ahora yo también te confieso que si tú, como integérrimo empleado de Ayuntamiento, no dejas una peseta a tu hija, yo, como médico del partido, lego a las mías idéntico caudal; pero no

hablemos de cosas tristes y volvámonos ya, que para paseo de convaleciente es bastante el regalo de sol que nos ha dado este cielo tan insensi-

ble a nuestras preocupaciones.

El Gran Café de la plaza rebosaba gente hasta bajo los porches, donde varios oficiales habían sacado mesas, anticipándose a la moda de estorbar la circulación, bien que allí no circulaban más que asistentes para comunicar a sus amos impresiones del alojamiento, aspecto de la casa, amabilidad o aspereza de los patronos y si había mocitas de buen ver; el barullo era enorme; un viejo camarero se desvivía por acudir a tanta palmada y tanto grito, y en la cocina multiplicábanse los dueños friendo magras, que eran famosas, como el vino de aquella tierra recia.

En torno a un velador, varios oficiales adormecían el feroz apetito, despierto por la jornada y lo tardío del almuerzo; entre ellos destacaba su gallardía un joven comandante de la pléyade producida por la guerra carlista y la de Cuba; escuchaba sonriente las bromas de sus subordinados acerca del eterno tema en las conversaciones de soldados, y comentaban los estragos que en el enamoradizo corazón del Jefe debieron de haber hecho las garridas montañesas de Boltaña y de Ansó, sin que éste se decidiera a su conquista; porque aquel muchacho, tan decidido en lances de armas, era tímido ante el fuego de unos ojos femeninos atraídos por la simpatía de su persona o el brillo de su aventajada carrera; cuanto más profunda era la impresión que le causaba una mujer, mayores dificultades encontraba para expresar sus sentimientos. Aunque los militares tengan fama de atrevidos y desenvueltos, abundan mucho en el Ejército los valientes que tiemblan delante de una mujer honesta y bonita.

Llegó en esto el asistente del comandante con noticias del alojamiento: ¡Vaya una casa limpia y atopadica! —pequeña y arreglada—; una cama como un trono de angelicos, porque los tenía de madera en las esquinas, y una patroncica, ¡Virgen del Pilar!, como "pa" que cantaran los angelicos de la cama.

— Bien —cortó el Jefe—; prepárame ropa para mudarme, iré en cuanto acabe de almorzar.

— Ea, la suerte siempre —exclamó un capitán maduro y feo—; no le toca alojamiento sin encantos: y él tan fresco; unas miraditas de reconocimiento ofensivo, unos suspiros como tiritos de vanguardia, y antes de avanzar, doble-derecha y paso ligero.

Sin dejar de sonreír, levantóse el comandante, abrochó hasta el noveno botón de su levita, se ajustó el cinturón y calóse el ros con la cogotera

blanca que encuadraba bien la tez morena del rostro:

— Vamos a ver a esa beldad de patrona —dijo— aunque no me fío del gusto de mi asistente desde que le oí cantar: "En teniendo buenas patas, no te importe que sean chatas".

Despidióse de sus comensales, se detuvo un momento en la mesa ocu-

pada por el Coronel y otros Jefes viejos y salió en dirección de su alojamiento, que estaba a pocos pasos del Gran Café.

En la puerta de la casa le esperaba el asistente.

— Señorito, no entre usted, no suba; el patrón acaba de morirse de repente; ¿quiere usted que vaya al Ayuntamiento a por otra boleta?

— No, hombre, no; subamos, quizá en estos momentos servirá uno para algo. ¿Qué familia hay arriba?

— "Naide", señorito; la señorita que le dije "endenantes" está sola con el muerto; da pena la "probecica".

Entró el militar en la estancia, donde, sobre un butacón, la cabeza entre almohadas, las piernas rígidas, estaba el cadáver, contraído aún el semblante por el último gesto de dolor; a sus pies, arrodillada y soliozando convulsivamente, su hija tenía entre las suyas las manos del muerto; al ruido de las espuelas se volvió como si esperase a alguien.

—¿Pero no viene el médico? —preguntó angustiosa, esperanzada tal vez de que la muerte fúlminante lo fuese sólo en apariencia; los ojos de la huérfana, cuajados de lágrimas, se fijaron en el militar, trayéndola a la realidad—. Ya ve usted —exclamó, resumiendo toda la tristeza del instante.

El recién llegado intentó alguna palabra de ofrecimiento y de consuelo; pero en el pasillo resonaron las voces del médico y de la criada que fue a buscarle. Desde el dintel, sin penetrar siquiera en el aposento mortuorio, el doctor, con autoritaria expresión, ordenó que nadie se aproximara al cadáver, y dirigiéndose al militar:

— Saque usted de aquí a esta señorita inmediatamente; llévela a otra habitación; este hombre ha muerto del cólera; vendrán a por él en seguida, y los que están ustedes en la casa no pueden salir de ella hasta que se les avise, conforme a la Ley de Sanidad —dicho lo cual desapareció como si se lo llevasen los demonios.

Confusos quedaron la criada, el asistente y el comandante y sin acertar a cosa alguna; éste, más resuelto y sereno, hubo de tomar casi en brazos a la huérfana, que no quería apartarse de su padre muerto, y llevarla medio desvanecida a la alcoba misma que a él le habían preparado.

Momentos después llegaron unos hombres con una caja para llevarse el muerto, un oficio del Coronel para el comandante, ordenándole permaneciese en el alojamiento sin salir por espacio de una cuarentena, y una carta del médico a su ahijada excusándose de su conducta por imposiciones de su deber profesional y prometiéndole velar por ella siempre; también le anunciaba el diario envío de las vituallas necesarias.

Describir el transcurso de la cuarentena sería una novela blanca, digna de ser firmada por Valera o Alarcón, novelistas cumbres de aquel tiempo; cuando el día cuarenta y uno del encierro el médico se presentó en la casa para dar libertad al alojado, éste, tomando la mano a su linda

patrona, prorrumpió en las siguientes frases:

— Señor, la libertad que se me otorga es muy relativa, porque tengo el honor de pedir a usted la mano de esta señorita; he solicitado la licencia de matrimonio y los documentos precisos, que no pueden tardarse; salgo hoy para incorporarme a mi Regimiento y volveré para efectuar la boda.

— ¡Hombre, hombre! —respondió el médico, limpiando los cristales de las gafas para no mirar a su interlocutor—, me sorprende usted verdaderamente. ¡Quién lo había de pensar! Pero, en fin, accedo a que se lleve usted la muchacha más buena y más bonita del partido, de la provincia y de España.

La boda se realizó sin aparato y muy temprano; desde la iglesia a la estación; aquí, el doctor llevóse aparte a su ahijada y poniéndole en los

hombros las manos:

— Mira, hija, Pilarcica —la susurró al cído—, tengo que confesarte un secreto y una mentira muy gorda; tu padre no se murió del cólera, sino de su enfermedad del corazón; lo del cólera fue una comedia que se ocurrió sabiendo que tu alojado era soltero; cuarenta días juntos los dos tenían que dar este resultado.

La emoción de la niña no encontró otra respuesta que llorar sobre el pecho del bondadoso viejo. Unos minutos después regresaban al pueblo el médico y sus tres hijas, poco favorecidas por la Naturaleza; y el médico iba pensando para sus adentros:

— Pues, señor, el truco me ha salido maravillosamente. ¡Si pudiera repetirlo con estas hijas mías! Pero, ¿cómo hago yo pasar por aquí tres Regimientos? Y, sobre todo, ¿cómo me muero yo tres veces del cólera?



#### por un cocido a la madrileña



L establecerse la trocha de Mariel a Majana, o sea de costa a costa en la isla de Cuba, para encerrar en las inhóspitas montañas de la provincia de Pinar del Río a Maceo con su numerosa hueste de orientales, tocó a mi Compañía ocupar un viejo trapiche —fábrica primitiva de azúcar— deshabitado y cinco kilómetros a vanguardia, que

se llamaba de San Simón; era una casona bien retejada, compuesta de vivienda para el fabricante y amplias estancias almacenes, una de ellas provista de dos calderas llamadas páilas, donde se cocía la caña, con su hogar debajo y sus grandes tapaderas encima; eran dos medias bolas huecas y a todos nos parecieron una magnifica cocina para hacer los ranchos. La vivienda sin vestigio de muebles, orientada hacia la trocha, constaba de un salón con puerta a una terraza cubierta por una marquesina de madera y barandilla de lo mismo. Allí estaba la entrada principal; varios aposentos, cocina y despensa con vasares; en la parte opuesta, la entrada para los operarios y enfrente un hermoso pozo de agua potable, limpia y fresca, provisto de montaje de hierro para las cadenas y los cubos —esos ausentes— en medio de una plazoleta plantada de guayabos, cuya sombra se nos antojó la más bella sonrisa de la Naturaleza dentro del paisaje ardiente amenazado de ser tragado por la manigua que le rodeaba e impedía llegase a los nuevos inquilinos la menor partícula de aire. Sobresalía del apretado bosque los airosos plumeros de las palmas de coco balanceándose al viento, que no nos llegaba y una vegetación furiosa nos quitaba toda posibilidad de ver el horizonte. Eramos unos Robinsones náufragos en el mar proceloso de maleza, lianas y bejucos en donde supusimos que habría todos los bichos perniciosos,

incluyendo a los insurrectos.

Aquella primera noche vinieron a saludarnos con unos pocos tiros sin consecuencia y unas injurias sin contestación. Se nos presentaba el trabajo tan apremiante que ya no dimos paz a los picos, palas y machetes. Lo primero era chapear el terreno, despejarlo de aquel ahogo, al mismo tiempo que levantar la trinchera protectora cercando la plazoleta, que pomposamente denominamos plaza de armas, y limpiar el borrado camino de comunicación con la trocha. Como mi Companía componíase de doscientos cincuenta hombres en cuatro secciones, la tarea tomó un compás de paso ligero; en dos meses el panorama había cambiado y a los cuatro nadie habría conocido el desamparado lugar. Los Robinsones habíamos tenido la suerte de encontrar el naufragado y providencial barco proveedor, en un ingenio espléndido riquísimo, cercano, que nos proporcionó muebles, enseres, vajillas, cristalería y hasta un piano de cola, que con paciencia y unos alicates recobró su antigua afinación; los insurrectos en su retirada intentaron incendiarlo, mas una de aquellas lluvias tropicales propias de la isla, lo salvó casi incólume. La Compañía quedó acuartelada por secciones, las hamacas colgadas de estacas hincadas en el suelo; los sargentos disponían de una habitación independiente para comer y para sus equipos y los oficiales nos reíamos del hotel más empingorotado, salvo las camas, que no quise traer del ingenio para dormir exactamente como la tropa, vestidos, y las armas cerca de la mano; en la hamaca se duerme muy bien y más fresco.

La suerte no se cansaba de favorecernos; la guerra había roto las vallas de los potreros en que pacían las reses, que se esparcieron por el campo; y habiendo próximo a nuestra casa un riachuelo, acudían a beber las vacas con sus ternerillas, los novillos y algunos puercos, que se dejaban coger e iban a las pailas del rancho sin remordimiento nuestro porque no eran de nadie; habían nacido durante la guerra, no estaban marcados por ningún hierro y parecían criados exclusivamente para mi Compañía. En aquel tiempo me convenci de que la fama de sobrios de los soldados españoles es un cuento; no se quejan si no comen, porque son dignos y altaneros como Quijotes, pero que se les dé comida abundante y a ver si hay alguno que diga basta. Los míos desayunaban café con leche un día y con quinina otro; almorzaban a las doce un primer plato de arroz con lo que hubiese de Intendencia, y un bistéc de medio kilo; a las ocho una sopa de jugo de carne y ternera asada; el postre jalea de guayaba, café y copa de aguardiente de caña; con los menudos de las reses los rancheros hacían primores, jasómbrese el lector!, para merendar en los tajos de la faena de la tarde. Con este régimen antivegetariano y la prohibición severísima de comer fruta del país, especialmente guayabas, la salud de la tropa era tan inexpugnable como habíamos puesto nuestro alojamiento. Hice prometer a todos que guardarían secreto porque en cuanto se enterasen de la existencia de nuestro paraíso, sin Eva, pero

con serpientes, nos relevarían seguramente.

La vida no podía ser más higiénica y regulada; al amanecer, descubierta y merodeo una sección de servicio y otra de retén; las dos restantes al trabajo. A las once regreso y revista de policía; después el almuerzo. Siesta de la una a las tres, menos la sección de retén. De tres a cuatro, lectura; en seguida, al trabajo dos secciones y las otras dos instrucción. A las siete descanso; escribir a España, remendar la ropa; ensayo de coros al piano, limpiar el armamento, que para no picarse los cañones necesitaba un cuidado exquisito. A las ocho, la cena en el comedor, con

las mesas y cristalería del ingenio, y a la diez a la hamaca.

Los oficiales teníamos igual horario, sólo que después de la cena hacíamos música. Como los cubanos son muy filarmónicos —especialmente los negros— aquellos que venían todas las noches a tirotear nos aplaudían y nos perdonaban la vida, pues solían gritar: "Si cantáis no tiramos"; despedíanse terminado el concierto, con los insultos de siempre: Patones, gallegos, hijos de la p... blanca; no se les contestaba jamás a las voces y a los tiros, pues no había manera de que entrase una bala en la casa ni diese a un centinela; éstos no se colocaban en el parapeto, sino en pozos de tirador en tierra, desde donde se percibía mucho mejor el menor ruido y se veía más; la mayor parte de la noche dormíamos fuera de la casa por el calor y por disfrutar del cielo maravilloso de aquella tierra privilegiada, donde debió de estar el Paraíso terrenal antes de que Eva diese la guayaba a su compañero.

De lo que andábamos muy mal era de ropa; habíamos estado una temporada formando columna en operaciones muy activas —persecución de Maceo y Máximo Gómez reunidos— y necesitábamos reponer nuestro atuendo. Comisioné al alférez Pavía para que trajese de la Representación del Batallón las prendas indispensables a la tropa y de los baúles de los oficiales aquello que ellos le dijesen; el mío se hallaba en la casa de la

madre de Pavía, que residía en La Habana.

Cumplió el muchachito —casi un niño— la comisión perfectamente, regresando con un verdadero convoy, en que no faltaba nada de lo encargado; al entregarme el par de mudas, única cosa que necesitaba, me entregó también un saco enorme de lienzo.

- ¿Qué es este, mi alférez? —pregunté.

— Una sorpresa, mi Capitán; ocupando todo el fondo de su baúl, que es un trasatlántico de grande, encontré este saco, que contiene, ¿a que no lo adivina usted?, pues contiene garbanzos; pero unos garbanzos como puños; supongo que aquí serán a usted más útiles que en ninguna parte.

— A mí sólo no; a todos. Mañana comeremos ¡cocido a la madrileña!

Efectivamente, mi mujer había tenido la ocurrencia de meter en el baúl la mayor cantidad posible de garbanzos, suponiéndolos muy a propósito para andar en operaciones. La sorpresa, agradabilísima, hizo porrumpir en vítores a mi mujer, en cuyo nombre di las gracias, encareciendo las ventajas del matrimonio ya que sin el mío no hubiéramos logrado comer cocido hasta regresar a la Patria; que iba para largo. Discutido el punto de la hora, acordóse comerlo por la noche, pues el oficial de servicio almorzaba en el campo.

La primera cena fue un festín: hubo quien se reenganchó tres veces. Los garbanzos, gordos, blandos, sustanciosos, acompañados de chorizos y tocino norteamericanos, gallina guinea y carne, nos compensó de la ausencia de verdura; se suprimió el principio, por insuficiencia de los estómagos, y los vivas a Fuentesaúco atronaron la terraza. A los sargentos y a la tropa les di un día de cocido, mas no pude repetir porque se fue la tercera parte del saco y tuve miedo de que se me sublevaran los oficiales.

Yo iba de vez en cuando a ver a mi Jefe a la trocha; teníamos el camino bien guardado hasta el anochecer, en que se retiraba el servicio, porque un tiroteo en la trocha, que era frecuente, me habría causado bajas por los mismos soldados de mi Batallón; el trayecto, pues, desde la trocha a

San Simón, de noche, era peligroso en extremo.

Una mañana, saliendo de la tienda de mi Teniente Coronel, al montar mi cuartago, amarillo como el de Artagnan y flaco como "Rocinante", se me aproximó un gran amigo, el capitán de Artillería don Nicolás Martín de Villarragut y Quincoces, hidalgo de nacimiento y de conducta, magnifico tipo de soldado por su figura, su franqueza y la alegría del alma, que se le reflejaba en los ojos; reía con igual estruendo que disparaban sus cañoncitos de montaña, y si se tercia, podía colocar por sus propios puños una cureña o un cañón sobre el baste en el mulo, como si le pusiera encima un delicado ramo de flores. Estaba con él su teniente, Santos Ecay, que acababa de dejar su clase de profesor en la Academia de Segovia; conservaba éste la seriedad de su anterior cargo docente pero se contagiaba de su capitán y formaban una pareja a cuyo lado no cabían las preocupaciones ni los disgustos.

Cógeme del brazo Villarragut y con voz de conspirador me pregunta si es cierto que en mi Compañía tenemos cocido. La explico la procedencia de los garbanzos y le invité para la noche siguiente, acompañado de su subalterno, recomendándole que saliera de la trocha de día, pues al anochecer se retiraba el servicio y era arriesgado el camino de San Símón.

Añadiéronse tres raciones al puchero cotidiano, y ya dadas las nueve presentóse la pareja y el trompeta rodrigón y palafranero; traían botellas de vinos finos y latas de dulces; en una galopada habían recorrido la distancia, saliendo de noche, pues estaba prohibido separarse de los campamentos.

La cena fue de príncipes, ¡qué caldo!, ¡qué garbanzos!, ¡qué revoltillo de chorizo, gallina y tocino!, ¡qué rosbif! Tras el café y el rom Bacardí, de color de ámbar, encendimos los cigarros de rabo de cochino —una batuta apretada de una sola hoja de tabaco—, cuyo sabor no se conoce fuera de Cuba, porque sin el barniz de betún tabacoso no se conservan veinticuatro horas. Después hicimos música; las últimas zarzuelitas de Apolo y del teatro Felipe desfilaron por nuestras gargantas: "La Leyenda del Monge", "Las Campanadas", "El Monaguillo", "Los Lobos Marinos", "Cádiz". Ya muy tarde se despidieron, no sin preguntarme si podían repetir.

— Todas las noches que queráis —les dije.

Creí que Villarragut me ahogaba entre sus brazos. En la trocha no

había otro entretenimiento que tirarle de la oreja a Jorge.

Con el servicio del camino me avisaban de su venida, y las cenas menudeaban con gran contentamiento de todos; los mambises hacían su nocturna aparición como quien cumple una orden desagradable, porque estaban convencidos de la inutilidad de sus disparos y de sus dicterios, siempre los mismos.

Una de las noches, llegó el capitán artillero con el ceño fruncido, y el

puño arrugando un papel.

— Mira lo que escriben esos mandrias, que ni por una vez se han atrevido, no al ataque, sino a acercarse siquiera a la trocha

Leyó el papel, temblándole de rabia la mano; decía lo siguiente:

Dice un General cubano que en esta revolusión no va a quear un patón que no pase por su mano; al mismo don Valeriano se le apagará el farol (1) porque debajo del sol que en nuestras campiñas arde no hay naitica más cobarde que un militar español.

Me reí mucho de la indignación del hidalgo Martín de Villarragut; los versos no me parecieron tan malos como otros infinitos, producto de la inspiración separatista-tropical; blancos, negros, mulatos y señoritas de todos los colores, cantaban endechas poniéndonos como chupa de dómine; y las dejaban clavadas en los árboles, para que espíritus ingenuos como el del artillero, rabiasen. No sé por qué aquella décima le hizo tanto efecto; para distraerle de su rabieta hablamos de nuestra instalación, que no conocía más que de noche y a la clara luz de la luna; el

<sup>(1)</sup> Ainde al gran Farol artístico del vestíbulo de la Capitanía General.

chapeo diario iba alejando la manigua hasta constituir un gran espacio circular, en el centro del cual se alzaba nuestro alojamiento; la fortificación podía compararse con Sebastopol. La Naturaleza nos proporcionaba todos los elementos; con troncos de palmeras revestimos los parapetos, respaldados por traveses que impedían la entrada de un solo proyectil en nuestra espléndida plaza de armas; sembramos de pozo de lobo el interior de la manígua, cubriéndolos de maleza; no lo hacíamos por temer un ataque del enemigo, sino por ocupar el tiempo y enseñar a las clases algo de fortificación de campaña; en cuanto al interior superábamos a Robison Crusoe; teníamos un perro, dos gatos, bastantes cotorras, más la de los oficiales, que era una especie de Castelar con ilustraciones de ajos y cebollas; habíase construído un establo para las vacas, que pastaban a la vista de la posición, en la pequeña sabana regada por el riachuelo en que lavaban los soldados la ropa; parte de la tierra comida a la manigua se sembró de patatas con simiente traída de Güines, único lugar de la isla donde las había, y como casi todos los soldados eran extremeños, ellos cuidaban el cerdo para la matanza. Yo no disfruté, afortunadamente, de los resultados de nuestro trabajo, porque fui destinado a operaciones; no me había llevado a Cuba la agricultura ni la ganadería.

Ni esta conversación, tan interesante, sacó de su ensimismamiento a mi amigo; a los postres reventó en una proposición muy de su carácter; precisamente cuando los tiros resonaban en el aire y en los troncos de palma del parapeto y los traveses:

- Propongo - dijo- cenar mañana fuera, frente a la manigua, con

nuestra buena luz de acetileno sobre la mesa.

Naturalmente mis oficiales se adhirieron entusiasmados, dirigiéndo-

me sus miradas, porque yo permanecía en silencio.

— ¿Quieren ustedes imitar —respondí— el romántico almuerzo de los mosqueteros Athos, Aramis, Portos y D'Artagnan en un bastión de la Rochela, bajo el fuego de los cañones ingleses?; no es lo mismo porque los mambises no nos tiran con cañones; por mí no encuentro ningún obstáculo; cenaremos, bien alumbrados, en el exterior de este castillo, y como su castellano, os autoriza a dirigir un saludo cortés a los tiradores; pero con una condición ineludible; los asistentes pondrán la mesa a oscuras; en una, los cubiertos, y en otra próxima, los manjares; y nos serviremos nosotros mismos yendo cada cual, de más moderno a más antiguo, a llenar su plato y traérselo; así como a cambiarlos.

Una salva de aplausos demostró que todos participaban en mi idea de no exponer a los asistentes a un riesgo inútil. Se brindó por España,

como siempre, y luego por infinidad de cosas y personas.

El programa se puso en práctica tal cual se había dispuesto, pero antes de cenar llamé aparte al sargento de servicio y diciéndole lo que los oficiales íbamos a hacer, le ordené que reforzase la gente con la sección de retén, subiendo a todos los parapetos y que en cuanto sonara un tiro en la manigua, respondiese con descargas dirigidas al sitio en que sonaran los disparos.

Y nos pusimos a cenar despaciosamente.

— Estos tales no vienen esta noche —decía Villarragut, mirando a la negrura del bosque, sin verla, porque, ausente la luna y deslumbrados nos había reventado la aventura romántica.

Se llegó al postre de guayaba.

— La guayaba nos la están dando esos pendejos — exclamó el artillero en el instante preciso de sonar una detonación, que en el silecio debiera haber dejado oír la trayectoria; a este disparo siguieron otros durante veinte o veinticinco minutos en que cesó completamente el fuego y la cena. Un poco cabizbajos nos levantamos, menos yo, pues no me habría consolado nunca si me hubiesen muerto algún oficial de mis comensales; me extrañó que el sargento no contestase con descargas como se lo ordené y no haber oído silbar una sola bala.

Al llegar a la casa el sargento me dio el parte de lo sucedido; se le habían presentado los asistentes diciéndole que iban a entrar en la manigua para recibir a tiros a los abonados al tiroteo nocturno, lo cual encontró el sargento mucho más seguro que las descargas a salga lo que saliere; los tiradores vendrían descuidados sin recatarse de habíar y era más probable escarmentales que no esperar a que tirasen primero, pues a él y a toda la compañía les interesaban más que nada nuestra vida; me convenció, le di las gracias, pero su aprobación, al plan de los asistentes, no había reventado la aventura romántica.

Enterarse Villarragut —ya muy escamado porque tampoco oyera el silbido de los proyectiles— y gritar que iba a matar al trompeta, nada menos que autor de la ideica, fue cuestión de un trueno lleno de interjecciones y amenazas de muerte. El trompeta se escondió y cuando ibase serenando su indignado capitán e ibamos a dedicarnos a la música:

— Mira, Nicolás —le advertí—, no te acuerdes de que te llamas Quincoces y déjalas para ocasión más oportuna; yo he tenido la debilidad de acceder a vuestros deseos, por miedo a que me juzgarais temeroso; en la guerra estas debilidades han causado no pocos contratiempos, tontos e inútiles. Los asistentes y tu trompeta han demostrado que nos quieren, y que tienen más juicio que sus amos; yo no he hecho emboscadas por estar rigurosamente prohibido salir de noche de los campamentos y trincheras; tú y yo hemos faltado a esa orden del mando, dando un mal ejemplo; tú más que yo, pues por un cocido te expones todas las noches a un balazo; perdona al trompeta, que no te faltarán ocasiones de batir el cobre con utilidad para la guerra.

Sosegó el ánimo un poco y acabó diciéndome.

- Tienes razón; pero nos han puesto en ridículo.
- -No lo creas; ¿se puso en ridículo el Caballero de la Mancha-tan

parecido en lo moral a ti-porque el león, al que abriera la jaula, no se

moviese ante el valeroso ademán del de la Triste Figura?

A la mañana siguiente, la descubierta trajo un enemigo muerto; al que no dimos tierra para que lo viese Villarragut; contaron los asistentes que los mambises, bien ajenos de que les esperaban, llegaban hablando y haciendo ruido al apartar las hojaracas. Hicieron fuego los asistentes y estuvieron tirando, sin apresurarse, hacia el lugar por donde vinieran y no escuchando ya nada, luego de un rato, se volvieron a la casa, sin figurarse de que hubiesen causado una baja, que tenía en la mano un rifle Winchester. Para concluir de tranquilizar a mi amigo hícele regalo del arma, en recuerdo de la fracasada aventura y del cocido a la madrileña.



### el diabillo de las revistas



les y una en el exterior, que se conoce también con el nombre de gran parada. Las interiores son: extraordinarias, si las pasa algún Oficial General; ordinarias, conocidas por revistas de policía, y las revistas de Comisario, en las cuales nadie tiene que temer. La gran parada es una revista en que sólo se exponen al peligro los Jefes de Cuerpo según presenten el que mandan; en todas interviene un geniecillo invisible que va diciendo al oído de quien pasa la revista lo que tiene que hacer y dónde tiene que mirar; el objeto de este pequeño diablo es poner en evidencia a alguien; si su vocecilla fuese perceptible le oiríamos murmurar en el oído de la Autoridad; "Haz que registren esa percha mira el inte-

RES géneros de revistas hay en el interior de los cuarte-

va diciendo al oído de quien pasa la revista lo que tiene que hacer y dónde tiene que mirar; el objeto de este pequeño diablo es poner en evidencia a alguien; si su vocecilla fuese perceptible le oiríamos murmurar en el oído de la Autoridad; "Haz que registren esa percha; mira el interior de ese cañón; pasa el dedo por la grupa de ese caballo; levanta la almohada de esa cama de hospital; dile a ese soldado que se desabroche la guerrera". Infaliblemente, fatalmente, aunque todo lo demás esté insuperablemente bien, el soldado que se desabroche tendrá la camisa hecha jirones o no tendrá camisa; bajo la almohada de ese enfermo de disentería se hallará un pan y un chorizo; la grupa del caballo tendrá polvo de quince días; en el interior de la pieza podrá verse un par de guantes sucios y tras el pañuelo cubre-percha o dentro de la arquilla—si el Regimiento es lujoso— se descubrirá una baraja o unos zapatos rotos; y cuenta que antes de pasar revista el alto personaje castrense, la han pasado los cabos, los sargentos, los oficiales de semana y el capitán, sin

que a ninguno se le haya ocurrido revistar aquello que el diablillo ve a través de los cuerpos opacos y se lo calla para poco después proporcionar sorpresas desagradables, poner colorados a todos y dar disgustos serios, según el carácter más o menos explosivo de aquel a quien se desea demostrar que el Regimiento se halla en el mejor estado de policía.

A una de estas revistas con sorpresa, se debió el origen de una casta de ratas enormes, terror de gatos y de perros, a los que hacían frente con éxito, cuando no tomaban la ofensiva contra los mismos soldados. En el cuartel del Rosario, situado en la calle de este nombre y formando parte del de San Francisco de la Villa y Corte de Madrid, acuartelábase el Regimiento Infantería de Granada, mandado por el Coronel más exigente y atrabiliario, no de la Infantería, sino del Ejército español y de todos los Ejércitos del mundo; para que el lector se haga una idea de cómo las

gastaba bastará el episodio siguiente.

Regresaba una mañana al cuartel de vuelta de una orden de Jefes en Capitanía; la calle del Rosario no es corta y al entrar en ella viole el centinela y dio la voz de "A formar", formando la Guardia de Prevención en ala, con espacio suficiente para que la revistara el oficial, pues el botón desabrochado o una motita en el uniforme eran motivo de arresto y nota en la hoja de servicios. Al llegar el Coronel frente a la guardia resbaló y cayó al suelo; los dos soldados que estaban más próximos acudieron a levantarle y lo lograron aunque el hombre pasaba de los 100 kilogramos; dioles las gracias y al mismo tiempo les ordenó pasar dos meses al calabozo por separarse de la fila sin permiso del comandante de la guardia, y a éste le impuso veinticuatro horas de arresto por no haberlo evitado.

Mandaba la Región un Capitán General, persona ilustradísima y laureado de San Fernando, pero completamente loco, que arrestaba todos los días una docena de oficiales por la cosa más mínima; un guante quitado para liar un pitillo le sacaba de quicio; el pobre General acabó ti-

rándose por el balcón en la Capitanía de Filipinas.

Este General, acompañado del Gobernador Militar, estaba pasando una minuciosa revista al Regimiento de Granada; jamás alabó nada por muy bien que lo encontrara; callaba siempre su opinión buena y castigaba la mala; así iba mirando todo sin despegar los labios. Pero en el dormitorio de la última compañía, un arcón de madera sin pintar, muy limpio, llamó la atención del revistante.

— Está vacío, mi General —aclaró el Coronel—, porque es el de guar-

dar el pan y ya se ha repartido para dar el rancho.

Sin duda el invisible diablillo de las revistas murmuró a Su Excelencia: "Anda, mándalo abrir"; y el General obedeció; estaba la tapa entreabierta, sostenida por el aldabón de la cerradura y el Coronel encomendó al sargento primero que la levantase; asomóse el General y, vociferando, ordenó al sargento:

— Nunca vi porquería semejante; saque usted eso inmediatamente para que fumiguen el arca, y esos asquerosos bichos sumérjanlos en la

prima tina de baño que encuentren llena.

Mientras el General gritaba estas palabras, moviendo los brazos como las aspas de un molino, el sargento sacaba del arcón una gran jaula conteniendo media docena de ratas blancas con los respectivos hociquitos color de rosa y unos ojillos negros y relucientes cual cuentas de azabache. El Coronel, con los suyos bizcos y desorbitados, preguntaba al capitán:

— ¿Pero esto es una compañía o un laboratorio? ¿De dónde han salido? No lo sé, mi Coronel; no puedo comprenderlo —decía el desgraciado

capitán.

El sargento explicó:

— Hace pocos días, al incorporarse al Regimiento el teniente Melgarejo, vino con las ratas que había traído de Filipinas porque su patrona se negó a tenerlas en la casa; mientras encuentra otra en que las admitan las dejó en la compañía y para que Vuecencia no las viese en el momento de la revista, las introdujo en el arcón del pan.

— Pues ahora mismo coge usted la jaulita, se va con ella al patio, y en

una de las tinas, ya sabe usted.

Después, sin hablar palabra, salió del cuartel a tan largos pasos que el séquito no podía seguirle; sin saludar a nadie subió al coche y desapareció. Una hora no habría transcurrido cuando se recibieron los siguientes pliegos oficiales: para el Coronel, ordenándole entregase el mando del Regimiento; al Teniente Coronel del 2.º Batallón, quince días de arresto en su domicilio; un mes de castillo en el de San Cristóbal, en Pamplona, al capitán de la compañía, y dos meses en el de Coll de Ladrones, al expropietario de los bichos.

El sargento primero, comisionado para la ejecución de las ratas, era de la Sociedad Protectora de Animales, y en vez de introducir los roedores en el agua, los soltó en el patio, tomando cada uno los caminos de las varias bocas de alcantarilla allí existentes. Al cabo de algunos meses aparecieron en el cuartel unas ratas colosales, blancas y negras a manchas, como las de las vacas y casi del tamaño de éstas; acometían a cuanto hallaban delante; el mestizaje de las ratas españolas y filipinas produjo una raza feroz y prolífica, que no respetaba las orejas de los zapatos ni las de los soldados; mucho tiempo se tardó en aniquilar aquellas fieras, gracias a la química del teniente médico del Regimiento.

Pero yo estoy seguro de que si las ratas militares han dejado de existir, el diablillo de las revistas sigue haciendo diabluras; por lo menos ha vivido luengos años, porque a mí me jugó una mala partida siendo ya Teniente Coronel de Cazadores de las Navas, en cuyo Batallón tenía yo puestas todas mis potencias y sentidos.

Acabábamos de volver a Madrid tras la campaña del año 9 en Melilla después de muchas bajas, poquitas recompensas y bastantes laureles; no era la vida muy cara, pero con los céntimos de que se disponía para las comidas de la tropa no se podían hacer primores y a todos los Jefes de Cuerpo nos traía de cabeza la alimentación del soldado; especialmente a los que habían estado de campaña, donde las patatas costaban 11 céntimos, la carne de funa (ternera) entraba en la ración de etapa, el vino estaba de balde y el café poco menos; la gente almorzaba dos platos fuertes y cenaba otros dos, en Africa; en España se iba a venir abajo el

Batallón porque no había ni para un plato solo.

Pero en el mismo cuartel de los Doks, que ocupaban mis cazadores, se acuartelaba un Regimiento de Artillería, cuyo Coronel daba de comer inverosímilmente; amigo mío y comprendiendo mis apuros, me descubrió el secreto de su esplendidez; él no compraba nada en las tiendas ni a proveedores sino en el campo, a los mismos labradores, al recogerse las cosechas; almacenaba en el cuartel los artículos al por mayor y como su Regimiento tenía la misma fuerza, aproximadamente, que mi Batallón, podíamos comprar a medias cantidades más grandes, con el consiguiente beneficio y se me facilitarían medios de transporte, ya que sólo contaba con un carro catalán y él disponía de carros de Batería y otros vehículos; tenía el artillero un capitán muy a propósito para comprar en el campo y yo un comandante que gozaba chalaneando; éste resolvió el problema de la carne, porque enterado de que uno de los personajes del matadero era republicano, se fingió correligionario suyo —siendo nada menos que ayudante del Rey-, el republicano nos daba una res a bajo precio o dos y si nos sobraba carne nos la reservaba en la frigorífica del matadero sin gasto alguno. Manteníamos secreto el sistema para que con la divulgación no se estropease; sin embargo, se descubrió a causa del escándalo sobrevenido en el matadero; el republicano había tomado muy en serio la falsa ideología del comandante y un día en que éste tuvo necesidad de ir a pedirle algo referente a la carne, el personaje, a cambio de los favores que nos hacía, exigió del comandante la asistencia a una reunión de correligionarios, ya enterados de las conversaciones de los dos, y como el comandante —que era un hombrón hercúleo— respondiese con bromas y evasivas, el otro se síntió buriado y adoptó un lenguaje cuya contestación fue un formidable puñetazo que le tumbó en el suelo; algunos matarifes, que por hallarse en la misma nave se dieron cuenta de la reverta, cogiendo las puntillas con que mataban a las reses, acudieron en ayuda de su capataz o lo que fuera, y el comandante, que siempre que iba al matadero se metía en el bolsillo un revólver, empezó a tirar al aire, haciendo huir a todo el personal de la casa; pero el escándalo fue mayúsculo y se enteró el Capitán General, que hízome llamar y hube de explicárselo todo, incluso el sistema de los ranchos, no dando importancia al suceso del matadero; me anunció que cualquier día se presentaría

de improviso en el cuartel para ver el almacén de víveres, la cocina y

probar el rancho.

En verdad que una cocina militar, aun en aquella época, mucho más atrasada que ahora, era digna de ver. La olla Domper, brillando como plata, provista de las cadenas y poleas para moverla, destaparla, vaciarla o lienarla; los fogones complementarios destinados a las fritangas y paellas que requieren leña; las paredes blancas, el zócalo de azulejos, las máquinas de pelar patatas, el escaparate de relucientes utensilios, cazos de todos los tamaños, cuchillos, trinchantes, tenedores gigantescos, espumaderas y coladores enormes; las paredes blancas, los zócalos de azulejos de colores y los rancheros trajeados de azul con delantales blancos. Todo un conjunto simpático por el agradable aroma, por el aspecto limpio y sonriente de los sacerdotes, del templo de la gastronomía castrense; yo no sabré decir si la alegría tradicional de los rancheros procede de su sobrealimentación o de la satisfacción de dar de comer al hambriento, que es obra de caridad recomendable; el caso es que el ranchero por esencia fue siempre hombre de carácter amable, aun siendo el último que se acuesta y el primero que se levanta.

Pues no se diga menos de la despensa de mi Batallón, que me tenía más orgulloso que don Rodrigo Calderón en la horca; no dejaba un solo día de verla con sus zafras de aceite, sus sacos de patatas alineados, su mostrador con el peso y la romana y su anaquelería colmada de artículos y especias; colgaban del techo bambalinas de chorizos, collares de pimientos de cazadores, y de línea, ristras de ajos, arcas llenas de legum-

bres.

Naturalmente, de la despensa no se extraía un grano de arroz que no fuese para la cocina del Batallón, y con una serie de formalidades como si se recibiese a una ronda mayor. Merced a tantos trabajos y desvelos, los Cazadores de las Navas comían dos platos, postre y vino en las comidas, y desayuno de café con leche; fueron de los primeros que, disfrutando de comedor, usaban mesas, platos de loza con vasos y jarras de vidrio.

Una mañana, hallándome en mi despacho ocupado en contestar oficios, la corneta de la Guardia de Prevención, tocando atención general, me avisó de la llegada del Capitán General; bajé las escaleras de cuatro en cuatro y lo encontré ya en el patio, que no parecía el de un cuartel sino de un cortijo andaluz por lo blanqueado de los muros, las flores que al pie de ellos lucían y los marcos de las ventanas pintados de verde.

Agradó mucho al General el aspecto del patio con su farola artística en el centro, prestada graciosamente por la Compañía Madrileña de Alumbrado; pero como tenía mucha prisa no quiso entretenerse en ver el comedor, y nos dirijimos a la despensa; no me desmayé porque ignoro cómo se desmaya uno; desde la puerta vimos —yo con terror— que la espita de la zafra de aceite se había desoldado, el Sargento la estaba tapo-

nando con un corcho, un soldado recogía el líquido con un trapo y escurriéndolo iba llenando un lebrillo. El General, que me conocía desde que era capitán y yo alférez, se compadeció de mi consternación y me consoló con frases de duelo, deseándome resignación por la desgracia del aceite, que filtrado podía utilizarse aún. Desde la despensa fuimos a la cocina, donde pareció olvidar el incidente aceitoso ante el espectáculo del sargento Morcillo, que, para recibir al General, habíase subido a un taburete, desde donde manejaba la olla y tenía el mayor cazo de todos en la mano, en posición de tercien, o sea verticalmente; tanto él como los dos rancheros parecían estatuas de tan tiesos e inmóviles. Sonreía el General moviendo la cabeza de arriba abajo en señal inequívoca de aprobación; luego de pasear la vista por todas partes y enterarse de los platos que componían la comida, ordenó al sargento destapar la olla y sacar lleno el cazo, que había de volcarse en un plato sopero, sostenido en bandeja de plata — Meneses— con servilleta y cubiertos en cuyos mangos no faltaba la cornetilla del Batallón. No recuerdo cuál fuese la entrada ni el postre; el segundo manjar no es posible que se me olvide en mi vida.

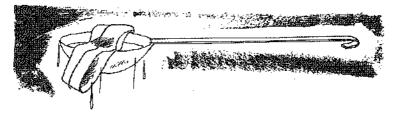
Elevada la tapa de la olla con las cadenas, un vapor blanco y oloroso llenó la estancia de aromas dignos de las bodas de Camacho el rico; el sargento cogió con ambas manos el pesado cazo, revolvió aquel magnífico guisado de carne con patatas, pimientos y chorizos y extraĵo colgado de la punta del cazo una cosa indescifrable que mirábamos todos con curiosidad; era larga, negruzca; yo la conocí enseguida; un gorro, uno de los rancheros estaba pálido como un muerto; a mí me temblaba de rabia todo el cuerpo. —Es un gorro —exclamó el General— y añadió, compasivo: —No me valió sorprender y no avisar; ha habido extraordinario, porque supongo que no todos los días habrá gorro en el rancho de estos valientes Cazadores. A fuer de soldado viejo, sabía apreciar el trabajo y el celo de sus subordinados; comprendió lo sucedido, me felicitó efusivamente y se despidió de la oficialidad, a la que conocía de la reciente

campaña.

Yo pensé haber metido vivo en la olla al del gorro, porque los demás no se habían enterado de que se le cayera y desapareciese en plena ebullición, sin que consiguiera pescarlo el perdidoso a pesar de menear el cazo como un dragaminas; el pobre muchacho se asustó tanto que fue necesario llevarlo a la cama y que le viese el médico.

Castigarle habría sido injusto; él era inocente; el culpable seguía siéndolo el de siempre; el diablillo de las revistas que le había tirado el gorro

a la olla.



## el general goyeneche



NO de los efectos más ostensibles de la época militar moderna es la uniformidad de los tipos y caracteres del Ejército. La unidad de doctrina, esparcida por sendos reglamentos; el uniforme único, la desaparición de los escalafones coloniales y otras causas de orden espiritual han excluido de las filas aquella variedad pintoresca,

han excluido de las filas aquella variedad pintoresca, que imprimió cierto colorido a las colectividades armadas y se acusaba con tonos mas fuertes en las cumbres de las jerarquías, en el Generalato, donde las contingencias de la vida y los altibajos de la suerte acaban por crear individualidades personalisimas, del todo diferentes unas de otras. La sociedad civil, absorbiendo la sociedad militar, ha borrado los rasgos típicos; un General del siglo XIX era inconfundible vestido de paisano: la chistera metida hasta el cogote, las botas de una pieza, des-lumbrantes; la energía brusca de los movimientos, los bigotes y algún cintillo en el ojal de la levita, denunciaban la profesión sin lugar a duda. Aun dentro del Ejército era imposible confundir a un General de Caballe-ría con uno de Ingenieros; cada Arma, cada Cuerpo, daba un aire distinto a sus componentes y hasta los destinados en el Ministerio de la Guerra, con pocas ocasiones de ponerse el uniforme, distinguíanse de los de los Regimientos en que perdían el atuendo marcial insensiblemente, para adquirir el aspecto de burócratas o apacibles oficinistas.

Y ello sucedió sin que los castrenses pusieran su deseo o voluntad;

parecían todos forjados en un yunque a propósito para cada cual, porque el oficial de Cazadores era un tipo diferente del de Línea; el ingeniero de Comandancia no se asemejaba al zapador; el húsar y el lancero se parecían muy poco, y el oficial de Artillería no necesitaba enseñar las bombas para que se le conociese por las gafas, si estaba en una fábrica, o por las veneras, en una batería.

Pues todavía en el seno de una unidad eran inconfundibles el oficial de Filipinas, con su visera de carey auténtico, y el de Cuba, con su cadena de oro y la tumbaga, cada uno aplatanado a su manera; el de tropa, rudo y francote, destrozando la sintaxis, y el de Academia, pulcro en el hablar; el de gracia, aristocrático y elegante; el de provinciales, democrático y apasionado un tanto; pero todos conservando el sello que había impreso a su rostro, a sus maneras, a su conducta, a su uniforme; y como en todo hay gradaciones, algunos poseían el tipo con tal vigor de trazo, que cada uno de ellos resultaba la más simpática y divertida exageración.

Pocos aventajaban en esta superestructura militar al General Goyeneche, que floreció en las postrimerías del siglo e inspiraba en sus subordinados un terror saludable y, al mismo tiempo, una simpatía irresistible. Era corpulento y robusto, sanguíneo hasta parecer apoplético, por el tostado rojizo del rostro, en que destacaban los bigotes, blancos como la nieve; brillábanle los ojos cual dos ascuas; tenía en la voz todos los retumbamientos del trueno y la empleaba con idéntica intensidad en su despacho que en campo abierto, mandando tropas; en aquellos tiempos, los Generales mandaban a la voz las tácticas de sus Brigadas y Divisiones, empleando estentóreamente la preventiva de: "¡Batalloneees! ¡Escuadroneees! ¡Baterías de mi mandooo!"

Nadie ganaba a Goyeneche en vocalizar; por eso solía repetir como advertencia: "Cuando yo mando "firmes", hasta los antípodas se cuadran", y un sargento de banda, que había visto moverse a un educando y suponía que la frase era un indirecta, añadió muy hajito: "Al primer antípoda que se mueva le meto la corneta en los morros".

Una revista por el General Goyeneche era algo temeroso; no acostumbraba a castigar, pero las voces salían de las ventanas del cuartel, aterrorizando al barrio. Parábase delante de cualquier soldado, le miraba a los ojos fijamente; luego, de arriba abajo; después, y cuando el soldado comenzaba a turbarse, preguntábale, como si le disparase un cañonazo.

- ¿Has escrito a tus padres?
- Sí, señor.
- -- ¿Te gusta el rancho?
- Ší, señor.
- ¿Te dan las sobras todos los días?
- Ší, señor.
- ¿Quieres a tu capitán?

--- Sí, señor.

--- Te tratan bien?

Sí, señor.

E intensificando el vozarrón:

- Pues ¿de qué te quejas?

Claro está que el General quería decir si tenía alguna queja, pero el soldado, ya en el colmo del azoramiento, no acertaba más que a repetir el "sí, señor", continuando las voces hasta aclarar tan importante asunto.

En un Regimiento, cuyos capitanes rivalizaban con éxito en la comida de la tropa, hizo que cada uno le entregara la papeleta de rancho, y probó todos. Entonces no se había inventado la olla "Domper", y cada capitán era autónomo para dar de comer a su compañía; el sistema favorecía mucho la emulación, pero se prestaba también a irregularidades. La cocina estaba como los chorros del oro; los rancheros, de azul y blanco, parecían diplomáticos o estatuas de diplomáticos: tal era su inmovilidad; en la última de las compañías, el capitán recitó su papeleta: patatas, garbanzos, chorizo, tocino, carne de vaca, cabezas de carnero y avíos. Extrañó al General lo de las cabezas de carnero y el capitán le explicó que daban un gusto muy sabroso y los sesos espesaban el caldo.

— A ver, a ver; remueva bien el fondo del lebrillo —ordenó el General al cabo furriel, que tenía el cazo en la posición de tercien— y saque lo

que encuentre, que quiero probar esta novedad.

Dio el furriel tres vueltas con el cazo en el fondo del recipiente y, con gesto triunfal, sacó, además del guisado, una cosa negruzca colgando de la punta del cazo.

- Qué es esto? - gritó el General.

Todos se aproximaron y advirtieron que aquello que colgaba —[horror!— era una gorrilla que se le había caído a un ranchero momentos antes de la revista.

— ¡No quiero ver más! ¡No quiero ver más! —tronaban las voces del General, mientras salía de la cocina como un huracán—. ¡Esto es inaudito! ¡Rancho de cabezas con la gorra puesta!

El Coronel estuvo enfermo varios días, el capitán pidió el "pase a Cuba" y el ranchero causante de la catástrofe entró en el hospital con icte-

ricia.

Entre las cualidades de Goyeneche, además de las que especificaba su brillantísima hoja de servicio, esmaltada de acciones distinguidas de guerra, descollaba su franqueza irreprimible, que estuvo a punto de ocasionarle disgustos serios en varias ocasiones. Desempeñaba el cargo de Gobernador militar de Madrid, en los primeros tiempos de la Regencia, cuando se estaba preparando la música del Regimiento de Zaragoza para asistir a la Exposición de Chicago; por aquellos días se celebró en Carabanchel un concurso de tiro entre los oficiales y soldados de las secciones de tiradores de todos los Cuerpos de Infantería de la Región.

Quiso darse a la fiesta gran solemnidad, invitando a Doña María Cristina y al mismo tiempo aprovechóse la ocasión para que la Reina Regente oyese la música de Zaragoza, que, con la agregación de músicos de otros Regimientos, resultaba un conjunto artístico insuperable; esta circunstancia llevó a la dehesa de los Carabancheles a todo el mundo oficial: el Gobierno, muchos diputados, periodistas, críticos de arte y gran parte de la guarnición, aunque no toda, porque los temores de trastornos del orden público tenían acuartelada buena porción de tropas.

Las condiciones del concurso eran difíciles; los blancos muy pequeños y oscuros, y el fusil Remington no tan preciso como se necesitaba; empezado el fuego, doña María Cristina, seguida de enorme séquito, se aproximaba a cada tirador, y sea la dificultad del tiro o el azoramiento por la presencia inmediata de tantos señorones, ninguno hacía blanco. Alguien indicó a la Regente que tal vez influyese en la nerviosidad de los tiradores la atención de la concurrencia, y la Reina abandonó la línea de fuego, yendo, con su numeroso acompañamiento, a sentarse bajo un dosel junto a la música levantado. La magnifica banda ejecutaba en aquellos momentos la obertura de "Tannhauser", interpretándola magistralmente.

Doña María Cristina, que no dejaba de ser un poco humorista, dijo, al terminar la obra de Wagner, algo impresionada porque los tiradores continuaban sin tocar los blancos:

 Esto es una sorpresa. Me invitan a un concurso de tiro y me ofrecen un concierto extraordinario.

Y el General Goyeneche, quizá un poco picado por el fracaso de los tiradores, replicó con su acostumbrada voz de estruendo:

— No le extrañe a Vuestra Majestad; un día la invitan a un concierto y lhay una ensalada de tiros que quita la cabeza! Cosas de España.



# la preponderancia





ESDE la Gran Peña a La Habana no tardó el teniente don Fernando Alvarez de Quincoces y Pérez de Sobradiel más tiempo que el que invierten un expreso del Mediodía y un trasatlántico de los más nuevos, y desde La Habana al ingenio "Conchita", las horas, no muy largas, que emplea un tren cubano en recorrer unas cuantas docenas de

kilómetros, atravesando campos de verde caña, oscuros cafetales, dora-

das manchas de maíz y dilatadas vegas de tabaco.

En el ingenio "Conchita" estaba la columna; sus dos piezas, huérfanas de oficial. Un vómito negro, más seguro que una espoleta de tiempos, había dado cuenta del teniente que las mandaba, corroborando la opinión del capitán de la guerrilla montada acerca de los oficiales pulcros y aficionados a lavarse a todas horas.

- En el campo hay que criar corteza -decía el bravo guerrillero-, y cada uno entiende la higenie a su manera.

Nunca pudieron lograr sus subalternos que colocara el aseo personal y

la i en su debido puesto.

Así que, cuando vio encargarse del mando de la artillería a aquel joven teniente, que sobre el bien planchado rayadillo hacía destacar una roja cruz de Montesa y la negra corbata de seda bajo un irreprochable cuello parado con puntas viradas, él, el viejo veterano, mascando la cachimba, se dijo:

Vaya, otra difunción y otra coronita por suscripción.

En la casa vivienda del ingenio cenaron aquella noche todos los oficiales, aceptando la espléndida hospitalidad del dueño, un autonomista finísimo a quien el guerrillero hubiera querido ver guindado de una guásima, por eso, por autonomista, sin que le apiadaran los ojos negros y la boquita de cereza de la niña Concha, los dieciséis abriles más bonitos de la Vuelta Abajo.

El artillero, mirado por todos con aquella especie de lástima que inspiraban los recién llegados a la isla, hizo el gasto de la conversación con sus noticias frescas de España y sus preguntas acerca de la guerra. La cortesía con sus nuevos compañeros, estimulada por la simpatía de su persona, dicle libertad de expresión, y en pocos minutos su carácter franco y abierto había destruido por completo cierto efectillo de la cruz de Montesa entre aquellos que, aunque rotas, torcidas y sin esmaltes,

llevaban sobre las astrosas guayaberas algunas cruces rojas.

Precisamente era lo que al teniente Alvar de Ouincoces había llevado a Cuba, dejando sus cenas de la Peña, su butaca del Real y un flirteo con cierta belleza de las que hacía agradable y compatible lo maduro y lo verde: una cruz roja. Era todo lo que el artillero ambicionaba; y tal ingenuo acento, tan militar naturalidad dio a sus frases, que aquellos de las cruces torcidas y sín esmalte, sintiéndose por ellas en un escalón más alto que quien aspiraba a lucirlas—joh, humanidad!—, miraron ya con cariño de hermanos al joven oficial, y como los movimientos del alma colectiva se transmiten como las ondas hertzianas, los negros y dulcísimos ojos de niña Concha dieron en dar muy fijos, no en lo blanco, sino en lo azul de los del artillero, sin que ella supiese el método de Siacci ni las tablas balísticas de las funciones primarias y secundarias.

Eran mucho los ojos de niña Concha, y no con un compás Trougthon hubiera podido medir el artillero el efecto de aquella mirada entre infantil y adolescente. Al terminar la cena, don Fernando Alvar de Quincoces y Pérez de Sobradiel habría necesitado una balanza centrocópica de Ters-

sen para determinar su centro de gravedad.

La columna salió, alboreando, en dirección a las lomas. En tres jornadas, el terreno cambió del todo: los palmerales, subidos en las crestas, agitaban sus pencas al blando empuje de la brisa; la tierra, negruzca, dejaba asomar, como dientes de perro, pedazos de cortante roca; a ratos, la manigua, bravía, se tragaba las dos largas hileras de soldados, y el ruido del silencio —que en la guerra, el silencio de los bosques suena—rompíase al chocar las herraduras con la piedra o al tropezar las hojas secas de las palmas, sonando como un tiro lejano que repite el eco.

Allá arriba debía de estar Maceo con sus orientales; eran las lomas de Galope; así lo dijo, al pasar, el práctico al artillero, y el nombre le sonó bien por lo marcial: "Galope". Siempre le había preocupado un pueril pensamiento, hijo de los nombres estrambóticos de aquella tierra; que le

peguen a uno un balazo en "Galope" puede confesarse; pero, ¿con qué cara se dice que han herído a uno en el Guayabo o en el Platanito?

A las diez de la mañana, las lomas eran un infierno; bien emboscados todos los accesos y atrincheradas las laderas, el enemigo regaba de proyectiles el terreno en que la columna, a duras penas, intentaba desplegar. Antes de que pudiese romper el fuego el grueso, la mitad de la guerrilla y buena parte de la compañía de vanguardia rodaban muertos o heridos. El capitán de la higenie bramaba como un toro, cuando la sección de artillería, a todo correr de sus mulos, llegó al lugar comprometido, y, en un abrir y cerrar de ojos, tronaron los cañoncitos; pero el enemigo preparaba, sin duda, un golpe de efecto, y desde el negro vientre de cercano cayo se desgajó un enjambre, gritando: "¡A las piezas! ¡Al macho!".

La voz del artillero, más segura, más firme, más enérgica que el mismo ruido del combate, se oyó clara y vibrante: "¡Con bote de metralla!". La rociada contuvo el ataque a pocos pasos ya de la pieza; una compañía lanzóse a la carga, y el empujón se llevó por delante al enemigo más llá de las lomas. Después, el avance fue general; todos corrían como locos hacia aquellas trincheras, abandonadas ya por los defensores; atrás quedaban en el suelo muchos soldados, y entre ellos el teniente Alvar, la mano sobre una mancha roja de su pecho, los ojos inmóviles, fijos, abiertos al cielo, tan azul, tan sereno, tan limpio como sus pupilas.

El convoy de heridos era largo; la columna, como una sierpe que se desprende de sus anillos, siguió adelante, y un trozo emprendió la evacuación de aquellas camillas, de las que cada día se vaciaban algunas en fosas cavadas deprisa, al pie de las copudas ceibas o en un rincón agreste de manigua. Cuando el triste convoy pasó por el batey del ingenio "Conchita", el artillero llevaba tan perdido el suyo como en el momento

del balazo.

Si fue caridad o simpatía, no es cosa que modifique mucho el hecho; pero ello fue que los demás heridos embarcaron en el paradero del ingenio con destino al hospitalillo del próximo poblado, mientras el artillero reposó su inerte cuerpo en cama de mullida colchoneta y blanco mosquitero que plegaba sus gasas con seda blanca como las alas de los ángeles.

La quietud, la frescura del lugar y el cuidado de las curas fueron deshaciendo las tinieblas de aquella tremenda conmoción; y entrando el cerebro en la penumbra de la vida, comenzó sus fantásticas visiones enlazando sucesos y zurciendo ideas con el hilo tenue de una razón que

empieza.

La oscuridad llenábase de números y signos; era una gran pizarra escapada de Segovia y entoldando todo el cielo. El herido creíase un cañón, cañón enorme, entubado por la tradición artillera y sunchado por el espíritu de cuerpo; en la pizarra se destacaba, blanca por la tiza, la fórmula de la preponderancia suya. Sus muñones descansaban allí, al pie de

las lomas de Galope; d era la distancia entre el sitio del combate y la recámara, que reposaba en la Gran Peña; d', la que mediaba hasta su boca, apoyada en la almohada; y la fórmula, bailando antes sus ojos, le decía:

$$P = \frac{d'}{d}p'.$$

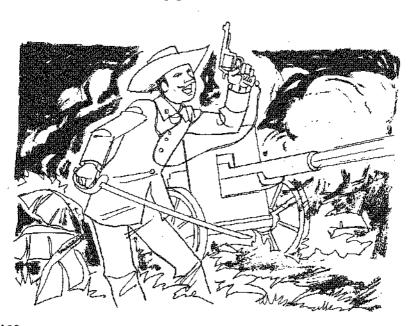
Pero ¡qué mal hecho estaba él como cañón! ¡Qué valor tan enorme el de

p'! ¡El peso en la boca! ¿Dónde hallar un peso tan grande?

Y, sin embargo, su metálico cuerpo sintió de pronto en la boca el peso necesario. La inmensa pizarra negra se hizo chiquitita; se partió en dos pedazos muy negros, muy brillantes; abrió él los ojos, miró muy cerca los de niña Concha, y en los labios de cereza de la enfermera adivinó el valor de p'.

Hoy, la bellísima señora de Alvar sabe que en la construcción de un matrimonio, como en la de un cañón, no hay que olvidar la fórmula de la preponderancia. Pero sería más propio cambiar las letras: al peso de la

boca hay que sustituirle la p por una b.



### diana de caballería



ASEANDO por la calle de Serrano, entre dos cafés de moda, cuyas terrazas florecían de niñas bonitas, hallé en el suelo un sobre color de rosa sin dirección ni sello; contenía una larga epistola, escrita en letra picuda, que debió

caer de un bolso femenino y decia así:

"Adorado Pocholo mío: tu Kiki está triste. ¿Qué tiene tu Kiki? Penas de ausencia y preocupaciones por tu carta última, que echa un olor atroz a campamento, a correaje, a cuadra; olores bien distintos al Dandy que te ponías en tu cabello ondulado, negro y reluciente. Me dices que te lo han mandado cortar un poco, y que acabas de limpiar tu caballo. ¡Qué horror! Ahora me explico los olores; tú, ¡un futuro médico de partido con diez pueblos ricos a la redonda y con un porvenir de casa en Sevilla, patio andaluz repleto de plantas, flores, fuente rumorosa que acompañe los trinos de los pájaros, consultas a 300 pesetas y operaciones quirurgicas a tres o cuatro mil, dedicado al empele y a rascar la ranilla de un semoviente! No me describes lo que es la ranilla; me figuro que será una porquería. ¡Ay Pcholoi, ya no te acuerdas de nuestros proyectos. Toda tu carta está llena de términos militares: que si la tienda es grande, con parquet de asfalto, los compañeros encantadores, la diana muy bonita, la retreta muy romántica; que el capitán es un flamenco; y copitas ahora y copitas después y tiros de mentirijillas (que sabe Dios si serán de verdad y no quieres intranquilizarme). ¿Pero es que

vas a hacer lo que Pospin que, con sus cuatro años de Minas, el Campamento del verano pasado le empujó a entrar hogaño en la Academia General? Ya ves, así ha retrasado su boda cinco inviernos lo menos (si no la

deja plantadita).

Aseguras que esto de ser de complemento no te obliga a nada; que te crees tú eso; mejor dicho, que no te lo crees; lo que crees es que yo soy tonta. Estás enganchado para toda la vida, pero como te gusta, vas contento en el machito. Querrás ser teniente y capitán y comandante y quién sabe si llegarás a General y adiós Medicina; y todos los años una temporadita de Regimiento, con las picardías que aprenderás; y sobre todo, ¿a quién se le ocurre hacerse de Caballería? A un médico que iba a ser el asombro del mundo con sus inventos de cambiar los pulmones de los vivos por los de muertos sanos y poner el riñón en el sobaco para que esté más a cubierto de posibles patadas, y abrir en la boca del estómago unos labios y ser todos ventrílocuos; todo esto me lo has contado tú que tienes discurrido y planeado para hacerte millonario.

Veo que te dejas embaucar como un bobo que eres. No conoces a los militares. Son unos pícaros que engañan a las mujeres y a los hombres. En sus Academias aprenden esas picardías y estoy segura de que en ese campamento (que tú llamas *Paraíso sin Evas*) habrá una cátedra de hacerse querer, cuyo catedrático con fusta y botas de montar, os hipnotiza-

rá y llevará donde quiera.

No me digas que comes bien. No lo creo. ¿Cómo vais a comer bien llenos de polvo, los zapatos sucios y servidos por soldadotes que limpia-

rán los vasos con el pañuelo de las narices?

Además, lo de que no hay Evas es mentira; sé que van a veros y a conquistaros. Me lo ha dicho la tonta de Memé, que, de uniforme y arremangado, te encuentra burral; bien sabes tú que la gustas más que una combinación de las que, al probarlas, te marean. Ya has tomado de los militares la costumbre de cogerlas a tientas y matarlas callando. A mí no me vengas con reconocimientos ofensivos que no sé lo que son, pero que con ser ofensivos ya me parecen mal, porque tú, antes, eras incapaz de ofender a nadie. Eres otro, Pocholo; estás cambiando una atrocidad. A mí no me puedes engañar. Se te ve el plumero en todas las páginas de tu carta. No ves que mi abuelo y mi padre y mis tíos y hermanos eran todos militares, y de Caballería, que son los más peores. Los peores, porque nos juzgan como a los caballos; que si una es derribada de grupa, que si otra tiene buenos jarretes, que si despapamos o estamos entabladas o nos vamos a la empinada por cualquier disgusto. ¿Será posible que digas esas cosas de tu pobre Kiki?

No sé que os dan en esos endemoniados campamentos que todos escribís lo mismo; el único que no parece embrujado es tu amigote Nacho, que como va para abogado, ya empieza a decir lo contrario de lo que siente y

piensa.

¡Ah! Y no me vengas tampoco con poesía y romanticismos de la luna iluminando, el campamento, y el toque de oración y el arriar la Bandera, todos firmes, inmóviles, pensando en la Patria. Esas cosas me emocionan y me dan ganas de llorar. Ya has aprendido, ya, de tus profesores a conmover a las mujeres, y aunque dices que hay un comandante que tiene genio de vinagre, lo dices con un dejo de simpatía que temo que a ti también se te avinagre el carácter, porque creas que le va mejor al uniforme. ¿Pero es que te propones no quitártelo ya en la vida?

El resumen de todo lo que me cuentas es que te encanta la vida militar y de campamento. No aludes, ni en un párrafo, a nuestros planes de matrimonio. Todo es contarme de las guardias, los ejercicios, la gimnasia, las armas de acompañamiento (a ver si son armas con falditas y zapatos de coja). No hagas lo que el novio de una amiga mía, teniente de Ingenieros, que la decía a cada momento: "Esta tarde no puedo verte porque estoy de cestón, en la fajina de servicio". Y la fajina era una francesa recitadora y no sé cuantas cosas más, ninguna buena. Veo que te gusta la menguada cama en que duermes, el sol que te tuesta, la lluvia que te cala, el baño al amanecer y al aire libre, las voces de mando, los toques de clarín, las barbaridades que aprendéis para matar gente, y las que hacéis a caballo y en la pista de gimnasía. ¿Cómo quieres que esté contenta con este cambio brusco de tu modo de ser, antes tan delicado,

tan fino, tan distinguido y versallesco?

Te veo con el pensamiento, encaramado en tu caballo, chafarote en mano, tieso como si fueses de madera, sin mirar a nadie y encaperuzada la cabeza con el casco de posición de comerte los niños crudos, y te veo también con tu muceta amarilla, de seda, tan bonita y señorial, sentado en tu sillón de la Academia de Medicina, acariciando el rollo de papeles que vas a leer acerca de algún descubrimiento de un microbio desconocido y trascendental, que se comerá a todos los malos microbios, con lo cual no habrá en el mundo más enfermedad que la falta de dinero, que es incurable en todas las personas decentes. Confiésamelo. ¿Cómo estás más guapo? ¿En el sillón de la Academia o en la silla de montar? A mí me gustas más en el sillón, aunque no te he visto a caballo ni quiero verte. Estábamos mi madre y yo tan ilusionadas de que fueses paisano, después de tantas angustias como nos hicieron pasar las guerras y aventuras de los hombres de mi casa; he visto llorar mucho a mi abuelita, a mi madre, a mis tías, casadas todas con militares, y soñaba yo con un maridito tranquilo, sosegado, que no se le sintiera andar sobre las silenciosas zapatillas. ¿Es que voy a oír otra vez las espuelas en el pasillo y el patear del caballo en la calle, esperando a que bajes, ajustes las riendas, midas las acciones del estribo con el brazo, montes de un salto y te vayas haciendo una pirueta y saludándome con la mano? No y mil veces no; yo no me asomaré al balcón para mirarte, como hacía mi madre y hacía en su tiempo mi abuelita.

Pocholo, Pocholo, déjate de ilusiones y piensa en nuestro patio andaluz y en los enfermos que se van a morir sin que les apliquen los inventos tuyos, enfermos que no esperan más que tu licenciatura para curarse totalmente; en cuanto mi madre se entere de tus nuevas aficiones, ¿con qué pretexto me vas a tomar el pulso para hacerme cosquillas en la mufieca con los dedos?

Vas a pensar que de tu carta no se deduce que te inclines a la carrera militar; pero yo te adivino la inclinación. ¿No ves que llevo sangre militar en las venas y a mí también se me revuelven los posos castrenses? Tú eras el depurativo que me hacías olvidar recuerdos gloriosos pero tristes; he llevado luto durante toda mi niñez. Mi pobre padre en Africa, mi abuelo de las heridas de Cuba; mis tíos y mis hermanos en la guerra de Liberación; todos muertos; todos simpáticos por su alegría, su bondad, su entusiasmo y dejando un reguero de huérfanos, muy orgullosos de sus

padres, pero sin ellos cuando más falta les hacían.

Claro está que yo no voy a dejarte porque seas militar, ni mi madre se opondrá tampoco; lo consideraremos como una fatalidad muy corriente en las familias militares. Cuantos más muertos dan a la Patria, con más entusiasmo se dedican los vivos al oficio. Yo no te engaño ni nunca te engañaré; confieso que si hubiese nacido niño, habría sido militar. Pero mi caso es distinto del tuyo; tu abuelo médico, médico tu padre. ¿Por qué tu espíritu está evolucionando?; en estos días pienso si te habré contagiado yo sin saberlo y sin querer. Te conozco tanto como puede conocerte tu madre; si por no disgustar a tus padres continúas la carrera de Medicina, estoy segura, como que he de morirme, que acabarás en médico militar y que no irás a ningún hospital más que a la fuerza, y servirás todo el tiempo que puedas en un Regimiento de Caballería. No te enfades porque te haya adivinado la intención; a los hombres caballeros como tú, se les ve el fondo del alma como se ve el de un riachuelo de agua limpia y pura. ¡Ojalá todas las mujeres fuesen tan claras, empezando por la cursi que te encuentra burral vestido de uniforme!

Y una vez al viento tu Bandera y guardando el secreto para todo el mundo menos para mi madre, porque nunca los tuve con ella, voy a contarte un recuerdo de mi niñez que no he olvidado. Mi abuelito había mandado como Coronel el Regimiento de Caballería de Cazadores de Los Castillejos en Zaragoza, donde nací. Muy chiquitina, me montaba sobre sus rodillas imitando con las piernas el trote de un caballo; yo tomaba sus manos a manera de riendas y cantábamos juntos la diana del Regimiento. ¿Te escribo la letra? ¿No será echar leña al fuego? Verás:

Cazador fiero, levanta ligero, coge la silla y agarra el borrén, pon la montura, luego asegura la grupa bien. Y después de la brida poner bravo y valiente te vea montar, y entre nubes de polvo, correr, tu sable en sangre vea humear. Esta, soldados, es la victoria, esta es la gloria que hay que alcanzar; ¡A caballo, Cazador!

Es muy linda la díana de Caballería. ¿Verdad? Si se te pasa el sarampión de la milicia, yo te la cantaré al piano, en nuestro patio andaluz, al claror de la luna, después que hayamos contado y guardado las ocho o diez mil pesetas de la consulta del día.

Si no se te pasa, no tendremos que contar el dínero; lo tendremos contado y recontado para acabar el mes. Pero no te pongas triste por eso; cantaremos tembién lo dispos del Pero no te pongas triste por eso;

cantaremos también la diana del Regimiento del abuelo.

Tu Kiki:"



## memorias de un subsecretario





L encargarme, hace muchos años, de cierto destino importante, hallé en lo más hondo de un profundo cajón de mi mesa, bajo rollos de planos de fortificación, varios pliegos de papel de barba, desvaída la tinta por la acción del tiempo, pero escritos con letra clara y redondilla; terminaban bruscamente, sin firma como si los hubiese in-

terrumpido un suceso inesperado. Entresaqué del texto los trozos que me parecieron más descriptivos de su época; en el primer pliego o carátula aparecía un epígrafe que tentó mi pasión por los manuscritos; me los llevé a casa para leerlos despacio, y salvados milagrosamente de la destrucción de mis papeles, hoy los transcribo con su mismo rótulo, que sirve de cabecera a esta narración.

He subido la escalera monumental con un poquito de emoción; nunca me fue simpático el interior de este edificio; entro en el reino de la burocracia con secretos propósitos; después de dejar en su despacho al Ministro, que me ha enganchado en la aventura, y saludar al saliente y a mi antecesor, que nos estaban esperando muy sonrientes, como si nos dijesen "ya veréis lo que es canela", mi compañero me conduce hasta el silión subsecretarial y se despide con estas frases: "Adiós, y que le sea ligero el carguito". Estoy muy escamado.

Acaba de presentárseme el alto personal del Ministerio; tienen el aspecto de llevar muchos años de oficinismo; ha llamado mi atención un Teniente Coronel de Caballería, viejo, pero de buena facha, que lleva unas espuelas estrepitosas. Les he dicho que espero de ellos la colaboración reglamentaria, pero ejecutada con gusto; que Su Excelencia el Ministro y yo, llegábamos decididos a proceder dentro de la más estricta justicia en todo; quedan absolutamente prohibidas la recomendación y el facilitar noticias a nadie; el despacho de los asuntos ha de ser rápido como un movimiento del manejo del arma; añadí que podían seguir viniendo al Ministerio de paisano y tener una guerrera vieja aquí, pero no dos sombreros para dejar uno en el despacho y el otro para irse a la calle a las horas de oficina. Les despedí con una inclinación y el ordenancista saludo de "Pueden ustedes retirarse".

No he dado a nadie la mano porque en estos actos me parece populachero, y porque, con este calor, algunos las tienen a la vinagreta. He encontrado los uniformes descuidados y las actitudes poco marciales; un capitán con gafas y el pelo rizado llevaba cuello de pajarita; por no avergonzarle me conformé con señalar el cuello y mover negativamente la cabeza; ya iremos arreglando esto.

He recibido a solas al Jefe del Batallón de escribientes y ordenanzas; parece buen oficial; por lo menos su aspecto es de soldado; me ha dicho que de los 500 hombres no tiene para dar servicio más de 120, los demás son rebajados asistentes, con permiso, con licencia, y de algunos no sábe dónde están siquiera. Bueno, arreglaremos eso enseguida.

El teniente de Oficinas Militares encargado del material ha venido a suplicarme que siempre que me vaya de la oficina guarde con llave los lápices, plumas y papel blanco. Estoy asombrado.

El Capitán General del distrito ha venido a verme; como era Comandante cuando yo mandaba su Regimiento, ha estado amabilísimo y hasta respetuoso; era buena persona; supongo no habrá cambiado con la elevación. De paso me ha pedido que saque de ayudante a un alférez que lo era de mi antecesor y de los antecesores de éste, desde que salió de la Academia; no me he negado porque pienso arreglar inmediatamente la cuestión de los ayudantes; poco tiempo va a llevar los cordones.

Esta tarde, al entregar al portero de la Subsecretaría los expedientes que debía llevar a las Secciones, me ha dicho que el portero Mayor deseaba presentárseme, y háseme aparecido un gigantesco personaje vesti-

do de levita con tres áureos galones en las bocamangas, que ya los quisiera un Almirante los días de gala; es hombre más que maduro, el pelo ceniciento y los bigotes de cepillo cortado a ras del labio; lleva la levita desabrochada y los faldones se mueven al andar como las alas de un enorme pájaro al emprender el vuelo; hace una profunda reverencia al entrar y otra al acercárseme, y me dice:

— "Excelentismo Señor: tengo la satisfación de ponerme a su orden por si se dina señalar hora y día para plantar su árbol endividual.

—¿Que yo tengo que plantar un árbol?; a ver, explíqueme eso; no tengo

la menor idea.

— Pues es que tóos los excelentismos Susecretarios cuando toman posición tién que plantar un árbol en el jardín de la Menistra.

- Pero, ¿qué está usted contando, y qué jardin es ése?

—Pues es el jardín que cae enfrente de la fachada que mira a la Junta Consultiva; es dicir, hacia la calle del Barquillo, que tié un coskio y una fuente de hierro con un morcillo.

- Ah, sí; ya sé; una fuente con un amorcillo y un kiosco.

- Esa, sí, señor, con un morcillo y un coskio.

- Usted, es aragonés, ¿verdad?; ¿en qué Cuerpo sírvió?

- Sí, Señor, del mesmo Ricla, y he sido artillero de Montaña; las dos cosas me se conocen una miajica.
  - Bien, plantaremos el arbolico al salir de la oficina.

— Toós le han heche dende les Reyes Catélices.

--- Vaya, otra cosa que no sabía yo.

— S'aprende mucho en el Menisterio; yo hi aprendío a ler y a escrebir, algo mal; pero yo me entiendo.

- Bueno; ahora déjeme, que tengo mucho que hacer.

— Se m'olvidaba icirle que ya tié Vuecelencia hecho su hoyo.

- Hombre, ¿también le hacen a los Subsecretarios el hoyo cuando toman posesión?

— Ŝi Señor, pa el arbolico. Además tengo que preguntale a Vuecencia a qué hora quié que le suba el caldo.

— ¿Qué caldo?

— El del cocto que ponemos pa los Excelentismos Señores Consejeros del Consejo Supremo de Guerra y Marina, con una copica de jerez; tié gallina, carne y jamón; tocino no, porque son tan viejecicos que les sentaría mal; el Señor Menistro ma dicho qu'el no quié caldo.

— Yo tampoco, y déjeme, que he de trabajar mucho.

— Sí Señor, a sus órdenes; mándeme como si fuera su asistente.

Salió de espaldas haciendo reverencias. Luego me ha dicho el Gobernador Buenavista, que es el hombre más honrado, servicial y trabajador que ha conocido; una especie de institución en el Ministerio; él prepara y viste al Ministro los uniformes; sabe las condecoraciones que debe lievar según el acto a que asista; dirige el servicio del comedor, arregla la

mesa del despacho, sabe de memoria los domicilios de todos los Generales residentes en Madrid, conoce todos los rincones del edificio y todos los innumerables muebles del desván, además vigila a los otros porteros, que le tienen un miedo cerval a causa de sus fuerzas descomunales; cuando era artillero, en las jornadas largas, se echaba al hombro el cañón para que descansase el mulo; pero es tan testarudo como este animal; ya puedo, según me ha informado el Gobernador, agradecer que se haya conformado con mi negativa a tomar el caldo, porque si se empeña me hace tomar las tres tazas del refrán.

Al abandonar la oficina lo encontré esperando para llevarme al hoyo; le seguí como un cordero; el jardinero Mayor estaba allí con los útiles de rellenar el plantoncito con tierra y mantillo y una regadera que el implacable aragonés me dijo tenía yo que verter al pie del árbol; hice lo que me mandaba y él nombró varios árboles por los nombres de sus plantadores.

— Allí está el del *Excelentismo* señor General Seriñá, que se secó al morir el General..., porque no lo regamos más, en señal de luto. Dios *quedrá* que el de Vuecencia no se seque nunca.

- Y usted que lo vea y siga comiéndose las ayudicas del caldo, y sepa

el portero Mayor que si él es de Ricla, yo soy de Fraga.

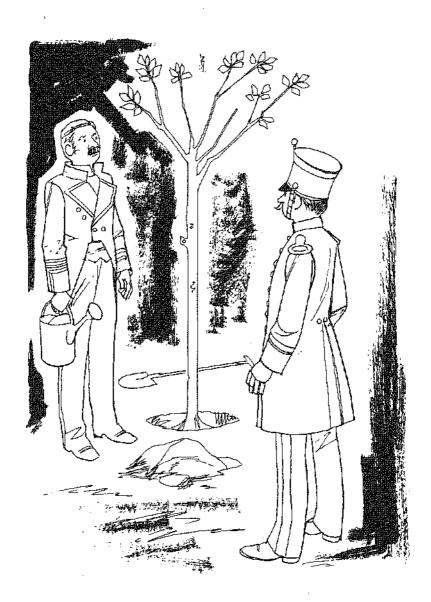
— ¡Otra!, no mi sorprende; ya li dije yo a mi mujer; este Susecretario me paice baturrico, ya verás como milagrea.

Me fui, porque si seguimos hablando nos tuteamos.

Me escribe un compañero de promoción y de empleo que la orden que he dado de que se corte el pelo al rape todo bicho viviente no rece con su asistente porque sirve a la mesa; tengo confianza con él y le he contestado que con la cabeza al rape hay garantía de no encontrarse pelos en la sopa y que le compre una peluca para servir.

Me crispan las palmadas con que se da la hora de acabarse la oficina; van los porteros por los pasillos como si jaleasen unas sevillanas; desde hoy será una corneta quien avise la salida con el toque de alto; a mí también me gustaría marcharme a la una, pero...

En tres meses no he salido de paseo más que cuatro veces y media; hay que arreglar esto; tengo una berlinita muy maja con un caballo que trota largo y un cochero andaluz que me cuenta cosas muy graciosas de mis antecesores, ¡los muy hipócritas!, parecía que no hubieran roto un plato; pero no se trataba de platos sino de otra cosa. Echo mucho de menos mi Gobierno de provincia y mis paseos ecuestres por la orilla del mar; hoy más que nunca, porque he tenido el primer disgusto serio con el Minis-



tro. Le hicieron una interpelación en las Cortes, me pidió datos para contestar, se los entregué exactísimos; con ellos contestó al interpelante, y éste —díputado de oposición— replicó que los datos leídos por el Ministro estaban equivocados y que los verdaderos eran los que él iba a leer a la Cámara, y leyó unos verdaderamente fantásticos. El Ministro se hizo un taco y vino al Ministerio enfurecido contra mí, porque había quedado malamente en el Congreso. Le presenté mí dimisión y luego le di toda la documentación auténtica de donde había yo extraído los supradichos datos. Me abrazó; me pidió que por nuestra amistad no le abandonase. Continúo a su lado.

Escribo al diputado que es un sinvergüenza y he encargado a dos gastadores que le den una paliza porque yo no pego a los sapos para no ensuciarme, ¡qué desagradable es este destinito!

El Ministro ha venido de la sesión contentísimo; pidió a la Cámara que nombrase una Comisión que examinara los documentos y dijo que por respeto a ella no había empleado el día anterior las frases que merecía el interpelante; el Diputado pidió perdón diciendo que había sido mal informado y que suplicaba quedase por terminado el incidente, reconociendo que el Ministro decía la verdad y era digno del respeto y admiración del Congreso. Este respondió con una ovación al Ministro, ante cuyo escaño desfilaron la mayoría y casi todas las minorías. Lo que el Ministro no sabe es que fui yo con mi carta quien zanjó la cuestión; la crisis que parecía próxima (pues el Ministro pensaba dimitir) ha desaparecido; lo siento en el alma.

Por fin el Inspector General de Artillería ha terminado su comisión, que no era fácil ni podía ser corta; veníanse ensayando por las secciones de tiradores de los cinco Batallones de Cazadores de la guarnición, Segorbe, Ciudad Rodrigo, Madrid, Arapiles y Manila, los fusiles de repetición enviados por las fábricas extranjeras. Me dice el Inspector —que es entendidísima autoridad en la materia— que el mejor es el alemán, llamado Mauser; me ha enseñado uno; es menos esbelto que el Remington, menos manejable y su mecanismo me parece más delicado para manos de tropa; pero afirma el General que el alcance, la penetración y la exactitud del tiro son muy superiores; el depósito admite cinco cartuchos y otro en el cañón; son seis a disparar en pocos segundos; me espanta la cuestión de municiones; el correaje actual no sirve; lo que no me gusta es el cuchillo, prefiero la bayoneta de tres filos. En este cariño que tengo a las cosas antíguas conozco que me voy haciendo viejo; esta picara Subsecretaría me ha echado encima diez años.

He notado que vienen al Ministerio infinidad de mujeres a pretender las más variadas y estupendas cosas; no puedo recibir a todas porque me faltaría tiempo. Hoy me ha pedido una que quite el Regimiento a un Coronel, que se está quedando sordo como una tapia, y se lo dé a su marido, que no tiene pero. La despedí secamente y pensé imponer un castigo al marido; pero, a lo mejor, el hombre ni lo sabe ni tiene la culpa; le pondré un oficio amonestándole. Todas las que vienen son viejas.

Hablando hoy, al despachar con mi secretario, de esto de las mujeres solicitantes, todas viejas, me ha dicho en secreto, que las jóvenes las

despachan mis ayudantes. ¿Pero que subordinación es ésta?

El Ministro ha dictado una disposición que me ha complacido muchísimo. Yo no se la inspiré y cuando me consultó sobre ella la encontré magnífica. Es la siguiente: "Todos los Jefes y Oficiales destinados en el Ministerio, cumplirán por turno y por antigüedad dentro de cada empleo, un mes de prácticas en los Cuerpos de sus respectivas Armas de la guarnición de Madrid o sus cantones. Al terminar el período de prácticas, los Jefes de los Cuerpos en que las hayan realizado enviarán al Capitán General del Distrito un informe reservado acerca de la aptitud técnica y física de dicho personal, para que en vista del informe de la referida Autoridad, se proceda a la baja en activo de los que resulten inaptos para el servicio de armas".

Voy a nombrar ahora mismo los Coroneles que, por un mes, van a mandar interinamente Regimientos. Los hay que entraron en el Ministerio de Capitanes y no se han movido del sillón; el pánico se siente hasta en los

pasillos.

Esta mañana me atracó en la puerta del despacho, al llegar, un Teniente Coronel de Caballería, suplicándome que le recibiera a pesar de no ser hora de audiencia. Le recibí suponiendo algo urgente para él. Me pidió por Dios, nada menos que retrasase dos meses su agregación a Regimiento para prácticas, con el objeto de aprender a montar a caballo, pues no lo había hecho nunca. Me quedé estático, ¿cómo había podido ser aquella monstruosidad?

— Verá V. E., mi General. Yo senté plaza en el Batallón de Escribientes y Ordenanzas que se nutría de voluntarios y de soldados de todas las Armas; ascendí a cabo por elección y a sargento por antigüedad. A los diez años me correspondió el ascenso a Oficial y como el excelentísimo señor Mariscal de Campo X. X., era Subsecretario, y estaba en el mismo caso que yo, porque desde escribiente, sin salir del Ministerio, había llegado por sus méritos al puesto y grado que disfrutaba, y yo estaba con



él en la Subsecretaría, me preguntó que en qué Arma quería servir; me gustaba el uniforme de Cazadores de Caballería y le dije que en este Arma. Continué en el Ministerio, donde he ido ascendiendo. Cumplo la edad para el retiro el año que viene y me daría mucha vergüenza que me dieran de baja por ineptitud; he cumplido con mi deber siempre puntualmente. Hace muchos años que vengo a la oficina por la tarde y me llevo a casa trabajo para traerlo terminado al día siguiente. Ni los días de fiesta hueigo. Así me he hecho, no diré que necesario, pero sí bastante útil a los jefes de Negociado. Cuantas veces quise salir de aquí me fue imposible. Abandoné los libros y no sirvo más que para esto. Ha sido una desgracia para mí.

Pensé en el acto que si a mí me hubiesen condenado a Ministerio perpetuo me habría vuelto loco. No sólo le concedí la prórroga sino que puse a su disposición el picadero con los caballos de las escoltas y encargué al profesor de equitación del Ministerio le diese las lecciones y le enseñase la nomenclatura. Este Teniente Coronel era el de las espuelas estrepitosas.

Cuando los Ministros y Subsecretarios que nos sucedan adviertan en el espejo del despacho del Ministro un orificio perfecto, respétenlo; representa un episodio que nadie hubiera podido imaginárselo. Lo consigno aquí por extraordinario y pintoresco. Es como sigue:

Hemos recibido al General Inspector de Artillería y a los oficiales de tiradores que han ensayado los fusiles de repetición. Las pruebas han sido admirablemente organizadas por el General artillero, pues los cinco oficiales han ensayado cada uno los cinco fusiles, dando antes palabra de honor de no consultarse, ejecutar fielmente los ejercicios ordenados por el Inspector y no comunicarse los resultados ni los informes que hicieren. Unanimemente consideran el Mauser superior a los demás fusiles en todo y lo demuestran con los resultados de las pruebas. El Ministro les ha felicitado, especialmente al General, y luego éste se ha puesto a explicarle el fusil, alabando sus condiciones y con verdadero entusiasmo el seguro, que ofrece garantía absoluta. Al efecto, volvió la aleta y cargó el fusil; pero en las manipulaciones, como llevamos las mangas de la guerrera tan desmesuradamente anchas, tropezó la bocamanga, rígida por el entorchado, con la aleta, la hizo girar sin darse cuenta, apretó la palanca del disparador y pun!, soltó un tiro cuyo proyectil, casi rozando la cabeza del Ministro, pasó entre las de dos oficiales.

"Caramba con el segurito", exclamó el Ministro y soltamos todos la carcajada sin poderlo remediar, menos, como es lógico, el Inspector que estaba pálido como un muerto y al que hubimos de animar nosotros no dando importancia al suceso.

He cenado con el Ministro en Lhardy. Se come bien y con lujo, pero carísimo. Con champagne, café, coñac, un buen habano y la propina, le ha costado seis duritos el cubierto. Se pueden dar. Yo no he comido mejor nunca. La concurrencia selecta: mujeres bien vestidas, es decir, vestidas por abajo, ya que por arriba está hecha la descubierta sin novedad. El director de "El Imparcial" se acercó a nuestra mesa preguntándonos si estábamos celebrando la crisis. Le dijimos que nunca había sido más fuerte el Gobierno. La verdad era que a las once se reunía el Consejo de Ministros y como yo tenía que esperar al mío en el Ministerio, cenamos juntos para, concluida la cena, irse él a su negocio y yo al mío.

A las tres de la mañana ha vuelto. Voy a dormir aquí para no despertar a mi mujer. El director de "El Imparcial" tiene buen olfato. El Consejo se ha opuesto a pedir a la Cámara el crédito extraordinario para armamento, alegando que se incluirá en el próximo presupuesto, porque ahora cree inoportuno solicitar uno tan grande, después de los muchos que, con tanto trabajo se han conseguido. El Ministro presentó incontinenti la dimisión que sín duda esperaban los demás tranquilamente, por suponerla, pero su sorpresa fue inaudita cuando el Ministro de Marina, acariciándose las patillas, murmuró suavemente: "Me solidarizo con el Ministro de la Guerra. Compañero, vámonos".

Entonces se levantaron todos rodeándonos, prometiéndonos una fórmula, suplicándonos por que el momento era muy delicado para la Corona. No les faltó más que ponerse de rodillas. De malísima gana el marino y yo aplazamos la resolución. Esto me ha contado mi Ministro, contrariadísimo. ¡Qué bien dormiré esta noche con la perspectiva de la crisis!

La crisis continúa aplazada. Pensamos el Ministro y yo haber hecho mucho y no hemos hecho maldita la cosa, pero yo no me voy sin dejar algo; voy a arreglar bien el jardín que está muy abandonado. No hay flores, las plantas se secan, los árboles están mustios; me dijo el jardinero que no sabe lo que pasa; llamé a un botánico acreditado y éste me informó de que analizadas todas las plantaciones resulta que los dos árboles más grandes y frondosos están enfermos y sueltan un polen que lo agota todo; no encuentra otro remedio que derribarlos. Eso, no en mis días; me encantan los árboles, los contemplo como una de las obras más perfectas de nuestra madre Naturaleza. Pero también los que se están muriendo son árboles y no es justo que por dos enfermos perezcan los sanos, que son muchos. Me determino al fin y ordeno el arranque.

Yo no hago más ejercicio que venir desde mi casa a pie, vestido de paísano. En el Ministerio cambio de ropa. La mañana en que empezó la operación quirúrgica, llegué a la meseta de entrada en el momento en que tiraban de las cuerdas atadas a la copa, una vez cavado el alvéolo y descubiertas las raíces. Detúveme apoyado en la balaustrada de la escalinata contemplando con pena aquella obra. En éstas, vi subir pausadamente y mirando sin cesar al árbol, ya en ángulo, a un Coronel de Artillería, buen tipo de soldado, impecable uniforme y de aspecto simpático. Se colocó junto a mí y sin duda, notando en mi cara la contrariedad, exclamó: "¿Quién habrá mandado esta harbaridad?".

- Seguramente el Subsecretario -le contesté.

— ¡Ca, hombre, ca!; no le creo tan animal. De estas cosas no se enteran los de arriba. Será el Gobernador o el mismo jardinero. ¡Qué salvajes!

Y dando media vuelta entró en el Ministerio.

Subí a mi despacho donde me aguardaba un jefe de Sección con un enorme mamotreto para la firma. Después, entró otro, y luego un tercero, como todos los días; al llegar al último ya estoy para firmar mi sentencia de muerte si me la ponen delante. Con sonoras campanaditas me avisa el reloj ser la hora de audiencia; suspéndese la firma porque no hay nada urgente y comienza el desfile. Primero una viuda de un amigo mío que lleva un año esperando la consecución de su viudedad. La prometo achuchar al Supremo. En seguida me anuncian a un Coronel de Artillería y penetra el de los árboles. Me mira, se cuadra, palidece, y en la frente surgen unas gotitas de sudor. No rompe a hablar aunque le tiemblan los labios. Yo le doy entrada: —Dígame mì Coronel lo que desea, sin preocuparse; después de todo le estoy agradecido, pues no me cree usted tan animal, aunque le parezca que lo soy algo; vamos, eso no tiene nada de particular.

Al fin rompe:

— Mi General, yo venía a pedir a V. E. una cosa; ahora lo que voy a pedir es el retiro. Mi falta es imperdonable; permítame V. E. que...

— Deje el tratamiento y el propósito; para tranquilizarle le explicaré la

razón que hubo en cometer la barbaridad.

Seguidamente referí los antecedentes, que no sé si escuchó de turbado que estaba, y concluido el cuento insistí en que me dijera lo que quería, que no era mucho: iba a vacar un Regimiento de Montaña; él se hallaba mandando uno de campaña y deseaba la vacante porque nunca había servido en aquella especialidad. Le alargué la mano, le prometí el Regimiento deseado y tuve que acompañarle a la puerta dándole palmaditas en la espalda para consolarle. Es simpatiquísimo.

Estoy recordando sus palabras: ¿será verdad que no soy tan animal?

En este punto quedan las Memorias de un Subsecretario; he omitido nombres.

Los fusiles de repetición se compraron y entregaron cuando llevaba ya un año la guerra de Cuba; poseían los insurrectos rifles de veinte tiros y ametraliadoras. Al Batallón de Canarias se le dieron los Mauser a las 8 de la mañana y a las 9 se estaba batiendo sin saber cargar los fusiles; cuerpo a cuerpo se defendió al arma blanca y pereció la mitad de su gente, pero no se rindió nadie, y la que quedaba ilesa se retiró sin ser perseguida; la acción de Maltiempo fue la más sangrienta de la guerra para el enemigo.

Los mismos políticos que se habían opuestos siempre a la eficacia del Ejército, fueron los que después le acusaron de haber perdido las Colo-

nias.



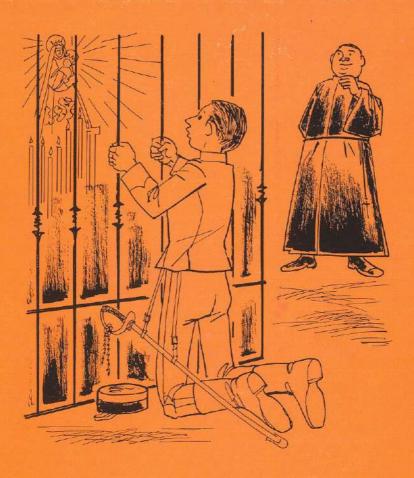
## INDICE

El hábito no hace al monje	3
Auténtico y verdadero origen de la infantería motorizada	9
"Boccato di cardinale"	17
Las madrugadas del señor coronel	22
El milagro de la Virgen	27
Los asistentes, la Casa Real y otros pormenores	33
Un coronel ordenancista	43
El Gato	49
Las desdichas del amor o conspirador supuesto	53
Los "ganchos"	61
Las militaras	65
La corrida y el encierro	71
El cólera	76
Por un cocido a la madrileña	81
El diablillo de las revistas	90
El general Goyeneche	97
La preponderancia	102
Diana de Caballería	107
Memorias de un subsecretario	113

breves, del libro MILICIA Y HUMOR, del general Bermúdez de Castro, se acabó de imprimir en noviembre de

Esta selección de narraciones

1983, en la Imprenta de Huérfanos de la Guardia Civil, en Madrid.





EDICIONES EJERCITO ALCALA, 18 - 4.º

MADRID - 14